

NAIEF YEHYA

Las cenizas y las cosas



LITERATURA RANDOM HOUSE

Las cenizas y las cosas

Las cenizas y las cosas

NAIEFYEHYA



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleermex](#)



[@megustaleermex](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

PRIMERA PARTE

LA INVITACIÓN

Me avisaron por correo electrónico que querían bautizar un auditorio con mi nombre. Era un mensaje discreto que apenas llamó mi atención. Fácilmente pude haberlo perdido entre las docenas de anuncios de prozac, viagra y métodos para alargar o ensanchar miembros que, juego de palabras aparte, constituían por aquel entonces el grueso de mi correspondencia diaria. Minutos antes había recibido un par de cartas de caballeros nigerianos o senegaleses o angoleños, no recuerdo, que me ofrecían increíbles fortunas a cambio de ayudarlos a rescatar fondos perdidos por un trágico accidente o por una incipiente guerra civil. Hoy esos mensajes han caído en desuso y se han vuelto bastante inusuales. Aparentemente los timadores que los distribuían han perdido la esperanza de embaucar incautos de esa manera. Pero ese día, en medio de aquella homogeneidad de propuestas fantásticas, el mensaje del auditorio me pareció muy peculiar.

Estimado maestro Niarf Yahamadi:

Por medio de la presente queremos informarle que el consejo directivo de esta institución, tras largas sesiones de debate y reflexión, ha llegado a la decisión unánime de dar a nuestro renovado auditorio su nombre, a manera de tributo por su brillante prosa, su notable carrera, sus aportaciones a la cultura y sus enormes triunfos profesionales.

Le extendemos una cordial invitación para que nos honre con su presencia en la ceremonia inaugural el 25 de julio próximo. Asimismo, tanto la dirección como el cuerpo docente, y en especial los alumnos de esta institución, estaríamos profundamente agradecidos con usted si pudiera ofrecer una conferencia magistral en el auditorio que es desde ahora su casa.

Le agradeceríamos infinitamente que nos informe si acepta este

modesto homenaje, que nos confirme si le será posible asistir a nuestra ceremonia y si podremos deleitarnos con una de sus conferencias internacionalmente reconocidas.

Sin más por el momento, le enviamos un saludo cordial y esperamos su respuesta con ansiedad.

Lic. Guadalupe Fritz-Romo

Directora de la Academia Cuauhtémoc de San Ismael

Todo lo que quieres saber de Estados Unidos, América Latina y el resto del Mundo. Visíta [Yahoo! Noticias](#).

Me pregunté por qué la palabra “visita” del anuncio final estaría acentuada. Seguramente era una señal de que la división de noticias de Yahoo! en español contaba con el teclado adecuado para ese idioma en sus computadoras y no tenían miedo a usarlo.

Había recibido invitaciones extrañas a participar en actividades insólitas, a leer en lugares absurdos, a dar cursos en las condiciones más precarias, a ser juez de concursos oscuros y a presentar las obras y los trabajos más desternillantes, pero no en el buen sentido. No obstante, esto sonaba tan elogioso y ridículo que me preocupó. Nadie medianamente razonable, cuerdo, informado e inteligente tendría la idea de nombrar un auditorio — ¡que va!, ni una bodega de intendencia— con mi nombre. Nada en mi currículo podía hacerme merecedor de un honor semejante. Yo no contaba con un solo premio importante ni un *bestseller* ni un diploma prestigioso ni un reconocimiento valioso de las cúpulas del poder de la cultura ni había enseñado a generaciones de estudiantes agradecidos ni era rico como para que pudieran quererme seducir por mi fortuna. Varios escritores contemporáneos estaban convencidos de que yo había muerto “hace algunos años”. Nunca dejaba de sorprenderme cuando mis propios amigos me decían que habían leído algo mío. El solo hecho de que unos desconocidos estuvieran interesados en leerme me parecía un privilegio; que quisieran celebrarme de esta manera exuberante resultaba prácticamente imposible. Había publicado varios libros, pero hacía años que no tenía libro nuevo. Mi único triunfo relativamente reciente había sido publicar un relato en el *New Yorker*. Y sí, había sido un logro sorprendente para un autor sin premios ni

fama ni pedigrí cultural ni editores agresivos ni agentes violentamente necios; pero a nadie le dan un auditorio por meter un cuento en una revista, ni siquiera en la revista emblemática del esnobismo literario neoyorquino. El mensaje no podía ser más que un chiste de mal gusto, una nueva estafa de internet. Pensé olvidarme del asunto. Las posibilidades de ridiculizarme a mí mismo al responder eran enormes.

Sin embargo, no pude sacarme de la cabeza la invitación, el tono provinciano y almibarado, la tiesa y torpe adulación que mientras más leía más parecía legítima. Eran las diez de la mañana, hora en la que usualmente comienzo a trabajar frente a mi computadora. Ese mensaje me había dejado inquieto, pensando en el fracaso y en todas esas cosas que acechan en la soledad. Decidí salir a la calle, tomar un café, quizás encontrar a alguien con quien hablar o por lo menos pensar mirando a la gente pasar. Con un poco de suerte podría encontrarme a algún conocido, o con un poco de valor podría iniciar una conversación con alguna desconocida y entonces sí olvidarme del mensaje y de otras miserias cotidianas. Mientras me ponía zapatos y tomaba mis llaves podía escuchar una pequeña voz que repetía elogios y adulaciones. Al caminar por la ruta que habitualmente recorro en dirección al café pensé por primera vez en los nombres de las calles, escuelas y bibliotecas que me rodeaban. Todos provenían de una cultura en gran medida desconocida. Apellidos de jefes de industria, héroes de guerras, políticos con plantaciones y esclavos. No podía reconocer a uno solo de los personajes insignes que habían dado su nombre a las avenidas, instituciones y bienes raíces más prestigiosos por las que pasaba diariamente: Driggs, Wythe, Berry, Kent, Richardson y Havemeyer. Nombres sin referente, nombres huecos. Que mi nombre pasara a unirse a esa colección de personajes insignes ahora olvidados casi me parecía apropiado.

¿Qué más daba que un teatro se llamara Harry Truman, Pedro Sánchez, Joe Smith o Íñigo Betancourt? ¿Quién putas era Íñigo Betancourt, por favor? Un edificio, estadio, estacionamiento, parque o estanquillo podía llamarse como fuera. ¿Por qué no como yo? No quiero decir con eso que me mereciera un parque o un museo, sino que no importa el nombre que se utiliza para denominar un recinto, ya que con el tiempo el personaje homenajeado pasa al olvido, y el nombre, de conservarse, no tarda mucho en convertirse en una simple secuencia de letras o sonidos sin historia, en un eco amorfo, en una anécdota curiosa para los aficionados de los datos históricos inútiles.

El correo de la licenciada Fritz-Romo había logrado perturbarme mucho más de lo que yo quería o podía reconocer. ¿Qué clase de nombre era ése? Un híbrido sospechoso que quizá telegrafiaba la falsedad de la presunta invitación. Pero las palabras del mensaje resonaban en mi cabeza como una vocecita gangosa que pregonaba elogios y cumplidos, frases como campanadas que se recomponían en combinaciones hipnóticas: su prestigioso recorrido, su impresionante calidad narrativa, su fabuloso manejo de la lengua, su interesante discurso, su apabullante creatividad, su calidad literaria e invulnerable prestigio, su manejo superdotado y apabullante de la pluma. Las palabras se me retorcían en la memoria como serpientes, como si quisieran seducirme con fórmulas ingeniosas destinadas a hacerme resbalar en la soberbia de aceptar la posibilidad de que alguien me considerara digno de ser recordado por generaciones, de que alguien pensara que mi nombre merecía ser inscrito en una placa metálica o tallado en piedra para ser usado como referencia en un futuro.

“Sí, yo llego a eso de las dos y te espero en la puerta del Niarfyahamadi.”

“No puedo pasar a buscarte, pero yo aparto los lugares en el Niarfamahahahi.”

“Fui al concierto que este pendejo dio en el Niarfarfhaha.”

“¿Pero cómo te iba a encontrar si ni siquiera entendí en dónde carajos querías verme, el auditorio Niarfmamadi qué?”

“Nos vemos en la taquilla del auditorio ese que tiene un nombre como turco, el quién sabe qué chingados.”

Por si hicieran falta más razones, la idea de nombrar un auditorio con un nombre tan poco común y difícil de pronunciar era una estupidez.

Llegué al L Café, que estaba desierto a esa hora. El barrio estaba cambiando rápidamente. Cada vez había más jóvenes artistas, ejecutivos de revistas, diseñadores de sitios web, modelos y empleados de empresas de alta tecnología que venían a romper con la homogeneidad de una zona de

inmigrantes polacos, nuevos vecinos que anunciaban el fin de una época y eran pájaros de mal agüero, ya que anticipaban un cambio que representaría otro tipo de homogeneidad: rentas más altas, tiendas con productos más caros y la eventual disolución de una comunidad y del carácter étnico del barrio. Para ser honestos, a mí me importaba un carajo el carácter étnico de éste y de cualquier otro barrio, y aunque me dolía pagar tres dólares por una taza de expreso, era mejor que hubiera expreso en los cafés que aquella porquería inmunda que vendían los viejos delis y cafés.

La chica que hacía y servía el café, que por entonces comenzaban a llamar la barista, tenía siempre mala cara. Sonreí. No respondió a mi sonrisa y sus cejas adoptaron una posición de combate. Pedí un expreso. Lo hizo con su habitual desinterés y le quedó bastante malo, quemado, demasiado ácido y con poca crema, como siempre. Me senté a beberlo y a esperar ver un rostro conocido o una cara atractiva caminando por la avenida Bedford. ¿De dónde carajos venía el nombre Bedford, quién podía haber sido y a qué se debía el flaco honor de ponerle su nombre a una avenida deslucida que tenía el privilegio de ser la más larga de Brooklyn y de atravesar los destartalados barrios de Williamsburg, Bedford-Stuyvesant, Crown Heights y Midwood?

El L había sido el primer café en romper con el aburrido patrón de los sórdidos comercios de esa zona, pastelerías polvosas que mostraban desde hacía años el mismo inocuo pastel de bodas en el aparador, tiendas de ropa que hubieran parecido deprimentes aun en los años del rigor soviético más estricto de Varsovia, almacenes de alimentos donde el inventario se limitaba a papas, coles y cebollas, así como a uno o dos restaurantes intercambiables cuyos menús consistían en borschs blancos y rojos, pierogis y kielbasas, donde las papas se combinaban con más papas en una variedad limitada de presentaciones en casi todos los platillos y donde pedir una ensalada era una señal de poca hombría o una forma de cuestionar la habilidad y sabiduría del chef. Terminé mi expreso y no pude encontrar más justificación ni pretexto para seguir ahí. El escritor cuyo nombre estaba a punto de volverse una referencia geográfica no podía encontrar a alguien con quién beber un café en una ciudad de más de ocho millones de habitantes.

En cuanto regresé a casa corrí a revisar mi correo. No había nada nuevo, pero el mensaje de la licenciada Fritz-Romo seguía ahí, ronroneando frases de aprecio a mi dedicación, mi talento y, por supuesto, mi impoluta trayectoria literaria, mi fulgurante prosa y mi estimulante e imperturbable ejercicio de la imaginación. No podía jugar a ignorarlo más, así que decidí responder a la directora de la Academia Cuauhtémoc. Traté de ser sucinto, sin mostrarme demasiado interesado pero teniendo precaución de no parecer que ninguneaba el generoso homenaje. Fui directo y amable. No me lancé de narices como un cretino crédulo; fui ambiguo pero cuidadoso de no parecer dubitativo; traté de sonar categórico sin ser arrogante. Creo que pasé una hora escribiendo las cuatro líneas que finalmente envié a Fritz-Romo. Le hice tantos cambios que a los pocos minutos de haber presionado el botón de *send*, no estaba seguro de qué demonios había dicho; ni siquiera estaba claro si mi respuesta implicaba una aceptación o un rechazo. Entonces traté de olvidar el asunto. Mentiría si digo que no tenía curiosidad por lo que sucedería. Además, me sentía francamente nervioso por la posibilidad de volver a México.

No tuve que esperar demasiado. Como si la licenciada hubiera estado esperando mi mensaje detrás de la pantalla, minutos más tarde sonó la campanita de correo recibido.

Encantada, decía el título.

Estimado maestro Yahamadi:

He leído con enorme placer sus palabras y me encuentro muy feliz y emocionada por su amable respuesta. Su generosidad nos ha conmovido. Nos dará una alegría inmensa recibirlo en San Ismael, y es un enorme privilegio que nos hace al escribir una conferencia magistral específicamente para el acto inaugural de su auditorio. En breve mi secretaria Itzel Miranda se pondrá en contacto con

usted por este medio, y posteriormente por teléfono, para precisar los datos de su visita y hacer todos los preparativos necesarios para su viaje.

Quedo ansiosa en espera de su visita.

Lic. Guadalupe Fritz-Romo

Directora de la Academia Cuauhtémoc de San Ismael

Has tuya la última versión de Messenger: [Haz clic aquí](#)

Me quedé mirando la palabra “Has” escrita con s del anuncio de Messenger. ¿O era ese un mensaje cifrado, un código misterioso que debía descifrar? *Has* es una conjugación de haber, y *haz* de hacer. La revisión ortográfica de un procesador de palabras no podría diferenciar, ambas eran palabras legítimas y por tanto no había marcado el error. Y finalmente daba lo mismo. Era una prueba más de que el español, el lenguaje que había elegido para expresarme, le era indigesto a la cultura digital y daba muestras de descomposición. Era también una de esas señales inconfundibles de que el idioma, la comunicación y las relaciones humanas estaban cerca de transformarse de manera vertiginosa y probablemente irreversible debido a la aparición de estos interlocutores digitales que tenían derecho a corregir e interpretar nuestras intenciones al manipular las palabras.

La licenciada quedó ansiosa y yo terminé de leer consternado. Nunca había dicho en mi mensaje que escribiría algo especial para la ocasión, ni siquiera había dado un sí definitivo, sino que había dicho que era muy honroso haber sido elegido entre tantos escritores notables pero que me declaraba sorprendido de que se me ofreciera un honor reservado, a mi parecer, a ciudadanos ilustres, nativos ejemplares de esa ciudad o estudiantes destacados de su institución. Yo nunca había estado en San Ismael, ni siquiera tenía claro dónde quedaba ni cómo se llegaba allí, y muy especialmente ignoraba qué podía haber digno de ser visitado. Busqué mi mensaje anterior en el buzón de salida para ver qué podía haber causado semejante mal entendido y descifrar a qué se refería con eso de mi conmovedora generosidad. Pero mi mensaje había desaparecido. Busqué durante horas y hasta revisé casi uno a uno los miles de mensajes que había

enviado en los últimos años.

El mensaje no estaba, había desaparecido, lo cual me pareció muy mal presagio. No me atreví a escribirle para preguntar qué demonios le había dicho o qué pensaba que le había querido decir, eso hubiera sido un acto de estupidez o locura que habría puesto en entredicho los elogios de la licenciada. Finalmente mi mejor protección era la distancia. Si las cosas se ponían complicadas o bochornosas, simplemente dejaría de responder a mi correo electrónico, lo anularía y abriría otra cuenta. No tenía gran cosa que perder aparte de publicidad para viagra y promesas de placer y fortuna.

Yo escribía artículos de cuando en cuando para revistas y periódicos, pero cada vez lo hacía menos. Mi principal fuente de ingresos eran entonces las traducciones del inglés al español que hacía para varias empresas, una de seguros, otra de publicidad y un bufete de abogados. Era un trabajo ingrato, árido, monótono y mal pagado, pero siempre mejor que limpiar mesas y trapear los pisos de un McDonald's. No es que esa fuera mi única opción, pero las cosas no me estaban saliendo muy bien en los últimos meses. Tenía mucha suerte de pagar una renta muy modesta para mi pequeñísimo departamento, gastaba poco, bebía con relativa moderación y no tenía vicios caros. Desde mi divorcio de Pris estaba bastante quebrado y las cosas habían ido cuesta abajo. Mi última novela, *Iris de color púrpura*, languidecía en manos de un editor mexicano que no se atrevía o no tenía tiempo de decirme que no estaba interesado. No tenía ninguna oferta mejor que ir a San Ismael a inaugurar mi auditorio, mi casa fuera de casa. Si todo seguía mal, podía irme a vivir a San Ismael, mudarme a ese espacio que me ofrendaban y volverme una especie de fantasma de la ópera, un recluso nostálgico y rencoroso que se ocultaba en las sombras para asustar a los pequeños actores de las obras escolares.

En lugar de ponerme a trabajar en un par de traducciones que tenía pendientes, me pasé ese día divagando, dando vueltas y vueltas a ideas estúpidas, perdiendo el tiempo en conjeturas ridículas de premios, celebraciones y homenajes mientras miraba la pantalla en blanco. Pensé que San Ismael podría ser el punto de partida para algo nuevo y mejor. Si alguien creía en mi trabajo, ésa era la oportunidad para que yo comenzara también a creer en él. Consideré la posibilidad de regresar a México si las cosas salían bien. Tal vez era posible volver a empezar, no exactamente de cero, pero sí con menos lastres y sombras a mi alrededor. De cuando en cuando una voz en mi cabeza, distinta de la pequeña voz elogiosa que repetía las palabras de

Fritz-Romo, me decía que sólo un idiota podría redescubrir la fe en sí mismo por recibir un correo electrónico de semejante procedencia.

Dos días más tarde Itzel Miranda me envió un correo. El tono era cordial, pero nada comparable con la zalamería de su jefa. Quería saber ciertos datos míos y mis preferencias para el próximo viaje. Pedí viajar un miércoles y regresar el domingo; la ceremonia sería el jueves y pasaría el fin de semana descansando y conociendo San Ismael. Pregunté discretamente cuánto se me daría para gastos y me aventuré a decir que mis honorarios eran sólo mil dólares. Lo dije de tal manera que sonara como si fuera una bicoca. “Sólo mil dólares”, como si fuera lo más natural, como si un pelagatos como yo cobrara mucho más cuando era invitado a inaugurar auditorios o a bautizar navíos y les estuviera ofreciendo una ganga.

No sabía, y aún no sé, si es apropiado cobrar honorarios cuando uno va a ser homenajeado. Imagino que las opiniones estarán divididas a ese respecto. Yo sentía que era un gesto hasta cierto punto burdo y de mala educación, pero no estaba en condiciones de mostrarme desinteresado y magnánimo. Tenía un mes de renta por pagar y muchas cuentas pendientes que seguirían acumulándose si me iba de viaje a San Ismael.

De pronto sonó el teléfono. Una voz suave intentó hablar en inglés sin mucho éxito.

—*Hello... I want talk...*

Interrumpí en español.

—¿Quién habla?

La mujer, aliviada por poder hablar en castellano, preguntó por mí, enredándose en todas las vocales de mi nombre.

—Sí, soy yo.

—Maestro... —trató de pronunciar mi nombre nuevamente, pero se dio por vencida—, le llama Itzel. Acabo de recibir su correo electrónico y quería confirmar algo con usted.

—Sí, dígame —me imaginé que se trataba de mis honorarios.

Bueno. Me da mucha pena, pero no tenemos considerado en nuestro presupuesto el pago de honorarios.

—Okey —dije alargando la palabra como si esperara una explicación o una promesa de algo a cambio de renunciar a mi módica demanda.

—Me siento muy apenada con usted. Yo sé que los artistas de su categoría cobran lo que usted pide y mucho más, pero la academia se encuentra en una situación difícil por el momento, y no debería ser yo la que se lo diga, pero con los problemas de la crisis y el volcán, sobre todo el volcán, usted no tiene idea de cómo nos las hemos tenido que ver.

¿Cuál sería la categoría de artistas a la que esta mujer se imaginaba que yo pertenecía? ¿Cómo estaría estratificado en su imaginación el mundo de los artistas? ¿Algo así como los círculos del infierno? ¿En qué momento un tipo como yo se volvía artista?

—Mire, Itzel, no se preocupe, no me tiene que dar explicaciones. Yo entiendo. La situación está difícil por todas partes.

¿Qué más podía decir?

—No, usted no sabe. Pero tengo que colgar. Me tengo que ir. No puedo hablar más.

Y colgó.

¿Pudo mi exigencia trastornar de esa manera a la secretaria Itzel? Finalmente, me hubiera bastado un no para entender que no podían pagarme. De todos modos iría. Tampoco había apostado a que mi situación económica se resolvería gracias a las arcas de la Academia Cuauhtémoc de San Ismael. A esas alturas un viaje gratis a México y algo parecido a unas vacaciones me bastaba. Y el simple hecho de haber recibido una llamada telefónica convertía la ambigüedad de un correo electrónico en algo más tangible, aunque *tangible* no sea precisamente la palabra correcta.

Me sentí en un conflicto y nada me era más incómodo que haber provocado una reacción como la de Itzel. La imaginé esbelta y frágil, vestida con ropa sencilla, muy probablemente telas sintéticas estampadas con diseños de mariposas amarillas que estuvieron de moda hace unos cinco o seis años; su cabello negro, lacio y largo le caía delicadamente sobre los hombros; sus dedos finos culminaban en unas uñas sin pintar. Por su voz pude suponer que se movía con gracia, no podía ser de otra manera, apenas rozando el piso, con cautela, como una gata. Estaba casada desde hacía algunos años con un tipo mediocre y sin convicciones que la había hecho dudar de sí misma

innumerables veces. Era un hombre cariñoso y decente, pero tímido, un hombre que se acobardaba ante la incertidumbre; por eso aún no tenían hijos y seguían viviendo en San Ismael, lo cual, con sus ventajas, debía de ser frustrante. ¿Cómo podía ser de otra forma con la crisis y el problema del volcán?

¿Volcán? En todos los años que viví en México nunca oí hablar del volcán de San Ismael. ¿Sería una situación geológica reciente? Quizás uno de esos fenómenos telúricos espontáneos como el Parícutín, que apareció de pronto en medio de sembradíos de maíz o de tomates o de algo. Aunque tal vez Itzel se refería a otro tipo de volcán, a una situación a punto de hacer erupción, a un problema candente que se desbordaba como lava.

Estimado maestro Yahamadi:

Debido a un problema en las finanzas de la institución nos vemos obligados a solicitarle que pague usted su pasaje Nueva York-México-San Ismael, con la garantía de que le reembolsaremos el dinero a su llegada. Debido a ciertas complicaciones económicas y, como es natural, al problema del volcán, el presupuesto asignado para su visita ha quedado temporalmente fuera de nuestro alcance. Tenga la seguridad de que la situación estará resuelta a tiempo para su llegada. Nos sentimos muy apenados por este desafortunado inconveniente. Le agradecemos infinitamente su cooperación y su comprensión. Esperamos verlo pronto y le enviamos nuestros saludos respetuosos.

Atentamente,

Lic. Guadalupe Fritz-Romo

Directora de la Academia Cuauhtémoc de San Ismael

El correo electrónico mas usado en el mundo [Haz clic aquí](#)
Prodigy/MSN Hotmail

Este mensaje venía a cambiar todo. La palabra “Haz” en el anuncio estaba bien utilizada, a diferencia del “mas” sin acento. Lo dicho por la secretaria parecía confirmarse; ya no parecía una chiflada histórica, sino que, evidentemente, sus preocupaciones eran legítimas, tanto al respecto de la crisis como del volcán. Nada me parecía más inadecuado que verme forzado a pagar mi propio boleto, aun con la promesa de que me reembolsarían el dinero. En las noticias no se mencionaba actividad volcánica alguna en

México, y al buscar San Ismael en internet no se obtenía una sola mención de fenómenos ígneos. Era en cierta forma una manera de hacer aterrizar la fantasía de mi homenaje en una realidad paupérrima, en un contexto tercermundista, pobre, pinche, en quiebra permanente. Ninguna persona o institución con problemas financieros debería andar otorgando reconocimientos o invitando a autores a los que no puede pagar un honorario mínimo. Y lo peor es que la licenciada no consideraba siquiera una disculpa, ni tampoco preguntaba respetuosamente si yo podía pagar mi propio boleto. Fritz-Romo no parecía tomar en cuenta la posibilidad de que no iría, de que no correría el riesgo de ser estafado por una institución desconocida y perdida quién sabe dónde. Ya había oído a algunos colegas contar historias espantosas de invitaciones a conferencias y a eventos a los que los habían hecho llegar pagando su propio boleto con la promesa de honorarios y gratificaciones económicas, para luego encontrarse abandonados, sin boleto de regreso, explotados por algún burocratillo de segunda, por el director de la facultad de letras de cierta universidad provinciana miserable o por alguna licenciada directora de sepa la chingada qué puta escuela.

Era una pérdida de tiempo desesperanzadora. Pensé seriamente que ya era hora de considerar un cambio definitivo de oficio. No sabía cómo ni qué responder, ni cómo decirle a esta licenciada que yo no era su pelmazo, que necesitaba dinero para ir a cualquier lado y que no estaba dispuesto a correr el riesgo de viajar a un sucio pueblo con la muy incierta esperanza de que me entregaran allí un generoso cheque. No, señora, pensé; vamos comenzando por pagarme lo justo. ¿Quieren hacerme un homenaje? Primero está mi justa retribución, el inmundo dinero que hace posible que uno sobreviva y que hace que usted vaya a trabajar todos los días en la fétida oscuridad de una ciudad rascuache e insignificante como San lo Que Sea. ¿De dónde le viene la idea de que un escritor no necesita dinero? Es la herencia perversa de las fantasías románticas y la resonancia de los poetas tísicos y muertos de hambre que dan mal nombre al oficio.

No podía escribir tales cosas; no estaba en mi naturaleza. No podía tratar de esa manera a la Fritz-Romo, aunque no la conociera, aunque nunca la hubiera visto, aunque ni siquiera existiera. La simple posibilidad de que se tratara de una dama, de una mujer decente, de una profesora dedicada que buscaba, con un mínimo de medios y recursos, ofrecer lo mejor a sus estudiantes, y que entre lo que ella consideraba lo mejor estaba mi trabajo, me hacía verla con respeto y hasta con cierto deseo. La podía imaginar como

una mujer menuda, que apenas tendría unos cincuenta años y que al sonreír mostraba una dentadura perfecta y unas arrugas que ya le preocupaban pero aún podía disimular; una mujer que usaba faldas entalladas y blusas de telas lisas, sobrias y ligeras, entusiasta y curiosa, optimista y siempre de buen humor, aunque quizás un poco rígida, que había estado casada pero al no poder someterse a las rancias convenciones culturales y la mentalidad parroquial de San Ismael terminó divorciándose y sin embargo nunca pudo irse a la capital como hubiera querido.

En vez de escribir un correo insultante me tiré a descansar. Llevaba meses durmiendo muy mal y me bastaba sentarme cómodamente o acostarme durante un par de minutos para quedarme dormido. Así que dormí una siesta con la esperanza de despertar con alguna idea razonable de cómo responder a la situación.

El asunto del homenaje había desquiciado mi rutina de una manera que me afecta hasta ahora. De hecho, no era ésta la manera en que hubiera querido comenzar este recuento, pero por alguna razón los recuerdos se organizan en mi cabeza de forma caprichosa. Debí haber empezado por presentarme. Mi nombre es Niarf Yahamadi y soy un inmigrante legal en Nueva York. Un escritor en Nueva York podría parecer una situación maravillosa, pero para mí desde hace años ha sido una trampa, un aborrecible aunque —no puedo negarlo— tolerable autoexilio. Todo estaba a mi alcance: libros, cine, teatro, museos, música, galerías. No obstante, ese mundo no era gratuito y mis ingresos parecían ser cada día más modestos. Afortunadamente, una credencial de prensa, que había obtenido en el Centro de Prensa Extranjera con la ayuda de un amigo editor del diario *La Jornada*, me daba acceso a buena parte de ese menú cultural. Sin embargo, mi prolongada estancia en esta ciudad me había enajenado; me había hecho sentirme un desconocido. Lo sé, nada es más insoportable que esta ridícula afirmación de perderse a uno mismo, de romper una especie de primigenio vínculo espiritual con el yo por vivir en un país extranjero. Pero no me refiero a eso. Yo no había perdido mi autenticidad ni mi individualidad ni mi personalidad al encontrarme en una ciudad estadounidense rodeado de extraños. Lo que sucedía era que, al escribir en un idioma que la gente que en mi entorno no podía ni estaba muy interesada en entender, me sentía en una especie de burbuja, escribiendo para lectores imaginarios en tierras remotas. Era como escribir en una lengua muerta, renunciando de entrada a vivir en una comunidad real, rica y variada, a cambio de una utopía; utopía bastante

devaluada, para el caso.

Ante esta realidad, un autor sensato, que supiera que su idioma era el acceso a su identidad y una parte preciada de su ser, hubiera hecho las maletas, empacado sus memorias y experiencias y habría regresado a México. O por lo menos hubiera buscado alternativas en otros países hispanoparlantes.

No es que Nueva York no ofrezca oportunidades de hablar español. Cada día hay más mexicanos, ecuatorianos, hondureños y colombianos compitiendo por los empleos peor remunerados de la ciudad. Pero la economía de supervivencia de estos inmigrantes económicos no deja tiempo para leer. Entre la multitud que vive al día y que pide pan a gritos, yo soy como el proverbial panadero que hornea pastelillos, o más bien *brioche*s literarios. ¿Sería pretencioso decir magdalenas etéreas? No se les puede culpar por no tener tiempo ni interés ni fuerza para leer en su idioma. No se les puede condenar porque lo que más quieran sea aprender inglés correctamente y no adentrarse en la supuesta riqueza literaria del castellano.

SEGUNDA PARTE

PRIS

Una de las razones para quedarme en Estados Unidos, donde mis perspectivas como escritor hispanoparlante se limitaban en gran medida a redactar comerciales para cucarachicidas y pomadas para combatir los hongos de las uñas, fue haberme casado. Conocí a Pris, mi exesposa, en las oficinas de la Stone, Clark & McDaniels Foundation, la institución que me becó en Nueva York. Pris trabajaba ahí como secretaria temporal, como *temp.*, es decir; fuerza laboral sin contrato ni beneficios, mano de obra barata y desechable que se invoca con un simple llamado telefónico a una agencia y se despide con un memorando impersonal, sin compromisos, ni liquidaciones ni complicados requisitos. Simplemente un adiós, muchas gracias, nosotros te llamamos en caso de necesitarte nuevamente. Pris llevaba años buscando un empleo decente, uno en el que el empleador también se comprometiera con ella. Decía que no había encontrado nada. Era obvio que su situación tenía algo que ver con su personalidad áspera. No debería hablar mal de ella, fue mi mujer y a fin de cuentas era una víctima más de un injusto sistema de explotación laboral. Pero no puedo excusar su actitud grosera e impredecible, su mal humor recurrente, su temperamento explosivo y el hecho de que no tenía realmente mucha preparación ni ningún talento o habilidad notables. No se trata tampoco de presentarla como una neurótica feroz a punto de reventar a la menor provocación, pero el mal genio y sus múltiples dolencias no le ayudaban en nada.

Cuando la conocí, Pris se encargaba de los asuntos de vivienda, alimentación y demás servicios de los programas de becarios. De hecho, la habían contratado únicamente para ayudar con el volumen de trabajo agregado por el grupo de becarios al que yo pertenecía. La organización había aumentado, de un año al siguiente, el número de becas ofrecidas casi al doble, de ahí que hasta yo fuera capaz de obtener ese generoso apoyo. Por lo tanto, en cierta forma ella estaba ahí gracias a mí. Hablábamos todos los días, y si bien era claro que ella tenía una personalidad inestable e irritable, me fascinaba su aspecto, su sonrisa, sus gestos desdeñosos, sus múltiples

brazales de colores que le cubrían medio antebrazo, sus viejas botas militares y, muy especialmente, su cabello rubio, desordenado y resplandeciente. Lo que me atraía de ella, su apariencia desaliñada y rebelde, era probablemente lo que la hacía incontratable para la mayoría de los puestos corporativos.

Yo no tenía que ir tan a menudo a esas oficinas. De hecho, no tenía prácticamente nada que ir a hacer ahí. Podía resolver dudas, cumplir mis compromisos y despachar mis asuntos con ellos por teléfono y correo electrónico. Pero no tenía amigos ni muchas cosas gratuitas en qué invertir mi tiempo libre así que visitaba a Pris, la veía trabajar, ir de un lado a otro de la oficina; escuchaba sus quejas y hablábamos de tonterías. Podía hacerla reír, lo cual me parecía entonces un triunfo enorme. Un día la invité a ver una película en el Film Forum; creo que fue un documental de Werner Herzog, quizás el del hombre *Grizzly*. Estoy seguro de que le pareció insoportable y lo odió, pero en aquel momento yo creí que estaba tan impactada y emocionada que era incapaz de articular su opinión. Era un cambio radical del tipo de cine que estaba acostumbrada a ver. Cenamos en el Lucky Strike de SoHo, luego fuimos a mi departamento y esa noche se quedó a dormir. Hicimos el amor en la oscuridad y en silencio, moviéndonos apenas, con cuidado de no romper un frágil equilibrio emocional y fisiológico que pareció establecerse en ese momento. Nunca pensé que esa relación pudiera durar. Ella siempre estaba aprensiva, tensa e incómoda, como si en cada palabra y acción estuviera evaluando el fracaso, la frustración y la traición que se avecinaban. Había muchos temas de los que no podíamos hablar, cosas que yo no debía preguntar ni mencionar y lugares a los que ella no quería volver. Muchas veces quise poner un punto final, pero no me atreví y sé que a ella le sucedió lo mismo. Cuando me sentía harto pensaba que estar solo tampoco era maravilloso, y que volver a encontrar a alguien sería muy difícil. Y no es que estuviera desesperado por tener una pareja, pero nunca había acariciado una cabellera tan rubia en mi vida y cada vez que lo hacía, seguramente por algún trauma o complejo irresuelto de mi infancia, sentía que todo era posible, incluso domar su temperamento. Era una estupidez, no trato de justificarme.

Por supuesto que creer que es posible domar a alguien es ingenuo. Continuamente teníamos peleas brutales. Más noches de las que puedo recordar, ella se acostaba llorando o bien insultándome con furia. Hablaba y maldecía entre sueños; se despertaba a mitad de la noche y salía semidesnuda a correr por las calles. Si la seguía me gritaba que la dejara en paz; si no la seguía me acusaba de ser un cobarde. En lugar de acabar con esa relación de golpe seguíamos complicándonos, enredándonos más en nuestras intimidades, fingiendo algo semejante al interés, al cariño, a la solidaridad — no voy a decir que al amor, porque eso sí sería una exageración—. Fuimos rodeando la cotidianidad de compromisos sociales, de muebles de Ikea y calendarios de actividades sociales que hacían soportable nuestra convivencia.

Mi beca acabó por vencerse. Tenía que regresar a México. No me molestaba la idea de volver a mi país adoptivo. De hecho, nunca había pensado quedarme en Nueva York de manera definitiva, ni mucho menos en otro lugar de Estados Unidos. En dos años no había dejado de sentir que estaba de visita: mis maletas y mi pasaporte estaban siempre a la mano. Las pocas veces que compraba cosas lo hacía pensando en el espacio de mi equipaje que me quedaba disponible. No tenía nada en contra de vivir aquí, no me desagradaba la ciudad ni su jaleo frenético, pero no pensaba ni en realidad deseaba que ahí hubiera para mí un lugar definitivo. Y el espacio que yo me había hecho al lado de Pris no era ni remotamente acogedor. Era difícil aceptar la idea de convivir con una mujer que la mayor parte del tiempo apenas podía soportarme y tenía que tomar antidepresivos para no suicidarse.

Pero, por inverosímil que parezca, un 25 de febrero le propuse que nos casáramos. Obviamente, no fue una intempestiva iluminación amorosa, ni el resultado de una escrupulosa y profunda consideración. Fue simplemente un arranque, una de esas cosas que uno dice cuando una discusión ya ha recorrido diversas fases y sigue sin llegar a un punto de estabilidad, a una reconciliación o a una ruptura. Nuestras discusiones casi siempre estallaban

por detalles que yo consideraba tonterías. Si no quería ir al parque el domingo, si encontraba raro que a mí me gustara tal película, si hablaba de su madre y yo no me mostraba suficientemente afectuoso o interesado. Cualquier motivo era un detonador potencial.

Serían cerca de las tres de la mañana; apenas podía mantener los ojos abiertos, sentía náuseas y me dolía la cabeza. Ella había gritado, amenazado, roto un plato o dos; había salido a la calle y regresado. Se sentó en silencio frente a la mesa y bajó la cabeza. Creo que ella también había alcanzado ese punto de agotamiento en que ya no es posible seguir peleando. Como un idiota dejé entonces que esas palabras salieran de mi boca, que se articularan solas. Era como si estuviera poseído, como si me hubiera vuelto zombi. Y una vez dichas no traté de retractarme ni de cortarme las venas ni de huir.

Si mi propuesta de matrimonio fue absurda, estéril y vana, también lo fue su respuesta. Dijo que sí y se echó a llorar. Quise creer que de alegría, pero aquel gesto era cualquier cosa menos eso. Casarme me daba por supuesto la oportunidad de extender mi estancia en Estados Unidos, de obtener una *green card* y eventualmente la ciudadanía, aunque seguía sin entender para qué. Sin mucho trámite organizamos una pequeña ceremonia. Ella insistió en que fuera religiosa. Yo ni siquiera sabía que ella creía en Dios o que había sido adventista. Pris consiguió un pastor relativamente barato que ofició la boda y después se emborrachó con el shiraz australiano que Pris escogió. La boda se llevó a cabo en el jardín de una amiga suya que se encerró en su habitación durante toda la ceremonia y terminó cobrándonos mil doscientos dólares por el uso de su patio trasero. Al despedirme, la dueña de la casa me pidió que le mandara el cheque por correo, a su nombre, que escribió en un *post it*, a mano, con delicada caligrafía cursiva. De preferencia el siguiente lunes, añadió. Le dije que se lo traería personalmente, pero ella insistió:

—Por correo, si me hace el favor.

La vida de casados no mejoró la calidad de nuestra cohabitación. La hostilidad seguía creciendo y cada vez era más difícil tener algo parecido a un diálogo. A partir de la boda, el sexo prácticamente desapareció de nuestra relación. Las veces que traté de tener relaciones con Pris resultaron en episodios penosos y desagradables. Independientemente de si lo hacíamos o no, el resultado siempre era el mismo: una sensación de desconsuelo e insatisfacción.

De acuerdo, esto suena exageradamente trágico y probablemente no lo era tanto, pero a la distancia no puedo ver un solo elemento positivo en aquella relación. No obstante, neciamente seguíamos viviendo y durmiendo juntos. El colmo del absurdo fue cuando tras otra tremenda pelea que duró hasta el amanecer ella me dijo que debíamos tener un hijo. Mil veces yo había oído semejante idiotez, incontables veces rugí y reí al escuchar que otras personas habían caído en esa trampa, y sin embargo, teniendo la oportunidad de decirle a Pris que sus estupideces me estaban comiendo la vida, me quedé callado y asentí con la cabeza.

Tengo que aclarar que no me gustan los niños. No me interesan sus pequeñas vidas; me repugnan sus inquietudes, intereses, temores, manías y enfermedades; detesto sus ocurrencias y necesidades. Pensaba que Pris entendía lo que yo sentía sobre esos pequeños focos de infección —seres caprichosos, incontrolables y estridentes, diminutas ruinas humanas que con suerte se convierten en personas con los golpes de la vida—; se lo había dicho muchas veces. De pronto se olvidó de mis convicciones y me aseguró que ésa era la única solución para nuestro matrimonio. Mercenariamente aproveché su propuesta para dar un giro a la pelea y cogérmela como no lo había hecho en meses.

Salió el sol y antes de tomar un café, sin haber dormido ni un minuto, ya describíamos entusiasmados la decoración del cuarto del bebé, proponíamos nombres y especulábamos lo que estudiaría. El bebé imaginario tuvo el poder de contener nuestra infelicidad, de pacificarnos y de darnos la oportunidad de

convivir en paz esa mañana, a pesar de haber pasado una amarga noche sin sueño. Por eso no me sentí tan culpable de fingir interés y mentir. Estaba dispuesto a explotar esa fantasía de paternidad y maternidad si podía hacer soportable la relación, aunque fuera por unos días o semanas. Ella me seguía gustando.

Experimentamos algo parecido a la euforia. Traté de no pensar seriamente en las consecuencias, mi intención era tratar de disfrutar hasta donde pudiera esa armonía pasajera y eventualmente explicarle que no podía participar en esa locura. Imaginé que podía aprovecharme de su buen humor y su actitud optimista, y una vez que tuviera que revelar mi absoluto desinterés o, en el peor de los casos, cuando el embarazo ya fuera irreversible o demasiado incómodo, simplemente desaparecer. De cualquier manera, la idea de irme por sorpresa siempre estaba en mi mente: constituía mi sistema de seguridad, mi último recurso, mi as bajo la manga, la válvula de escape que me permitía soportar horas de violencia verbal, berrinches ridículos, exigencias angustiantes, cenas en compañía insufrible y una cantidad de oprobios que ahora ni siquiera me atrevo a mencionar.

La racha de entendimiento, generosidad y comprensión —qué sé yo, quizá cariño— siguió durante varios días, en los que además teníamos sexo continuamente, lo cual ya era ganancia después del larguísimo ayuno erótico. En los últimos seis meses me había acostado con una cantante de ópera un poco mayor que conocí en una reunión, y con una mesera que de manera absolutamente inesperada me propuso que “fuéramos a quemar energía” juntos durante su descanso. En ambas ocasiones la experiencia fue agradable, aunque con la joven mesera, Daria, sentí que nunca estuve a la altura de sus expectativas atléticas; al terminar se despidió con un beso en la punta de mi nariz y una sonrisa que ocultaba mal su decepción. Como suelo hacer en ocasiones así, me expliqué lo ocurrido pensando en media docena de formas en que ella, y no yo, había tenido la culpa: si aquello no había resultado había sido por la inmadurez de la joven, por su falta de experiencia. Dejé de ir al restaurante donde trabajaba. No me siento orgulloso de mis infidelidades, pero ambas tuvieron lugar en periodos en que mi relación con Pris era particularmente espantosa.

No tengo claro por qué interrumpí la historia del bebé con mis poco apetecibles y aún menos excitantes relatos de amoríos furtivos. Imagino que es una forma de reafirmar mi masculinidad ante un lector imaginario.

Vuelvo al asunto del bebé. Después de tres meses de tener sexo con regularidad, Pris regresó un día del ginecólogo y, con lágrimas en los ojos, antes de que su voz se quebrara y comenzara a llorar, me dijo:

—No puedo tener hijos.

—Pero ahora hay muchos tratamientos. Debe haber alguna forma.

—No, no se puede hacer nada.

—Tienes que ver a otro médico. Eso, una segunda opinión —dije con determinación, como si en realidad estuviera preocupado por su fertilidad.

Gritó que no había nada que hacer, que ella lo sabía desde hacía mucho y había probado una gran variedad de tratamientos sin éxito. Sabiendo que la posibilidad de tener un hijo era muy remota, en el mejor de los casos, Pris me había hecho creer en su fantasía, como parte de un juego cruel y siniestro, como una forma de ponerme a prueba o, más bien, para castigarme de manera retorcida. Mientras yo pensaba tener una especie de ventaja al imaginarme huyendo de pañales y biberones, ella sabía que la cuna que estábamos a punto de comprar nunca sería ocupada. Era yo el que había sido manipulado y usado, era yo el maniático que debía ser engatusado para poder tener algo parecido a una relación tolerable.

Estaba confundido y herido. Quise permanecer callado, tratar de sacar algo bueno de la experiencia del bebé virtual, lo que fuera, pero en vez de eso cometí la habitual estupidez de reclamar, como si realmente estuviera ofendido y sorprendido al descubrir que ella sabía que su condición hacía imposible que tuviéramos hijos. Esto desató otra inútil discusión, más lágrimas, gritos, puertas azotadas, rasguños en mi rostro, otros vasos rotos y más daños que no voy a contabilizar. Esta vez no hubo feliz reconciliación mañanera. La pelea siguió durante varios días en los que inexplicablemente

yo seguía durmiendo en nuestra cama. Por supuesto que no me quedaba ni la menor esperanza de tener más contacto sexual. Y esto lo subrayo porque tengo una muy peculiar aversión al uso del sexo como moneda de cambio o herramienta de castigo, aunque reconozco haber aprovechado la situación para beneficiarme sexualmente.

La normalidad volvió a asentarse con su implacable frialdad. Cada día consideraba con más seriedad la posibilidad del regreso a México. Pero siempre lo posponía unos días más, el tiempo suficiente para encontrar una oportunidad de trabajo en una revista, para escribir un artículo y someterlo al *Village Voice* —a sabiendas que sería rechazado—, para ir a buscar a la empleada de una tienda de ropa en la calle Lorimer que me había sonreído con inconfundible coquetería. No quería estar ahí, pero tampoco tenía prisa por regresar a México. Nada me esperaba allá y la situación que me había empujado a irme no se había resuelto; pero de eso hablaré más adelante.

Entonces mi vida dio un nuevo giro. Pris me llamó desde el trabajo, una oficina de abogados a la que había sido enviada de *temps*. Hablaba atropelladamente; le faltaba la respiración. Me dijo que tenía noticias maravillosas. Que me contaría más tarde. No me gustó para nada el mensaje, y supuse que nada bueno saldría de esa euforia. Si antes desconfiaba de ella, ahora sabía que tenía una peligrosa vena manipuladora de la que yo debía protegerme. Pasé la tarde dando vueltas por el departamento, tratando de imaginar qué podría tener a Pris tan emocionada, y preparándome para responder a lo que pudiera proponerme.

Ojalá hubiera tenido el valor de escapar.

Si algo aprendí de esa relación fue lo difícil que es dar la espalda a todo, aunque ese todo no tenga valor; lo difícil que es ignorar las emociones ajenas y ejercer el egoísmo. Para alguien como yo, abandonarlo todo en ese momento parecía una decisión imposible.

Pris llegó a casa a las seis treinta. Sonreía y movía las manos con entusiasmo; daba saltitos y parecía brillar. Cuando finalmente se tranquilizó lo suficiente, nos sentamos frente a la mesa del comedor, le serví una copa de vino blanco y me senté frente a ella. Hizo una pausa teatral y comenzó a explicar:

—Jack Sandler, uno de los socios del bufete, me invitó a comer. Estuvimos hablando de muchas cosas hasta que mencionó que su esposa había tenido muchos problemas para concebir, por lo que después de su primer hijo decidieron adoptar un niño.

—Adoptar.

—Sí. Se puso en contacto con una red de personas que se dedican a rescatar niños huérfanos de varios países tercermundistas.

—Yo vengo de un país tercermundista. No, de hecho vengo de dos.

—Okey, pero la cuestión es que las personas de esta red tienen conexiones con altos niveles y pueden autorizar y acelerar los procedimientos de adopción. ¿Tú sabes lo mucho que se han complicado esos trámites? ¿Sabes que algunas personas deben pasar a veces varios años de espera para poder adoptar un bebé?

—Sí, he oído que en la mayoría de los países, aun en los tercermundistas, la idea de vender niños a clientes de países ricos causa cierto malestar.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó con una seria expresión de angustia.

—Nada, sigue.

Hizo una larga pausa, bajó la vista y continuó:

—Jack decidió...

—¿Jack?

—Sí, Jack Sandler. Jack y su esposa querían adoptar a un niño o niña en China, así que pusieron una petición y ahora tienen a una nena lindísima de dos años.

—Qué bien.

—Sí, está muy bien. Jack me dijo en qué consisten los trámites y se ofreció a ayudarnos después de que le expliqué nuestra situación.

—¿Cuál situación?

—Sí, le expliqué que queríamos tener un bebé y que yo no puedo... Tú sabes.

—Y nos quiere ayudar.

—Sí, porque a raíz de que adoptó a su bebé también comenzó a trabajar como abogado de esa red de adopciones. Tiene los medios para ponernos a la cabeza de la lista, para darnos un bebé.

—¿Pero por qué? ¿Por qué nos darían o te darían semejante privilegio cuando hay tanta gente con mayores recursos esperando un bebé en adopción?

—Porque Jack me lo dijo.

—Tu jefe, al que conoces desde hace... ¿qué tanto? ¿Dos meses? De repente se interesa tanto por ti. ¿No crees que hay razones para sospechar?

—¿Sospechar? ¿Sospechar de qué? No lo puedo creer. ¿Qué quieres decir?

—A lo mejor dijo eso porque quiere algo de ti. No sé. No es tan raro.

—¿Eso es lo que tú harías? ¿Quién crees que soy? ¿Cómo te atreves a acusarme así?

—No te estoy acusando de nada. Sólo creo que es muy raro.

—¿Qué carajos sabes de esto, de redes de adopciones, de cuánta gente hay esperando bebés de China o de otras partes? ¿Qué sabes de Jack?

—Tienes razón, no sé nada y tú tampoco, aparte de lo que te explicó el abogado que llamas tan cordialmente Jack.

—¿Qué estás insinuando?

—Nada. Olvídalo. Lo único que quiero es que no te vayas a ilusionar con algo que resulte imposible y que termine lastimándote más.

No era eso lo que debía haber dicho. No existía ninguna frase cordial, cariñosa o lógica que me hubiera servido para salir ileso de aquella discusión, la cual, como siempre, se extendió hasta la más abyecta irracionalidad. Me rendí varias veces, pedí perdón, pero una vez que Pris comenzaba a ceder yo volvía a decir algo que la irritaba, la ofendía o la lastimaba. El absurdo encanto de la luz matutina nuevamente transformó el drama en comedia.

—Tienes razón, no perdemos nada si le pedimos ayuda al abogado —le dije.

—¿Lo dices en serio?

No podía decir en serio algo semejante, simplemente no tenía otra alternativa. Era eso o salir de ahí en ese instante y no volver jamás. Por supuesto que ésa era la mejor opción, pero no la que elegí. En vez de eso me rendí, cedí a la insensatez a cambio de un poco de paz. Me imaginé acertadamente que nos embarcaríamos en una penosa travesía burocrático-emocional, en una peregrinación azarosa que lamentablemente habría de exponernos a un abismo de agobio y sufrimiento, así como a interminables trámites humillantes y penalidades capaces de horrorizar a cualquiera. Intenté convencerme de que quizás ésa no era la única posibilidad, que tal vez podía haber un generoso abogado Jack Sandler que realmente quería y podía ayudarnos, o ayudar a Pris, para que de pronto un sonriente bebé asiático apareciera en nuestra puerta. Lo cual, por increíble que parezca, ya no me parecía tan terrible en esos momentos.

Sería una crueldad de mi parte recitar aquí el extraño y delirante proceso que implica la adopción de un bebé chino, pero vale la pena señalar que, aparte de interminables interrogatorios, formularios, requisitos inverosímiles, cuestionarios incomprensibles y solicitudes crípticas, había que pagar cuotas, honorarios, comisiones, traducciones, tarifas, impuestos y aportaciones. Y eso sin contar los sobornos, las mordidas, las propinas, el ocasional chantaje y, por supuesto, las llamadas a mitad de la noche de conocidos que aseguran que todo está a punto de arreglarse o de desconocidos que anuncian desgracias que no pueden resolverse sino con cientos o miles de dólares.

Mientras nos endeudábamos, en vez de dedicarme a trabajar pasaba noches enteras con Pris en internet buscando apoyo, estableciendo contacto con organizaciones, servicios y redes de interesados. Mientras, Jack Sandler nos evadía, dirigiendo nuestras dudas y problemas a sus subalternos, quienes cobraban por minuto. Literalmente, cuatro dólares por minuto.

Al entrar a estos círculos infernales de la compulsión paternal uno encontraba toda clase de posibilidades, legales e ilegales. A medida que el proceso se complicaba o aparecían nuevos e insorteables obstáculos, Pris se hundía en un estado de angustia e inevitablemente terminaba por arrastrarme. Por otro lado, tener un proyecto como éste la distraía de su habitual mal humor y mitigaba su agresividad. Un domingo recibimos la llamada de una mujer que aseguraba que acababa de regresar de China. Nos citó en un restaurante en Grand Street, cerca de Chinatown. Quería ayudarnos, dijo.

A la mañana siguiente nos encontramos con la señora Liu Zhuyian, una anciana pequeña y jorobada con ojos maliciosos y el cabello cortísimo, que de cuando en cuando, sin razón aparente, hablaba de sexo y hacía gestos obscenos con los dedos. Nos contó la siguiente historia:

—Una madre acaba de morir en un poblado cerca de Guiyang. Vayan ahora mismo, ofrezcan al padre doscientos dólares, no más. En Guangzhou les harán un pasaporte falso para la niña. Quizá por dos mil dólares, tal vez

menos. No más. Y con eso ya está. Vuelan de regreso a Nueva York. Familia feliz —dijo entre susurros, mirando todo el tiempo a su alrededor como si alguien pudiera escucharla y robarle el valiosísimo secreto.

Por la información quería tan sólo mil dólares. No más.

—No quiero nada para mí, sólo para los gastos. Déme mil y les diré el nombre de la familia, la dirección y los contactos para obtener un pasaporte estadounidense hecho en China, mejor que el original —y al decirlo se reía cubriéndose la boca.

Lo pensamos un par de días —el plazo que nos dio—. Después de eso tendría que ofrecer la oportunidad a otra pareja, porque si no actuaba rápidamente el gobierno chino pasaría a confiscar a la bebé, quizá para enviarla a un campamento de trabajo en Shaaxi.

—¿Un bebé en un campo de trabajos forzados? —pregunté.

—Mucha gente necesitada de bebés, mucha. Pero ustedes me gustan, los quiero como a mis hijos; por eso les ofrezco esta oportunidad a ustedes primero —su cabeza pequeña y su rostro achatado me hacían pensar en un gato persa.

No dejó de añadir que otros neoyorquinos podrían pagar más, mucho más de lo que nos pedía a nosotros. Pero nos quería, repitió, como hijos suyos.

A pesar de que el asunto de la adopción me seguía pareciendo abominable, me comprometí a trabajar para obtener, tarde o temprano, el dinero necesario, y mientras, conseguirlo prestado o a crédito o como fuera. No puedo explicar racionalmente por qué me involucré en esto, especialmente porque sabía que aunque todo saliera bien en China era una locura traer a un bebé con documentos falsos. ¿Trataríamos de hacerlo pasar por nuestro hijo? Nada tenía sentido, pero una vez echada a andar la maquinaria de la locura nadie parecía pensar coherentemente. Y yo me dejaba llevar, como si de esa manera mitigara mi culpa. Era como resolver un complicadísimo crucigrama. Era adoptar una actividad obsesiva que, como a Pris, me mantendría ocupado. Tan sólo intentaba ignorar que el objetivo final era adquirir un pequeño mocosito chino. Entre tarjetas de crédito, los ahorros que teníamos y el dinero que Pris le pudo sacar a su madre logramos juntar alrededor de cinco mil dólares en una tarde. Con eso pensábamos pagar pasajes y los demás gastos que implicaría nuestra inmersión en el mundo clandestino del tráfico de infantes. Yo actuaba como un sonámbulo y estoy seguro de que ella también; ambos ocultábamos nuestra incertidumbre tras

una fachada de seria y silenciosa determinación. Éramos arrastrados por una inercia de la que no podíamos liberarnos. Yo intentaba sin mucho éxito mostrar algo parecido al entusiasmo, pero Pris tampoco se veía muy emocionada ante la posibilidad de hacernos de esa bebé. No sé si era el agotamiento acumulado durante meses de frustrantes complicaciones burocráticas o el temor a ser descubiertos, y ser nosotros quienes terminaríamos confinados en un campo de trabajo en Shaaxi, pero hasta cierto punto yo sospechaba que ella tampoco quería tanto un bebé y lo que la seducía era la idea de estar luchando contra el mundo para volverse madre.

Cuando comenzamos el proceso, ella compró un curso de chino, así como uno de esos libros que son una especie de manual de uso para los bebés: *Qué esperar cuando estás esperando*, o algo así. A veces leía hasta muy noche. Nunca antes la había visto abrir un libro. Pero a medida que pasaba el tiempo fue perdiendo interés. Sus libros acumulaban polvo al lado de la cama. Al principio hablaba constantemente de Jack, de cómo había persuadido a un funcionario chino para que una pareja de Wisconsin, o de quién sabe dónde, se llevara a casa su paquetito de dicha, y de cómo le había levantado la voz a una clienta escrupulosa que desconfiaba de sus métodos.

—Pero él la puso en su lugar. Le dijo: “Estas cosas toman tiempo y cuestan dinero. Si no le parece, póngase a parir”. Imagínate la cara de la mujer cuando le dijo: “Póngase a parir”.

—¿Tú estabas allí? —pregunté sin demasiada curiosidad.

—No, pero estaba afuera de la oficina y la vi salir con la cara encendida, pisando fuertísimo como si quisiera hundirse en el piso.

De pronto el bufete de Jack Sandler decidió prescindir de los servicios de Pris, a pesar de que Jack le había prometido que la contratarían para que se quedara a trabajar de planta. Siempre era doloroso cuando le informaban que ya no la necesitaban y que sería asignada a otro trabajo. No era que la corrieran, ya que en términos estrictos no trabajaba ahí, sino que de todos modos había un dejo de humillación, un toque de agonía al limpiar su escritorio, entregar llaves, documentos, materiales y lo que fuera antes de despedirse brevemente de colegas a quienes apenas comenzaba a conocer.

Regresó llorando.

Lo bueno fue que no le hizo falta pedir permiso para faltar durante el tiempo que estaríamos en China. Lo malo era que íbamos a echar de menos su sueldo.

TERCERA PARTE

EL VIAJE A CHINA

Aunque contaba con mi válvula de seguridad, de pronto me vi a bordo de un avión que me llevaría a China. Preferiría olvidar aquel viaje, en el que lo exótico y lo sorprendente pronto dejaron su lugar a la tensión, la decepción, las largas esperas en cuartos sucios de hotel, las propinas y las caras inexpresivas que nunca fui capaz de descifrar. Pero es imposible olvidar lo que sucedió cuando finalmente fuimos a buscar a la bebé. Nos dieron cita a eso de las seis de la tarde, cerca de un estadio deportivo, en una zona descalabrada de las afueras de Guiyang, en el suroeste de China. Esperamos más de dos horas en la calle rodeados de curiosos que nos observaban como a animales raros. Los miembros de una familia numerosa sacaron una mesa a la calle y se sentaron sobre banquitos a comer, mirándonos. Yo hubiera creído que con la política china de un solo hijo esas escenas no tendrían lugar. Pero me equivocaba. De cuando en cuando alguien se acercaba a interrogarnos, repitiendo muy despacio frases en mandarín, como si fuéramos idiotas y de esa manera pudiéramos entenderlos. Luego se alejaban haciendo señas de frustración. Algunos reían a carcajadas, otros parecían incómodos y molestos por nuestra presencia. Finalmente llegó un hombre que hablaba un poco de inglés; nos dijo que lo siguiéramos, y lo seguimos, titubeantes. Las calles estaban muy oscuras. Algunos curiosos nos seguían a sólo unos cuantos pasos. Caminamos en silencio. Pris y yo nos tomábamos de la mano, cosa que nunca hacíamos. Ella temblaba y su mirada brincaba frenéticamente entre las sombras, los perros callejeros y la gente que nos veía pasar.

Nos detuvimos frente a un enorme edificio gris, una de esas construcciones de vivienda social en severo estado de deterioro. No había luz en la entrada y el pasillo apenas estaba iluminado por los destellos que escapaban por debajo de las puertas. Parecía una caverna. En la oscuridad oíamos ruidos de voces, televisores y ladridos que se escapaban de las puertas cerradas.

El individuo que nos guiaba tocó a una puerta. Abrió una mujer mayor, desdentada, con el pelo desordenado. Nos hizo una seña de que entráramos

pronto y miró alrededor antes de cerrar la puerta nuevamente. Los que nos seguían habían desaparecido. Entramos a una salita donde había unas ocho personas, la mayoría ancianos. Una joven que hablaba inglés nos dijo que tenían a la niña y que podíamos llevárnosla.

—Cinco mil dólares —dijo y mostró los cinco dedos de la mano extendidos.

Yo pensé que había entendido mal. Sonreí. En cambio Pris se sobresaltó. Su cara se encendió.

—¿Cómo que cinco mil? Nunca hablamos de cinco mil.

—Otras familias interesadas. Cinco mil o no hay trato.

—No puedo creerlo. Habíamos fijado el precio en doscientos. Esto es una locura. No tenemos esa cantidad —dije, aunque pensé que había sido un ingenuo al pensar que alguien daría a un hijo por doscientos dólares.

—Y aunque la tuviéramos. No podemos pagar eso —me dijo Pris a mí.

—No hay trato entonces. Adiós —dijo la joven casi empujándonos hacia la puerta. Pero en ese momento una de las mujeres mayores se acercó y la detuvo, discutieron, nos señalaban. La joven hacía muecas, cerraba los ojos y fruncía la nariz. La dentadura postiza de la otra parecía estar a punto de salir proyectada contra la joven.

Uno de los ancianos se sumó a la discusión. Supuse que este teatro daría lugar a una negociación, pero no imaginaba cómo bajaría el precio de los cinco mil a los doscientos inicialmente convenidos. Esto me daba una salida honrosa: regresar a Nueva York con las manos vacías porque nos negamos a ser parte de la vergonzosa venta de un ser humano. El tono de la discusión pareció amainar. Bajaron la voz. Los tres asentían.

—Okey, okey. Deme tres mil dólares. Esta gente los necesita, tienen muchos problemas: gastos de hospital, enfermedades —se lo dijo a Pris, porque evitaba hablar conmigo.

—No, tampoco tenemos tres mil. Ya le dije que pagaríamos lo acordado con la señora Liu Zhuyian. A ella ya le pagamos su parte.

La joven miró a Pris como si no entendiera.

—Esto es absurdo. ¿Quién es usted? —pregunté.

Nos explicó que ella era hermana de la madre de Mingmei, la tía de la bebé.

—La madre está muy enferma en el hospital.

—¿Enferma? La señora Liu Zhuyian nos dijo que había fallecido, que por eso tenían que dar a la niña en adopción.

—¿Liu Zhuyian? No la conozco.

—Quizás estoy pronunciando mal, pero es la persona que nos puso en contacto con ustedes —dijo Pris, y sacó de su bolso la carta que Liu nos escribió en inglés y en chino con todas las indicaciones y una nota para el padre de la niña.

La joven leyó la nota. Nos miró a los dos. Volvió a leer.

—No conozco a esta persona.

—Pues ella conoce al padre de Mingmei. Por ella estamos aquí.

—El padre está en la aldea y no puede venir por la enfermedad.

—Está bien, lo que sea. Repito mi oferta. Nos pidieron que donáramos doscientos dólares para la familia. No vinimos a comprar nada, ni vamos a regatear. Si no quieren darnos a la bebé, está muy bien, es su decisión —le dije con fuerza.

Todo mundo me miraba con aire de sorpresa.

La mujer tradujo mi oferta para que entendieran los ancianos. Todos hicieron muecas, daban manotazos y alaridos de desaprobación y rechazo.

—Imposible, doscientos dólares aquí no sirven para nada.

Siguió hablando de enfermedades y de gastos mientras negaba con el dedo índice y discutía con el anciano y la otra mujer.

—Entonces no tenemos nada más de que hablar —miré a Pris con una sonrisa amarga.

Pris evitó verme a los ojos. Le temblaban los labios.

—Ofrécele mil —me dijo bajito, casi en un susurro.

—No, vámonos, no estamos comprando un coche usado.

—No seas idiota. No vinimos aquí para irnos sin nada.

—Pero... pensé que...

—No pienses y hazlo.

Ahora yo estaba desorientado, sin saber qué hacer.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté a la joven, que se veía incómoda: cruzaba los brazos, resoplaba, se acomodaba el cabello una y otra vez.

No quería hablar conmigo.

—Yuming —respondió sin mirarme.

—Mira, Yuming, nosotros queremos ayudarlos, pero no tenemos esa cantidad. Podemos ofrecerte quinientos dólares, que es más del doble de lo que originalmente convenimos. Pero queremos ver a Mingmei.

—Tú no eres americano, tú eres árabe, yo no quiero tratar contigo. No hay trato —hizo un gesto incomprensible, pero definitivamente agresivo, se dio la vuelta y desapareció tras la puerta de una de las habitaciones, dejándonos en medio de las miradas hostiles de quienes probablemente eran sus familiares.

—No soy árabe —grité—. Iraní, quizá mexicano —explicaciones inútiles dadas a una puerta.

—Ya lo jodiste todo, te dije que le ofrecieras mil —me dijo Pris, esta vez en voz muy alta.

—Baja el volumen. ¿Crees que no entienden?

—Eres un idiota, te lo dije.

—La vieja nos dijo que no diéramos más de doscientos.

—A la puta vieja ni la conocen, y si no les ofrecemos más la vamos a perder. Además ya no quiere tratar contigo.

—Porque cree que soy árabe.

—Porque eres un miserable.

Yo no quería discutir; no quería estar ahí. Un hombre con más carácter o sensatez se hubiera largado en ese instante, hubiera dejado a Pris allí en medio de esos chinos con todo el dinero para que hiciera lo que le diera la gana. Pero yo no; yo me quedé con ella. Mi solidaridad no era más que cobardía ya que escapar hubiera sido un acto de dignidad y libertad.

Caminé hacia la puerta por donde había desaparecido Yuming y toqué con fuerza. La joven salió, abriendo con un jalón violento, y se me plantó a unos centímetros, desafiante. No era muy guapa; tenía el cabello mojado, olía a shampoo y a ajo.

—¿Qué es lo que realmente quieres? —le pregunté.

—Ya le dije, tres mil, tres mil dólares.

—No tengo ese dinero. Vinimos desde Nueva York y no queremos irnos sin Mingmei.

Pude ver que tras ella en la oscuridad había una mujer con un bebé en brazos.

—Déjame ver a la niña —dije con lo más parecido a un tono de autoridad y tratando de empujar la puerta.

—No, ahora no. Primero el dinero —respondió, resistiéndose y sujetando la puerta.

—¡Quiero ver a la niña!

Yuming me cerraba el paso. Pris se acercó entonces.

—No quiere que veamos a la niña.

—Te damos mil dólares. Es todo lo que tenemos —le dijo Pris.

Sentí que la mandíbula se me ponía rígida y comenzaba a dolerme. Traté de mirar a Pris a los ojos. Pero ella me evitaba. Así que retrocedí. La dejé hablar. Yo sabía que mil o tres mil, o incluso los cinco mil que pedían, era una cantidad ridícula, insignificante para lo que esto significaba. Pero de cualquier manera todo era absurdo. Las vi discutir, mover las manos enfáticamente, negar con la cabeza. Una danza fatídica, un ritual sórdido que no podía tener más que un desenlace: pagaríamos lo que ellos querían. Pero en esta trama yo ya no encajaba, ya que no estaba tan interesado en el producto a la venta. Sin embargo, no podía hacer nada más que observar. No podía descifrar el intercambio de gestos, expresiones, de muecas y señas.

Sentí que me alejaba de ese departamento, que estaba de vuelta en mi viejo estudio de Coyoacán en la Ciudad de México, en un tiempo en que no tenía que preocuparme por adopciones ni exóticos bebés ajenos, en un tiempo en que mis intereses eran tan simples como mi dieta, la cual consistía casi exclusivamente en tacos de barbacoa del mercado y quesadillas con carne al pastor de El Tizón. Extrañaba tanto esa vida que prefería no pensar en ella. Casi podía sentir dolor físico al recordar el tiempo en que podía pasar la tarde tirado frente a la tele viendo viejas películas mexicanas o sentado en un café discutiendo cualquier cosa con los amigos; amigos que había perdido desde que me fui a Nueva York.

Pero estaba en ese maldito departamento, en China. Tuve otra oportunidad de decir adiós, regresar solo al hotel a recoger mis cosas, tomar el siguiente vuelo a Nueva York y, claro, no lo hice. Permanecí en un rincón de aquella modesta sala mirando cómo Pris cometía todos los errores que nos habían aconsejado no cometer. Me importaba muy poco, me daba igual lo que hiciera, podía darles una carretada de dinero o un kilo de su carne. Prefería que nos estafaran, ya que eso hubiera puesto en evidencia que yo tenía razón y que ella era una necia estúpida.

Pris caminó hacia mí.

—Ya está. Mil quinientos dólares —me dijo bajito—. Pero hay que apresurarnos porque no está nada convencida y en cualquier momento se arrepiente.

—¿Qué? ¿Cómo que mil quinientos?

—Basta de criticarme. ¡Basta! ¿No entiendes que no me importa lo que digas? ¡Dame el maldito dinero!

Por mala que fuera nuestra relación, aquí cruzábamos un umbral. No había nada que argumentar, nada que discutir ante semejante arrebató de desesperación, ira y locura. Le di todo lo que tenía en la cartera, que era un poco más de los mil quinientos que exigía. Casi me los arrebató de la mano y los contó con nerviosismo. Yuming negaba con la cabeza mientras hablaba sin parar con la mujer y el anciano que estaban a su lado. Pris intentó darle el dinero, pero ella le empujaba la mano con las suyas, repitiendo algo que yo no podía descifrar. Quise acercarme para poner fin a ese ridículo estira y afloja, pero imaginé que Pris se pondría aún más nerviosa y malhumorada.

Yuming tomó el dinero por fin. Lo contó rápidamente y lo metió en su bolsillo. Entró a la habitación nuevamente y cerró la puerta. Esperamos en

silencio, parados contra una pared, por un tiempo que me pareció larguísimo. Pris perdió la calma y llamó a la puerta. Nada. Hasta que el silencio fue roto por la voz de Yuming, que gritaba. Otra voz femenina respondía: creo que decía que no entre sollozos. Era una de las pocas palabras en mandarín que podía entender.

Pris, los ancianos y yo escuchábamos con atención, sin hablar, tensos. Por fin Yuming salió de la habitación cargando un bulto envuelto en una manta a cuadros rojos, azules y verdes. Le entregó a Pris una pequeña mochila y luego, con cuidado, le dio a la bebé. Era tiempo de irnos de ahí, pero la idea de salir de ese edificio con un nuevo miembro de la familia me aterrorizó. Comencé a sudar intensamente; tenía la cabeza ligera, vacía, sentía que estaba a punto de caer. Yuming decía que teníamos que irnos ya. Pris miró a la bebé. La sonrisa en su rostro se convirtió en una interrogación, en una mueca de inquietud. Yo seguía resentido y lastimado con Pris, pero no pude evitar acercarme. Me asomé para ver a la nena y al hacerlo sentí un golpe en el estómago.

La niña no tenía propiamente rostro. Su cabeza estaba cruzada por líneas incongruentes en lugar de ojos, nariz y boca. Pliegues, y no mucho más. Me era imposible entender si entre los pliegues de la piel se ocultaba una cara. No quería decir nada, no quería compartir nada con Pris, pero esto era más de lo que podía soportar. Mientras más observaba la cabeza casi embrionaria o reptilina de Mingmei, menos podía saber qué cosa era. Nunca había visto nada semejante; era como si su cabeza no tuviera delante ni detrás, como si fuera un feto al que aún le faltaban varios meses de gestación; como si perteneciera a otra especie.

—Pris, esta niña está mal —no hubo mucha sutileza en mis palabras, pero apenas podía respirar.

—Sí, tiene algo raro.

—Esto es más que algo raro —ni siquiera estaba seguro de que estuviera viva.

—Se podrá curar. En Nueva York la llevaremos al médico.

—Esta niña está muy mal. Tiene una seria deformidad. Esta niña no puede ir a ningún lado.

Pris ya no dijo nada más. La miró un rato tratando de estudiar el enigma de aquella cara. Luego empezó a llorar, primero suavemente, luego con sollozos sonoros. Los ancianos y familiares que estaban en el departamento,

puestos de pie, nos miraban con solemnidad, con el respeto que se tiene a quien ha perdido a un familiar. Yuming comenzó a hablar por un teléfono celular. Le quité la bebé a Pris y me acerqué a aquella mujer.

—Éste no era el trato. Nunca se habló de una bebé en este estado.

—Yo les advertí —dijo tapando el teléfono con la mano.

—No hay trato. Esto es absurdo. Esta niña necesita tratamiento. No sé, necesita algo que nosotros no podemos darle.

—Ya no, ya no puedo tomarla. Ustedes la quieren, llévensela.

Pris cayó de rodillas en el suelo. Uno de los ancianos comenzó a empujarme hacia la puerta mientras gritaba quién sabe qué cosa.

—Quiero mi dinero y me voy. Es todo.

—No, ya no. No puedo.

—¿Cómo que no puedes? Te acabo de dar el dinero. Aquí está la bebé. No podemos con esto; éste no era el trato. Este bebé es inadoptable.

Nuevamente intenté hacer que tomara a la bebé. Pero la rechazó y me empujó. Los gritos que venían de afuera iban en aumento. Tocaban a la puerta, daban golpes como si la quisieran derrumbar o pensaran que algo muy grave estaba sucediendo. Eso me hizo pensar que esta gente estaba cometiendo un crimen, y que si algo no querían era ver policías. Tuve que recurrir a amenazas.

—¡Toma al bebé y dame mi dinero, o ahora mismo voy a buscar a la policía!

—Tú vas a la cárcel. Si traes policías a ti te van a encerrar.

—Veremos a quién meten a la cárcel —dije y caminé hacia la puerta, aún con el bulto de humanidad en mis brazos. Regresé a la salita y le ofrecí la bebé a uno de los hombres que todavía estaban sentados. No aceptó, pero entonces insistí con un grito. El hombre, aturdido, tendió los brazos y recibió a la niña. Le cubrió el rostro, creo que para no tener que ver su espectral ausencia de facciones. Al liberarme de esa carga volví hacia Yuming.

—Mi dinero. Ahora.

Los golpes en la puerta iban en aumento. Yo estaba trastornado, pero no me dejé llevar por el ruido ni por Pris, que yacía en el suelo llorando al lado de la maletita de la niña. Pensé que mi boleto de salida de esa situación era el dinero, y que si no lo recuperaba estábamos perdidos. Una idea absurda e irracional, sin duda, como todas las decisiones que habíamos tomado en ese

viaje. Sujeté la camisa de Yuming con firmeza y acerqué mi rostro al suyo. Estaba listo para arrebatarse el dinero, para golpearla si hacía falta. Con pesar, la mujer se llevó la mano al bolsillo y sacó el dinero. Se lo quité. Caminé con falsa tranquilidad hacia Pris. La puse de pie y casi la arrastré hasta la puerta. Abrí de golpe. Media docena de personas esperaban afuera en la penumbra. Se sorprendieron al verme salir. Los miré con seriedad y me abrí paso entre ellos. Al principio trataron de impedirme el paso mientras gritaban, pero poco a poco fueron cediendo, se hicieron a un lado y nos siguieron hasta la puerta del edificio y después hasta la acera. Aunque no teníamos claro a qué nos arriesgábamos, Pris fue componiéndose poco a poco. Yo imaginaba que en algún momento nos atacarían en la calle, y mi plan entonces era ofrecerles el dinero o tirárselos a la cara y huir corriendo.

Pude escuchar a Yuming gritando. Nos desentendimos y seguimos caminando rápidamente hacia una de las avenidas que reconocí cuando llegamos a la cita. De pronto, como en el cine, pasó un taxi milagrosamente oportuno. Le hice la parada, lanzándome casi frente al auto. Se detuvo y sin preguntar subimos.

¿Qué tan a menudo pasaban taxis libres por esa zona? Es una pregunta que nunca podré responder, pero tuvimos una gran suerte. Dije el nombre del hotel y el conductor entendió. Pris y yo no hablamos en el taxi. No nos miramos hasta llegar a la habitación.

Pasamos una noche terrible, no sólo por la atroz experiencia de Mingmei, el *shock* de la bebé deforme y el atraco que nos habían montado, sino también porque esas personas tenían todos nuestros datos y sentíamos que en cualquier momento irían por nosotros. El teléfono de la habitación sonó sin cesar por lo menos hasta las cinco de la mañana. Nunca respondimos. Pasamos la noche con la luz encendida, las maletas hechas y los ojos fijos en la puerta. Creo que lo único que dijo Pris en toda la noche fue que tenía los labios secos y partidos.

Al día siguiente me aventuré a la calle, solo. Pris se quedó dormida en la habitación. En una agencia de viajes cambié la fecha de nuestros boletos para regresar ese mismo día a Guandong y un día después volar a Nueva York. No fueron a buscarnos, no trataron de robarnos el dinero ni de forzarnos a cargar con la pobre Mingmei. Pedimos un taxi, que esperamos en la habitación y nos llevó al aeropuerto. En el camino Pris volvió a llorar.

Abordamos el avión sin cruzar palabra, como lo que en realidad éramos: dos extraños que habían compartido un tramo del camino. Antes de despegar, Pris tomó sedantes y durmió durante casi todo el viaje. De cuando en cuando abría los ojos sobresaltada, y desorientada me miraba y preguntaba:

—¿Dónde está la niña ahora? Hicimos lo correcto, ¿verdad?

—Está en su casa, en China, y sí, hicimos lo correcto.

Luego volvía a quedarse dormida, acurrucada contra mi brazo.

La vida en Nueva York continuó por algún tiempo como si nada hubiera sucedido. Por supuesto que el hecho de tener una cuna, ropa de bebé y una pila de pañales en el departamento no hacía la situación más fácil. Pensaba que era algo similar a lo que deben sentir quienes pierden un bebé durante el parto. Pero yo de eso no sé nada. Pris seguía con su rutina habitual, pasando de una oficina a otra, lamentando que el mercado de trabajo no tuviera un lugar permanente para ella a pesar de sus excelentes cualidades y talento. No volvimos a hablar de Mingmei ni del viaje a China. Por mi parte, ese silencio

me consumía poco a poco. La cara informe de la niña aparecía constantemente en mis pesadillas. Aunque era claro que evitar ese tema era una garantía para que pudiéramos seguir viviendo juntos en relativa armonía, me atormentaba pensar que Pris pudiera olvidar el incidente. No es que tuviera demasiadas expectativas, pero tampoco podía soportar esa frialdad, esa ausencia de empatía, esa incapacidad de reconocer la clase de aventura que habíamos vivido. Quería verla sufrir por su inconsciencia, por haberme puesto en esa situación. Pero ella ya había cambiado de página.

Meses después, se presentó un nuevo giro, un lunes en que Pris regresó a casa de un nuevo trabajo. Por coincidencia la habían asignado a una oficina de diseño gráfico en el mismo edificio de Midtown donde estaba el bufete de abogados en el que trabajaba Jack Sandler. Pris aprovechó la hora del lunch para subir al piso doce a saludar a su amigo. Fueron a comer juntos y Pris le contó lo que nos había pasado en China. Sandler, según Pris, estaba consternado. Nos culpó por no esperar, por precipitarnos y por haber llevado a cabo una locura.

—Sandler me dijo que teníamos que haberlo consultado, y que al prescindir de sus consejos nos habíamos metido en una situación peligrosa y potencialmente mortal. ¿Te imaginas?

—Pues sí, pero Sandler cobraba doscientos cuarenta dólares la hora por sus servicios. No entiendo cómo esperaba que pudiéramos seguir pagando semejante cantidad cuando él había prometido ayudarte.

—Me dijo que hubiera podido ser flexible con nosotros.

—Pero eso no nos lo dijo entonces. En vez de un descuento, lo que nos dio fue una factura por más de tres mil dólares, sólo por las pláticas que tuvimos.

—Tú no lo conoces; sé que él nos hubiera ayudado.

—De acuerdo, no lo conozco. No tengo mucha curiosidad tampoco.

—Eres un imbécil. ¿No te das cuenta de que ahora sí tenemos una oportunidad realista de adoptar a un bebé?

No hay nada más inquietante que ver a alguien, que uno cree conocer, transformarse en un desconocido.

—¿Adoptar, otra vez?

—Sí, pero esta vez lo vamos a hacer bien.

—Yo no sé si quiero pasar por esto nuevamente.

—¿Pero por qué? Esta vez será diferente.

El simple hecho de que considerara semejante disparate fue suficiente para provocarme un intenso sudor frío en la espalda y una sensación de angustia que poco a poco se convirtió en la más pura ira, en un profundo desprecio que me dejó mudo. Sonreí y retomé el periódico que estaba tratando de leer antes de que Pris llegara; hice como que leía. Ella siguió hablando emocionada de su encuentro con Sandler.

Pris tuvo muchas pláticas más con el abogado que prometía convertirla en madre, y la ironía no era gratuita. Poco antes de que se deshicieran de ella en la oficina de diseño gráfico, de la que nunca me contó gran cosa, me anunció que Sandler nos invitaba a su casa el fin de semana en los Hamptons. Por supuesto que la idea me pareció aborrecible, pero no dije nada. De todos modos, al día siguiente Pris llegó del trabajo con la noticia de un cambio de planes.

—¿Te acuerdas que te dije que Jack nos invitaba a su casa en los Hamptons? Resulta que será más bien una reunión formal con algunas personas de la red de adopciones, abogados y expertos, de manera que no podemos ir los dos.

—¿No podemos ir los dos?

—No, la casa no es tan grande y habrá mucha gente. Jack se disculpó por la confusión, pero dijo que podía tener tan sólo a un invitado más. Tú o yo.

Sólo por joder le dije:

—Puedo ir yo. Estoy libre el fin de semana.

—Es que será a partir del viernes por la tarde. Y la verdad, creo que será mucho mejor que vaya yo. Tú mismo dijiste que tienes desconfianza y que no estás muy interesado en conocer a Jack.

—Sí, pero esto es diferente. Quiero conocer a esta gente para ver qué hacen, qué ofrecen y cómo podemos beneficiarnos de su red.

Pris comenzó a ponerse nerviosa. Sus gestos la delataban. Me causaba un placer triste y frío verla estremecerse mientras buscaba pretextos, explicaciones que sonaran realistas y justificaciones convincentes. Sentía una curiosa ambigüedad, una emoción vívida pero distante, casi cinematográfica, como si pudiera ver lo que pasaba por su cabeza desde un punto de vista privilegiado. Pero también podía ver mis celos emergiendo poco a poco como burbujas desde lo más hondo de una negrísima y profunda pileta.

—No, yo creo que lo mejor es que vaya yo. Yo lo conozco y éste es un asunto delicado —dijo, teniendo cuidado de evitar mi mirada.

—¿No será que tienes otro tipo de interés más personal?

—¿Cómo te atreves a dudar de mí? Éste es un asunto serio. ¿Tú crees que lo hago por diversión? Lo que quiero es no volver a cometer los mismos errores de la otra vez.

—El error que fue Mingmei.

—Toda la situación.

—Siempre me pregunto qué habrá sido de ella. ¿Tú no?

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Es sólo curiosidad. A veces pienso en la vida que pudimos tener, una vida de hospitales e instituciones de salud, de tratamientos quirúrgicos, psiquiátricos y farmacológicos interminables y, en gran medida, inservibles. No puedo dejar de pensar en lo que pudo haber sido de nosotros y de ella si la hubiéramos traído. Y más sin seguros de salud. Con tu trabajo de *temp* y mis artículos y traducciones, ¿cómo hubiéramos podido pagar sus tratamientos? Quizá si escribía un *bestseller*.

—Yo no hubiera podido soportarlo. Esa clase de vida habría sido demasiado para mí, me hubiera matado.

—Para cualquiera —dije con resentimiento, pero con cierto alivio de poder hablar acerca de esto con alguien.

Pris fue a la reunión y se quedó hasta el domingo por la tarde en casa de Sandler. Podía intuir que todo era un pretexto, una absurda estratagema para pasar juntos unos días de calentura. No voy a decir que no me dolió; tampoco, que fui tan maduro como para dejar que sucediera simplemente por el bien de ambos. Era un deseo fuera de mi control y del control de Pris. A fin de cuentas logró liberarme. Pris me dejó un par de semanas después. Nuestro divorcio fue rápido, barato y sin complicaciones. Sorprendentemente civilizado para una relación que había sido todo menos eso. No podía quejarme. Pero tampoco pude evitar ser insultante; incluso cuando Pris sacó sus cosas de mi departamento encontré las palabras apropiadas para ofenderla y tratar de hacerla sentir culpable. Especialmente cuando le pedí que se llevara la cuna y la cajonera para bebé que evidentemente pensaba dejarme ahí. Aceptó deshacerse de esos muebles, pero antes me confesó que nunca había podido hacerse a la idea de pasar la vida con un escritor sin éxito ni

talento. Que nunca se había acostumbrado a mí, a mis obsesiones y a mis humores, y que simplemente se había dejado llevar por mi presión y mi dependencia. Lo sentía.

Pris fue amante de Sandler por algunos meses, pero él nunca dejó a su esposa, como había prometido. Luego la cambió por una secretaria más joven y, al parecer, muy aficionada al sexo anal. Esto no me consta, pero fue lo que me contó la propia Pris un día, como un año después de que se fue. Poco después de recibir la invitación a San Ismael la encontré con un grupo de personas que yo no conocía en un bar del Lower East Side. Dejó a sus amigos o conocidos por un rato, suficiente para acompañarme mientras yo terminaba de beber una cerveza en la barra, de pie y sin mirarnos. Hasta entonces ella seguía sin adoptar un bebé y sin conseguir un empleo fijo. A cambio de esa confesión yo le conté que bautizarían un auditorio con mi nombre.

Me miró desconcertada y preguntó:

—¿Dónde queda San Ismael?

CUARTA PARTE

EXILIO EN WILLIAMSBURG

Soy tan persa como el tapete que cubre una parte del piso de la estancia de mi departamento. Tengo tanta conciencia de mis orígenes como esa alfombra que recibí como regalo de mi padre hace décadas y que me ha acompañado a todas partes. Salí de Irán cuando era un niño. Apenas tengo algunos recuerdos vagos de las temporadas que pasé allí con mi familia antes de que nuestro error nos llevara lejos de la turbulenta revolución religiosa de los mulás. Todo el entusiasmo por la caída del Sha pronto se convirtió en desconsuelo por la imposición de un régimen teocrático. A partir de entonces comenzamos a peregrinar por el mundo y adondequiera que llegábamos alguien se encargaba de hacerme sentir diferente, extranjero, raro e inadecuado. No voy a decir que el mundo estaba en mi contra, pero a los diez años ésa era la única explicación que podía darle.

Descubrí de manera dolorosa lo que era no contar con la trinchera de los hábitos cotidianos comunes ni con la seguridad que da la monotonía de las costumbres. Todo lo que hacía era distinto de lo que hacían los demás. Era hijo único, por lo que no contaba con el refugio ni la amenaza de la fraternidad. No tenía tíos a quienes visitar, primos con quienes jugar, abuelos que torturar, rituales que respetar, ni tradiciones en las que pudiera guarecerme. Me había librado de templos, clérigos y el ambiente asfixiante de la devoción religiosa, pero a cambio tenía bien poco: la tele, unos cuantos libros y la escuela como arena de supervivencia. Me tocó vivir en una era en la que los inmigrantes iraníes distaban de ser masas grises, desdentadas y apestosas, viviendo en las orillas de la cultura y las buenas costumbres. En Europa, en Estados Unidos, e incluso en México, había comunidades iraníes bien establecidas, con recursos económicos y poder político, que muchas veces podían ayudar a la integración de los recién llegados. Bueno, por lo menos eso me contaban mis padres. Pero nosotros no llegamos a pertenecer a estos grupos modernos y poderosos, sino que fuimos directamente a establecernos al margen de esas comunidades, entre los harapientos y desdentados, o más o menos. Mis padres despreciaron a las asociaciones de

exiliados que probablemente los hubieran apoyado. Lo hicieron en gran parte porque desconfiaban de todo grupo organizado, religioso, político, social y lo que fuera. Veían a quienes formaban esas asociaciones como liendres oportunistas que se valían de la desgracia y necesidad ajenas para obtener privilegios y ventajas. Decidieron, pues, establecerse en México sin hablar el idioma, sin conocer nada del país y sin contar con ayuda alguna. No fue fácil para ellos; en cambio, yo me adapté relativamente rápido, aprendí español y perdí mi acento en las escuelas privadas que mis padres pagaban con sacrificios, con tal de no abandonarme al sistema de la educación pública, que les parecía sumamente hostil y bárbaro. Mi padre murió de un infarto hace unos veinte años, y mi madre, en un accidente automovilístico hace unos ocho. No me dejaron un centavo, pero mi padre me garantizó que esa alfombra valía una fortuna y en caso de tener algún apuro económico podía venderla. No tenía por qué dudar de esa promesa.

Resulta paradójico que alguien que ha pasado buena parte de su vida vagando entre diferentes culturas y entendiendo la dificultad de apropiarse de otras lenguas haya terminado por elegir expresarse a través de las palabras. Mi historia personal y una trayectoria de frustraciones —por la incapacidad de comunicarme o por no lograr hacerme entender cabalmente— quizá debieron haberme llevado a buscar mi voz en otro dominio de la cultura. No sé, la arquitectura, la música, las artes plásticas o el cine hubieran sido medios más apropiados para alguien como yo, que difícilmente podía sentirse vinculado con una lengua o una cultura específicas.

Pudiendo haber elegido expresarme con imágenes, formas o sonidos, elegí las letras y el idioma español. Mi trabajo consistiría en tratar de explicar mis ideas con palabras prestadas, en un idioma que aunque dominaba con relativa destreza, inevitablemente me hacía sentir como un falsificador, como un invitado ventajoso, aprovechado y mal educado que se tomaba atribuciones no concedidas. Pero no faltaban los comentarios elogiosos de quienes me decían —con el aire de asombro que se usa al celebrar al niño que hace algo apenas propio de su edad— que era muy sorprendente cómo, a pesar de mis orígenes, podía escribir tan bien en español. Había aprendido a sortear aquellas opiniones con una sonrisa idiota sin jamás responder lo que en realidad pensaba de semejante reconocimiento.

Pero la literatura se volvió mi obsesión contra toda lógica o razón. Con más voluntad que talento y más entusiasmo que capacidad escribí incontables artículos, ensayos y relatos, y logré publicar varios libros. Cada vez que lo

hacía pasaba por el mismo proceso de euforia, inseguridad y frustración. Ningún placer era mayor que publicar un libro; ninguna tristeza, más devastadora que ver una edición languidecer en las bodegas de una editorial que ha perdido la confianza y el interés en el tipo con nombre raro que no vende suficientemente bien. Después de un tiempo las letras dejaron de obsesionarme y simplemente se convirtieron en una parte de mí: en mi quehacer.

Cada vez que publicaba un libro se repetía el ritual: los departamentos de prensa bombardeaban a los medios con solicitudes de entrevistas. Algunos respondían positivamente y me llevaban a estaciones de radio y televisión a promover mis libros con conductores que me hablaban con gran familiaridad; pretendían haberme leído, recomendaban a su público adquirir mis títulos y aseguraban que yo era un autor importante. Minutos después ni el conductor ni los oyentes podían recordar siquiera si yo promocionaba un libro de dietas, un espectáculo de minusválidos, una película de acción o una obra musical.

Ninguno de mis entrevistadores me preguntó al aire por qué escribía libros que, podíamos anticipar, desaparecerían sin pena ni gloria. Quizás hubiera agradecido que en vez de repetir las alabanzas complacientes, las fórmulas respetuosas, intercambiables y constreñidas que no tienen el menor efecto de convicción entre el público, alguien me hubiera lanzado algo así como:

—¿Qué siente usted al invertir horas, días, meses, años o la vida entera en una obra que nadie va a leer? Nada va a cambiar. En este país nadie lee y le garantizo que su pluma no va a cambiar esa realidad.

Pero nadie lo hizo. Las reglas del respeto y la decencia no permiten preguntar ni afirmar cosas así. Me gusta imaginar una cultura en la que estos valores no importaran, en que los autores fueran insultados por caer en lugares comunes, por no enfrentarse valientemente a los lectores, por ser blandengues y mediocres. Lo único que cuenta es la promoción de la necesidad. Es difícil imaginar mejor antídoto para la curiosidad intelectual de los pocos lectores sobrevivientes, que el virus de los libros de éxito globalizados que inevitablemente son meros *tie-ins* o mercancía paralela de campañas mediáticas de entretenimiento. Pero cuidado; como tantos otros, estoy seguro de que cambiaría estas conmovedoras y santurronas certezas si de pronto mis libros se vendieran por decenas de millares y mis adelantos alcanzaran para comprar bienes raíces y un automóvil. La hipocresía moralista es el tónico que nos permite escribir fracaso tras fracaso sin hacernos un coctel de cicuta.

Pero debo concluir este lamento lacrimógeno pavimentado con lugares comunes hablando de la ocasión en que fui invitado a un programa televisivo que se jactaba de la seriedad de sus credenciales culturales: *Recorridos de lo intangible*. El conductor, un hombre sonriente e incansable, cuyo nombre no recuerdo, me hizo una entrevista bastante convencional. Estábamos sentados en sillones bajos, frente a frente. Yo estaba convencido de que todo iba bastante bien hasta que me preguntó:

—Usted alguna vez dijo que los libros eran el sopor del espíritu. ¿Qué quiso decir? ¿Sigue pensando así?

No tenía idea de lo que me estaba diciendo aquel hombre. No reconocí esas palabras y la frase me sonó a idiotez pura. Pero frente a las cámaras no supe qué decir. No me atreví a contradecir al conductor, mucho menos cuando estaba leyendo la frase en una papeleta y yo no podía estar seguro de no haber dicho eso. He dicho tantas tonterías. Estábamos grabando. Bien hubiera podido interrumpir, pero las luces, las cámaras, los demás invitados y el personal que miraba, me intimidaron. ¿Qué podía significar eso? ¿Cómo interpretarlo? Inventé al vuelo:

—Bueno, es que al plasmar en el papel las ideas, la imaginación y la fantasía, en cierta forma las congelamos y quedan durmientes, en una hibernación forzada —dije sudando—. Y pues, no estoy muy seguro de seguir creyéndolo, ya que los buenos libros pueden sobrevivir al sopor de los espíritus perezosos y hacer despertar a quienes están hundidos en el sopor de su tiempo.

No era una buena respuesta, pero había salido al paso y en la tele cualquier cosa dicha con convicción suficiente adquiere contundencia o por lo menos pasa al olvido al llegar el próximo corte comercial. El conductor sonrió complacido. Quienes observaban la grabación también parecían satisfechos. Pensé que me había salvado del ridículo. El conductor me hizo un par de preguntas más. Yo estaba muy tenso, pero logré llegar al final de la grabación fingiendo que estaba a gusto. Al concluir, el conductor se me acercó y al estrechar mi mano me dijo que lo sentía, pero que la frase del sopor del espíritu que me había atribuido en realidad era de Mario Ramón Aburto.

—¿Lo conoce? Es un joven muy brillante e ingenioso. Es el invitado de la próxima semana. Por eso se confundieron los de producción.

Negué con la cabeza. Sentí vértigo y un malestar que comenzó en el estómago y fue subiendo hasta mi cara.

—¿Pero qué va usted a hacer? ¿Vamos a tener que corregir?

—¿Cómo corregir? ¿Corregir qué?

—Pues todo, lo que me preguntó, la respuesta que di. Eso no puede salir al aire. ¿Podemos volver a grabar?

—No, déjelo así, no pasa nada.

—¿Pero cómo nada? Me atribuyó una frase ajena y yo, por nerviosismo o por lo que sea, traté de explicar palabras que no eran mías. Es una vergüenza. Lo que ha hecho usted es convertirme en plagiario.

—No, maestro. ¿Cómo cree? No se puede volver a grabar. No se preocupe, su respuesta fue muy buena y además tenemos que salir del estudio ahora mismo porque van a grabar el programa infantil de Pánfilo y Popote. Nuestra emisión pasará como está. Quedó muy bien. Esas cosas suceden a cada rato y nadie se fija.

—¿Pero entonces le va a atribuir a Aburto una frase mía o lo va a nombrar como autor de mis libros? No creo que los escritores seamos tan sustituibles.

El conductor perdía la paciencia discutiendo conmigo. Miró el reloj una media docena de veces mientras yo hablaba. Mientras tanto, el personal del set ya cambiaba el inmobiliario y una fila de niños entró al estudio entre gritos, risas y empujones para tomar sus lugares en las gradas. Pánfilo, con su disfraz de gato, daba instrucciones a los técnicos para que montaran la escenografía de su show. El conductor repitió que no tenía la menor importancia y que él explicaría el error en la siguiente emisión.

—Pero eso es peor. Entonces usted corrige su error pero me hace quedar a mí como un mentiroso y un advenedizo. Entienda, por favor.

—No se preocupe, aquí veremos cómo lo editamos. ¿De acuerdo? —dijo mientras me estrechaba la mano y se alejaba rápidamente con su asistente y el personal de su programa, quienes al verlo asediado llegaron a rescatarlo de mi impertinencia.

Quise alcanzarlo para amenazarlo: si no corregía yo hablaría con la prensa o con sus jefes en el canal. Pero de hacerlo, yo mismo quedaría ridiculizado. Así que no hice nada y sólo esperé que realmente eliminaran esa pregunta y la respuesta de la entrevista. Un par de semanas más tarde me senté a ver el programa con gran ansiedad. Como imaginé, el segmento no fue omitido ni se dio explicación alguna del error y de la metida de pata. Mis palabras simplemente pasaron sin dejar huella. Nadie comentó nada sobre el sopor del espíritu. Ni siquiera el propio Aburto, quien estuvo muy sonriente cuando fue entrevistado una semana después en ese mismo programa y no parecía ofendido en lo más mínimo porque le hubieran robado una de sus frases. Ahora bien, innegablemente, la frase era odiosa. En lo personal, de haberla acuñado yo, se la hubiera ofrecido gratis al primer postor.

Me aterraba la idea de haber sido expuesto como plagiaro y timador, pero me preocupaba más el hecho de no haber sido capaz de reconocer que aquellas no eran mis palabras, haber imaginado que yo era capaz de decir aquello. ¿Los libros son el sopor del espíritu? Si hubiera tenido paciencia o interés le habría exigido a Aburto que me explicara qué carajos había querido decir con eso. O, mejor aún, si hubiera alguna forma, habría preguntado al público cómo era posible que no perdieran la fe en la literatura después de oír frases semejantes.

Como sucede a menudo cuando nos enfrentamos al ridículo, comencé a preguntarme: ¿qué clase de autor me creía si no era capaz de responder por lo que decía y por lo que no decía? Y por otra parte: ¿hasta qué punto estaba dispuesto a tolerar estupideces con tal de mostrar mi cara amable en los medios y tratar en vano de vender mis libros? Me convencí de que no podía seguir mostrando mi cara, amable o no, en este país y, en especial, ante este teleauditorio. Decidí abandonar el lugar que me había albergado durante años y al que había asumido como mío. No me detuve a considerar por cuánto tiempo quería irme.

Pensaba que el hecho de haber publicado libros en México podía ser considerado un certificado de naturalización, como si las editoriales tuvieran el poder de legitimar mi presencia en este suelo, volverme mexicano a fuerza de palabras. De la misma manera en que apropiarme del idioma había sido mi manera de asumir el derecho a esta nacionalidad, por culpa de un estúpido enredo literario decidí irme del país, avergonzado y frustrado.

Sé muy bien que suena ridículo abandonar un país —las raíces que uno ha ido echando a lo largo de los años, los amigos, lugares favoritos, costumbres y hábitos— por culpa de una cita mal atribuida en un inane programa televisivo que nadie vio. Más que ridículo, raya en la demencia. No voy a tratar de convencer a nadie de la lógica o sensatez de semejante decisión. Pero llegué a un punto de quiebre, a un momento en que tenía que tomar una decisión determinante. Entonces comencé a solicitar becas en todas las instituciones, embajadas, consulados, sociedades, grupos y fraternidades. Cualquier empujón era bienvenido para salir de ahí. Lo difícil sería el arranque; ya después buscaría algún sustento legítimo, o ilegal, si fuera necesario. No me preocupaba demasiado a dónde ir.

Así, con varios libros publicados y cierto reconocimiento en el medio cultural —limitado, por supuesto, no voy a venir aquí a presumir de mi importancia—, volví a someterme al humillante proceso de pedir limosna institucional, de suplicar ser descubierto al exhibir mis patéticos triunfos,

logros, intereses y destrezas como mono de circo. Tratar de despertar la atención o por lo menos la compasión de agregados culturales, seleccionadores y jueces de diversos programas de apoyo, financiamiento y patrocinio de supuestos creadores artísticos, no era algo que me gustara, pero había desarrollado cierta destreza para hacerlo.

No es mi intención relatar aquí los fulminantes rechazos de diversos jurados, las conclusiones negativas de comités y juntas, ni las extrañas exigencias de ciertos seleccionadores. Tampoco quisiera hablar de las muchas desilusiones que tuve. No quiero convertir estas páginas en un muro de quejas o en una de esas patéticas revanchas tardías que tendemos a revisar cuando es demasiado tarde para enfrentarnos a quienes nos han ofendido o maltratado, y a quienes fuimos incapaces de dar una respuesta digna o por lo menos inteligente.

El hecho es que después de docenas de solicitudes, peticiones, citas y hasta unos cuantos exámenes fui llamado para una entrevista definitiva. Y de hecho la opción no era mala. Era un programa de intercambio de artistas y creadores de “las Américas” patrocinado por una fundación de más que dudoso prestigio, pero con cuentas de banco suficientemente bien nutridas como para hacerme olvidar mis principios antiimperialistas, afiliaciones globalofóbicas y cualquier especie de solidaridad con los pueblos oprimidos. No me interesaba mucho el origen del dinero de la Stone, Clark & McDaniels Foundation; no podía yo darme el lujo de poner la moral por delante de la necesidad de partir.

Fui a la entrevista. Había otros solicitantes, todos mucho más jóvenes que yo. Una mujer, que no debía tener más de veinte años y llevaba unos lentes oscuros rojos y grandes, oía música a través de sus audífonos, mientras hojeaba una revista. Un tipo lánguido que vestía de traje leía un grueso libro de historia, y otro de suéter rayado miraba nerviosamente a su alrededor. Me senté frente a la muchacha. Saqué de mi portafolios un libro y traté de concentrarme leyendo, pero mis ojos no hacían más que patinar sobre las palabras y regresar a la joven de los lentes. La miraba, unas veces discretamente mientras fingía leer, y otras con descaro, fijamente, perdido, tratando de desentrañar el misterio de cómo cierta actitud, biología, cosméticos y tecnología se traducen en señales inconfundibles que mi cerebro interpreta y descifra como atracción, deseo y muda fascinación. Pero al contemplarla también sentía temor al rechazo, y esto sí lo puedo racionalizar, así como la certeza de que me estaba haciendo viejo rápidamente. Sin tener

idea de lo que ella pudiera ofrecer o lo que pedía a la institución que nos había convocado, me sentía en franca desventaja.

Así, sin muchas esperanzas, entregué mis papeles y me sometí a todo tipo de entrevistas e interrogatorios. El apoyo económico era formidable, ya que se daba a artistas y escritores sin exigir nada a cambio. Cuatro semanas después recibí una carta en la que se me informaba que había obtenido el prestigiado apoyo de la fundación Stone, Clark & McDaniels. El dinero sucio comenzaría a fluir en cuestión de semanas, pero lo mejor del caso era que me iría a vivir a Nueva York, la ciudad en la que más deseaba radicar. Había perdido la capacidad de entusiasarme, pero tampoco era un idiota para no reconocer las posibilidades de vivir en Brooklyn. Inicialmente me desilusionó que la residencia que se me ofrecían no estuviera en Manhattan, pues sin conocer bien Nueva York me imaginé que estaría varado en un miserable suburbio ruinoso. Estaba terriblemente equivocado: no tardé en descubrir las virtudes del boro de Brooklyn, el cual se convertiría por mucho tiempo en un refugio emocional y vivencial más apropiado que la vertiginosa isla de Manhattan.

Mis primeros meses en esa ciudad, a la que me desagradaba llamar Gran Manzana, los pasé en un trance eufórico, incapaz de detener mi trote de arriba abajo. Me entregaba con frenesí a absorber toda experiencia posible: cine, conciertos, teatro, bibliotecas, museos, galerías, tiendas, puestos y restaurantes de comidas exóticas con el dinero de la Stone, Clark & McDaniels. Me había convertido en un turista delirante e infatigable que no se detenía ante ningún obstáculo. Era como una campaña furiosa, una misión de exploración enardecida que me empujaba a recorrer todas las calles de este a oeste y todas las avenidas de norte a sur.

Era además una expedición en solitario, un experimento en redundancia, un absurdo subir y bajar en más estaciones de metro de las necesarias, un perverso anhelo de marcar todas las calles de la ciudad en un mapa-bitácora donde registraba mi andar compulsivo. Acompañaba mi escrupuloso y a la vez caótico diario con fotos que tomaba con una destartada Minolta de la década de los sesenta, que era la otra herencia de mi padre. Una máquina sobreviviente de la era analógica que aún necesitaba película, revelado e impresión.

Siento repulsión por las fotos que toman turistas y viajeros. Pero tenía la necesidad de documentar mis recorridos, así que me puse a retratar fachadas, cornisas de edificios, ventanas, gatos que reposaban en escaleras de incendios, basureros, cámaras de vigilancia, letreros, viejos ebrios en bancas de parque, niños que golpeaban a sus compañeros, carteros acalorados, ratones atrevidos y tiendas de santería o “botánicas” semiclandestinas que vendían pociones para la buena fortuna y el amor. Me perdía en los senderos sinuosos que rodean los complejos habitacionales multifamiliares, los “proyectos”, del lado sureste. Monolitos gigantes, fríos, ordinarios y grises, aun cuando son de color café. No se trata de mala arquitectura *per se*, sino de arquitectura cruel. En los jardines impersonales que rodean esas construcciones, varias veces me topé con bandas de jóvenes aburridos que deseaban mostrar que eran la ley. ¿Quién puede culparlos? Cuando no me

ignoraban, me dejaban pasar con condescendencia; otras veces me provocaban con insultos, y de cuando en cuando me lanzaban algún objeto o se interponían en mi camino. Siempre pude evadir la confrontación no haciéndoles caso o fingiendo que respetaba su autoridad. Se puede pensar que tuve mucha suerte, pero creo que ellos no me consideraban un enemigo que valiera la pena someter. Seguramente se preguntarían: ¿y éste qué carajos es? Yo podía parecer muchas cosas o nada en lo absoluto; mis rasgos físicos eran indistinguibles en una ciudad como ésta. Mi piel —ni demasiado oscura ni muy clara— y mi cabello —ni muy negro ni muy lacio, ni muy corto ni muy largo— me hacían invisible. Un transgresor de filiación indefinible es menos transgresor. A menudo reaccionamos a la provocación una vez que hemos situado y encasillado al provocador. Para ellos yo era un híbrido que bien podía venir de Pakistán, Honduras, el fondo del océano o el reino de Syldavia. Está bien, exagero, es muy improbable que estos jóvenes hubieran sido lectores de *Las aventuras de Tintin*.

La ciudad más cosmopolita del mundo se convertía en una serie de caminos serpenteantes, en una colección de *ghettos* impersonales —en buena medida tristes y desvencijados—, en un remedo burdo de la imagen amenazante de la Nueva York cinematográfica de otros días. Mientras recorría las calles situadas a la sombra de los rascacielos sentía una pizca de melancolía por ese Nueva York en vías de extinción, encantador, pobre, ramplón, agazapado en las sombras de los rascacielos, de Wall Street, el Upper East y el Upper West Side. Una ciudad rica en culturas y tradiciones disonantes, en actitudes y posiciones progresivamente retrógradas y en deliberadas contradicciones tan entrañables como anticuadas. Ese Nueva York viejo-no tan viejo estaba condenado a desaparecer poco a poco. Los *bulldozers* y los equipos de demolición no se daban abasto para destruir viejas casonas de ladrillo, bodegas de tabicón, estructuras de madera y construcciones horribles que no habían terminado de desplomarse cuando ya eran sustituidas por edificios lujosos, modernos, cursis y pretenciosos. El nuevo Nueva York que surgía de ese frenesí colonizador era una ciudad monótona, prematuramente decadente, desnudada de espacios públicos y obsesionada hasta la histeria con la ostentación y el privilegio, con micropiscinas, balcones, acabados de maderas finas y mesas de granito. La imaginación ñoña del magnate Donald Trump había conquistado la *Zeitgeist*; nunca hubiera imaginado, sin embargo, que su mal gusto y su moral rupestre conquistarían más tarde la presidencia y el universo conocido.

No me interesa en lo más mínimo defender la supervivencia de aquellas construcciones que habían perdido el derecho a permanecer. Pero el paso aplastante de las constructoras y sus ejércitos de albañiles, gran parte de los cuales eran inmigrantes recientes, hispanos, chinos y de Europa oriental, me producía vértigo; me hacía sentir cada mañana una especie de obligación de registrar más y más de esos curiosos detalles arquitectónicos que dejarían de existir en la calle 52, entre las avenidas 10 y 11, en la calle 14 y la séptima, en la calle 42 y Broadway, en cuadras enteras del Spanish Harlem y en la viejas zonas industriales del norte de Brooklyn, donde cada día eran eliminadas enormes fábricas desiertas. El progreso finisecular se medía por el número de inmensas grúas que se multiplicaban casi tanto como el número de poblanos ilegales que se posicionaban estratégicamente en las cocinas de los restaurantes, en los omnipresentes *delis* coreanos y a bordo de millones de bicicletas que repartían alimentos a domicilio cuando no terminaban convertidos en madejas de fierros, huesos rotos y carne sanguinolenta bajo las ruedas de los camiones.

Me tocó ser testigo del *boom* de la construcción y de una irritante fiebre arquitectónica neoposbarroca inflada por inversiones bursátiles turbias, así como de la repentina invasión pacífica de mexicanos. En pocos años vi proliferar a esta comunidad de la cual en cierta forma me sentía parte, aunque realmente nunca pude decir que pertenecía a ella. Mis paisanos al principio me veían con desconfianza cuando les aseguraba que era mexicano. Al oír mi acento chilango y confirmar que era capitalino bajaban un poco la guardia y aceptaban que no era un impostor; pero para la mayoría de estos nuevos inmigrantes la condición de chilango era apenas mejor que la de leproso. Para muchos inmigrantes de la provincia mexicana los capitalinos éramos opresores déspotas y oportunistas, responsables de las condiciones de miseria y marginalidad que en gran medida los habían empujado a venir a esta tierra. Cuando trataba de explicar que en realidad era mexicano adoptivo, la mayoría perdía interés en mí, y yo quedaba transformado ante sus ojos en turco, en siriolibanés o en judío, es decir, en alguien que pertenecía a la clase de los patrones. Yo insistía en que no era propietario de nada, no tenía negocio alguno, no explotaba a mi prójimo y no era más que medio persa; lamentablemente muchos no entendían ese chiste estúpido, porque en la provincia casi no se dice eso de que uno anda “persa” cuando anda drogado, marihuano o pacheco. Pero a final de cuentas entre nosotros había una gran diferencia, la barrera infranqueable: ellos eran indocumentados y yo no. Ellos vivían atrapados al borde de la legalidad, en un país extranjero y a menudo hostil, que no podían ni querían abandonar, mientras que yo, por lo menos en teoría, podía entrar y salir a voluntad. Llegar aquí para ellos había sido un enorme triunfo, y para los de llegada reciente, un inmenso riesgo; ellos representaban la salvación de su familia y su sacrificio era visto como heroico. La mayoría pasaba años soñando con regresar, aunque fuera de vacaciones, pero eran incapaces de abandonar sus fuentes de ingresos, y tenían nulas posibilidades de legalizar su estatus debido a las absurdas y racistas leyes de inmigración. Yo había llegado en condiciones totalmente

diferentes. El esquema de desigualdad reinante en nuestro país se repetía lejos de las fronteras mexicanas. Y lamentablemente no había nada que hacer al respecto.

Tampoco quiero exagerar. Afortunadamente, muchos trabajadores mexicanos con quienes hablaba se salvaban del estereotipo. Teníamos cosas en común, desde la pasión por el futbol mexicano y el desprecio por nuestro sistema político hasta la nostalgia por la comida de nuestra tierra, por los buenos tacos, sopes, enchiladas, moles y pozoles. Podíamos pasar horas discutiendo sobre los resultados de los torneos de Apertura y Clausura o sobre la imposibilidad de conseguir huauzontles en Brooklyn, así como sobre la corrupción mexicana y la brutalidad policiaca neoyorquina. Pero las conversaciones sobre otros temas rara vez llegaban muy lejos. En general, nuestras convicciones religiosas y nuestros gustos en materia de cine y música no podían ser más distantes. Yo era un engendro de la clase media acomodada y elitista de la ciudad en la que, por azar y desesperación, aterrizaron mis padres, y ni los Tigres del Norte ni las películas de los hermanos Almada me interesaban gran cosa. Por suerte o por desgracia no pertenezco a la generación burguesa que se apropió de ese tipo de cultura popular.

En materia de literatura la situación era aún peor. A varios compatriotas les regalé libros míos. No tengo idea si alguno fue leído. Siempre he pensado que no hay nada peor que un escritor que siente la necesidad de promocionarse a cada paso, y que bombardea con sus libros a amigos, a críticos y toda persona que se cruza en su camino. Nada más aborrecible que los escritores que cada vez que tienen una lectura, conferencia o presentación en público presionan a sus conocidos para que los vayan a oír, para que “los acompañen” en esa ocasión especial. Yo valoraba más a mis amigos, a los que tuve, que mis patéticos logros en el mundo de las letras. Sin embargo, al darle un libro a alguien que apenas conocía, y que en cierta forma era lo más parecido a un amigo en una tierra extraña, sí tenía cierta esperanza de que mis palabras pudieran servir para crear un diálogo, un nuevo canal de comunicación que aboliera líneas de clase y estatus. Tampoco se trataba de creer en la magia de la literatura para liberarnos de nuestras cadenas ni para unir a la humanidad en perfecta hermandad.

No. No soy tan idiota. Mi fin era más modesto. Yo sé que el lector podrá ahora estar concluyendo que todas estas confidencias no son sino justificaciones a mi arrogancia, y que me duele el ego por no ser reconocido

como un gran autor en el exilio, como el pinche Cervantes de Williamsburg, alguien a quien todos deben reverenciar porque escribió uno o diez libros puñeteros, obras tan trascendentes que difícilmente pudieron encontrar un rincón en alguna bodega hasta que la picadora de papel estuviera disponible.

Lamento ser un necio, ¿pero es mucho pedir que alguien se tome la molestia de mostrar cierta gratitud al recibir un regalo que significa el trabajo y sacrificio de quien se lo dio? Porque repito que regalé muchos ejemplares de mis libros y jamás recibí un comentario a cambio. Y ya sé que sueno como la abuela despechada cuyo guisado no fue objeto de ningún elogio. Cuando uno está solo tiende a conmiserarse constantemente de sí mismo. Curioso que este verbo, *conmiserarse*, sea una de las muletillas que utilizan compulsivamente los profetas de la autoayuda y los teóricos de Alcohólicos y Neuróticos Anónimos.

Mis vínculos con intelectuales hispanoparlantes o con otros becarios eran casi inexistentes. Así lo había decidido yo. Mi exilio tenía que ser total, o lo más absoluto posible. Cuando llegué becado a Nueva York me sentí revitalizado y lleno de energía. Podía escribir durante toda la noche como solía hacer cuando tenía veinte años y creía apasionadamente en el poder la literatura. Ya no abrigaba fantasías tan imbéciles, pero sí tenía la idea de que podía escribir un buen libro, lo cual era una ilusión tonta pero menos ridícula. El acceso a la maravillosa biblioteca pública neoyorquina y estar inmerso en la voraz mediosfera estadounidense me habían llenado de ideas.

En lugar de escribir la crónica de la ciudad que había pasado meses documentando, comencé a escribir acerca de una invasión. El presidente de Estados Unidos, Arnold Huckenbold, es un fundamentalista religioso que cree recibir un mensaje de Dios ordenándole que defienda “América” de una invasión comunista. El agresor, según Dios, es el ejército zapatista, que prepara un ataque contra Estados Unidos por dos frentes: por la frontera y por el golfo de México. La invasión hormiga se realizará de forma traicionera, sin artillería pesada ni fuerza aérea, sino por simples brigadas de milicianos con armas ligeras a bordo de camionetas, en autobuses públicos, a pie o en lanchas. El gran peligro era que estos guerrilleros habían obtenido de Corea del Norte la tecnología para desarrollar bombas químicas, biológicas y nucleares, pequeñas y fácilmente transportables. El tono de la novela era de obvia parodia, pero partía de hechos y personajes reales para describir cómo el Congreso estadounidense acababa creyendo que una banda de lacandones, tzotziles y tzeltales al borde de la inanición, con ayuda de agentes coreanos y soviéticos, nostálgicos de la Guerra Fría, preparaba una guerra contra el imperialismo yanqui, intentando convertir a los millones de indocumentados mexicanos y centroamericanos en una inmensa quinta columna, en infiltrados listos para convertir sus cuchillos de cocina, palas de jardinería, martillos y carriolas en armas. El tema no era nada original, pero la novela me divertía mucho, además de que yo pensaba que comercialmente podría funcionar. Caí una vez más en esa pérfida ilusión que tienen algunos escritores de suponer que se puede llegar al éxito el complacer al gusto popular con cierta dosis de ironía.

Logré terminar la novela en unos tres meses de trabajo intenso y quedé bastante satisfecho. La llamé *Revelación*, y tras un par de revisiones y lecturas decidí enviársela a mi editor, Carlos María Uribe. La recibió con fingido entusiasmo, cosa que agradecí, pues como mencioné antes mi manuscrito *Iris de color púrpura* envejecía en uno de sus cajones, y mis libros anteriores no se habían vendido bien. Pudo muy bien rechazarla; en

cambio, me dijo que le diera de tres a cuatro semanas para leerlo. Sin embargo, para mi sorpresa se tomó la molestia de llamarme por teléfono diez días más tarde. Pensé que eso tan sólo podía significar buenas noticias hasta que dijo:

—Está bueno tu chiste. ¿Estás muy aburrido? ¿Te sobra tiempo?

—¿De qué hablas?

—De tu libro, tu adaptación novelesca y seudointelectual de *Comando del sureste*.

No sabía de qué me estaba hablando. Y mi absoluta ignorancia parecía tan inverosímil que Carlos María perdía la paciencia.

—¿Qué trataste de hacer? ¿Un *performance* posposmoderno? ¿Un ejercicio de reflexividad cultural? ¿Una apropiación dadaísta?

—Qué dadaísmo ni qué nada. No. Es una novela, sólo una novela.

—Pues para mí es una pérdida de tiempo.

Carlos quería colgar, pensaba que me estaba burlando de él o que había adoptado una petulante pose de autor experimental maldito. Tuve que jurarle que no sabía de qué me hablaba.

—Tu novela, o como se llame eso que intentaste, está calcada de *Comando del sureste* —me dijo.

—¿Y qué es eso? ¿De quién es?

—¿Cómo que qué es? Es una de las películas mexicanas más taquilleras de la década. No me vas a decir que no la has visto.

—No, no he ido a México desde hace más de un año. No sé nada. No he visto cine mexicano en años, aquí no pasan eso, y no he oído nada de ese comando no se qué.

—No puede ser, las semejanzas son demasiadas. No me chingues — Carlos María no solía decir groserías.

—Pero es que te juro que no la conozco.

—Es la nueva película de Evaristo Reyes. Es un bodrio grandilocuente, patriotero y tosco, pero tiene sus fans.

—¿Y mi novela es así?

—No tanto, pero lo que describe es idéntico: el presidente gringo fundamentalista, los *marines* perdidos en tierra lacandona, el gobierno mexicano entre timorato y colaborador de los invasores, las lanchitas con

armas químicas, el general que se da un tiro en las ruinas de Palenque antes de que los estadounidenses las ocupen. ¿Cómo que no viste la película? Por favor.

Carlos María pensó que o bien le había puesto una trampa para ridiculizarlo o que me había querido aprovechar del éxito de la película de Reyes para vender un producto similar, tal como hacen los grandes estudios estadounidenses. No solamente le parecía una deleznable y ruin estrategia de mercado, que ni él ni su editorial estaban dispuestos a adoptar, sino que además había numerosos obstáculos legales y de derechos que no tenían intención de resolver.

—Si lo que quieres es eso, te recomiendo que te pongas en contacto con la productora de la película o con el propio Reyes. Tal vez ellos te ofrezcan un arreglo atractivo, aunque les ha ido tan bien que te aseguro que van a ser duros en las negociaciones. ¿En serio no la han exhibido en Nueva York?

—No sé, pero yo ni siquiera he visto anuncios de ella en los medios. Y a mí no me interesa producir versiones noveladas de películas populares.

—Lo que te digo no tiene que ver con lo que escribiste, ésa es otra historia; pero si se trata de una coincidencia, en serio que esto es un caso insólito.

Hubiera querido que me dijera de cualquier forma qué le parecía mi libro, pero no me atreví a insistir. Mi relación con Uribe se dañó definitivamente y nunca volvió a publicar nada mío.

Meses más tarde exhibieron *Comando del sureste* en un ciclo de películas latinoamericanas organizado por el Lincoln Center y Cinema Tropical. Ver esa película fue doloroso, como si alguien hubiera convertido mi novela en una parodia burda y reducido mis palabras a fórmulas, con arcos dramáticos estereotipados, verborrea estoica, insípida y xenofóbica y lecciones de escuela de cine mal aprendidas. No obstante, varias secuencias se parecían atterradoramente a lo que yo había escrito. Hasta podía reconocer y anticipar lo que sucedería, porque eran mis palabras, sólo que malévolamente maltratadas y retorcidas.

Mientras contemplaba ese espectáculo bufo pensaba en Philip K. Dick y sus aventuras metafísicas. ¿Podría ser que este tipo, Reyes, hubiera establecido algún tipo de comunicación psíquica conmigo, un diálogo en otra dimensión, o hubiéramos entrado en contacto a través de un rayo de información rosado como aquel que describe Dick en su novela *Valis*?

¿Cómo pudimos encontrar una inspiración idéntica? Y lo peor era que, dado el éxito de la cinta, si hubiera tratado de ponerme en contacto con Reyes seguramente se imaginaría que mis intenciones eran otras, que trataba de extorsionarlo o de aprovechar su éxito para darme importancia, además de que cualquier intento por publicar mi novela sería considerado un sucio y tonto plagio.

En mi novela yo había descrito a un general del ejército mexicano que prefería quitarse la vida antes de rendirse. Quizá la única escena con un tono heroico en el libro era ésa, cuando el general Daniel Vargas, un borracho, mujeriego y corrupto, que al enfrentarse a un verdadero enemigo, los *marines* estadounidenses que han invadido el territorio nacional, se transforma súbitamente, despertando para comprender que su vida ha sido un desperdicio. Pero es demasiado tarde: está sitiado y no habrá refuerzos que lleguen a tiempo para rescatarlo de la debacle. En la película, el coronel Ordóñez es la caricatura estereotipada de un héroe militar que habla con frases espesas y toma poses acartonadas a la menor oportunidad, a la Pedro Armendáriz júnior. Una vida de servicio a la patria culmina con su sacrificio frente a las pirámides de Palenque. Reyes había canalizado una versión obtusa y maniquea de mi relato, como si la transmisión hubiera pasado por el filtro de Televisa. Era como si hubiese sacudido mi novela para quitarle la capa de sarcasmo e incredulidad y se quedara únicamente con el lado épico e infantil que mi conciencia rechazaba y que me parecía vergonzoso.

Al salir del cine imaginé algo que pudo haber sucedido. Reyes y yo nos conocimos en un bar, y hablando de cine y literatura nos emborrachamos; de pronto le conté la idea central de *Revelación*; él escuchó con atención y decidió desarrollarla para hacer su película, o bien, tiempo después, escribió el guión sin recordar de dónde había salido la idea. Era una explicación posible, ególatra pero posible. Ya que también podía haber sucedido lo contrario: él o cualquier persona me había contado la trama de la película y yo había olvidado el encuentro y la borrachera, así como el origen de una idea que pensé que era mía. Las dos cosas parecían razonables, pero por más que me esforzaba no tenía ningún recuerdo de haber conocido o por lo menos visto a Reyes alguna vez, ni comentado con nadie la idea de mi novela.

El golpe de *Revelación* me dejó devastado. Ya no competía únicamente contra otros autores por ser publicado, sino que debía contemplar fenómenos de autosabotaje casi metafísicos. Tenía que hacer algo distinto, buscar otros medios, de preferencia en Estados Unidos.

A pesar de vivir en un medio tan estimulante y en el caldo de cultivo perfecto para la creación y la publicación, no conocía a nadie y estaba imposiblemente lejos de las élites que controlan el mundo editorial neoyorquino y estadounidense. Podía pasar el resto de mi vida enviando propuestas a revistas y periódicos y nunca sería publicado. Para alguien como yo el único medio para comercializarse en este mercado era explotar la naturaleza exótica de mis orígenes. No podía tratar de competir con los autores angloparlantes. Mi única opción era ofrecerme como un amable salvaje, como un forastero complaciente portador de noticias exóticas de lejos. Sin embargo, mi origen híbrido no me hacía muy creíble como portavoz de lo mexicano, y pese a mi nombre, no sabía casi nada de mi país de origen, lo cual me inhabilitaba como opinador iraní en el exilio. Por otra parte, mi bastardización cultural me impedía encasillarme en un tema concreto. No hay duda de que ésta es una sociedad abierta, de una tolerancia y diversidad asombrosas, pero a fin de cuentas la cultura está regida por las crueles leyes del mercado, que imponen rígidos estereotipos y atavismos maniqueos.

Mi desconuelo coincidió con una asombrosa oportunidad que se me presentó en una de las pocas ocasiones en que asistí a un evento organizado por el consulado de México. Conocí allí al editor de literatura del *New Yorker*, Kenneth Stone. Sin saber quién era comenzamos a platicar acerca de los bocadillos mexicanos, que no estaban nada mal. Luego seguimos hablando de escritores mexicanos; conocía bastante bien a Fuentes, a Paz y a Bolaño y a otros tantos, pero no sabía gran cosa de las generaciones más jóvenes.

Había asistido por invitación del entonces encargado de cultura del

consulado. Cuando me dijo cuál era su trabajo casi pierdo el equilibrio. Traté de mostrarme ecuánime y le conté, con muy poco pudor, que daba la casualidad de que yo era escritor. Y como rigen las normas, me preguntó qué estaba escribiendo en esos días. No quise hablar de mis artículos desechables para periódicos mexicanos ni de mis notas críticas, de las que ni siquiera podía recordar de qué trataban, ni del anuncio de Forzamax que acababa de traducir, el afrodisiaco de baba de caracol y diente de tiburón, ni de mi trágica incursión en el mundo del porno, de la cual no hablaré en esta ocasión. Estábamos un poco borrachos, así que nos reímos del extraño y ridículo dilema de un autor hispano que trataba de sobrevivir en Nueva York. Pero después insistió en preguntarme qué estaba haciendo en ese momento. Sentí un vacío, aparte de la muy vaga idea de escribir una especie de crónica de la ciudad de Nueva York, para la que estaba documentando fachadas, calles y comercios en desaparición, no tenía proyectos en puerta ni textos a medias ni ideas que quisiera explorar. Probablemente nunca antes en mi vida profesional había sentido algo así. Creí que eso tan sólo podía significar una cosa: era el fin de esa necesidad que yo llamaba mi carrera literaria.

Así que mentí. Recordé haber visto en el programa *20/20* de la cadena televisiva ABC un reportaje que me pareció una muestra flagrante de la paranoia estadounidense. Trataba sobre el “Enemigo público número uno” del gobierno de Estados Unidos, un tal Osama bin Laden, un millonario saudita que había abandonado una vida de lujos para lanzarse a la yihad internacional.

Le dije:

—Estoy trabajando en un relato sobre guerrilleros islámicos apocalípticos que le declaran la guerra a la única potencia mundial y que empleando métodos primitivos, logran sembrar terror y caos en varias ciudades estadounidenses, además de que logran dividir a la opinión pública creando un cisma social, económico y racial —era un intento bastante desesperado por explotar mis orígenes étnicos y quizá reciclar un poco de la guerra de guerrillas que describía en la invasión a Estados Unidos por indígenas de la península de Yucatán.

Hablamos del reportaje, que él también había visto, y de la entrevista de Bin Laden. Estábamos de acuerdo en que la Casa Blanca necesitaba un enemigo, y lo necesitaba ya, para poder manipular a la opinión pública con el miedo. Le gustó la idea.

—¿Y qué giro le piensas dar?

—El terrorista saudita sería una especie de villano millonario psicópata, como los malos de las películas de Bond de los años sesenta, como aquel Ernst Stavro Blofeld, líder de la organización SPECTRE. ¿Te acuerdas? Quiero retomar la fantasía de un fanático que se construye un imperio supermoderno subterráneo en cuevas bajo las montañas de Afganistán, desde donde planea ataques terroristas contra Estados Unidos con bombas atómicas, satélites equipados con rayos láser, envenenamiento del agua, toma de pozos petroleros, todo eso, pero visto desde la lente paranoica propagandística de la Casa Blanca actual —improvisé.

—Suena muy divertido. ¿Es un cuento largo? Dámelo para leerlo —dijo, sin duda porque estaba borracho.

—No es muy largo. Tendrá unas doce páginas. Lo malo es que lo escribí en español.

—¿Lo puedes traducir?

—Sí, creo que sí.

—Mándamelo al *New Yorker* en cuanto lo tengas. No te garantizo nada, por supuesto, pero lo leeré —dijo y me dio su tarjeta.

La simple posibilidad de enviar algo a esa revista y que realmente fuera leído me puso en estado de euforia. Esa misma noche al regresar, bebí una botella entera de un vino barato de Burdeos mientras escribía las aventuras del desquiciado Bin Laden, imaginándolo más como un Abdul Alhazred, el loco árabe autor del *Necronomicón* en los relatos de Lovecraft, que como el líder yihadí que había organizado un ejército de afganos y brigadas de milicianos árabes de varios países, para combatir, con el apoyo de la agencia de espionaje paquistaní ISI y la CIA, a los soviéticos. Encontré en una de mis libretas, con la fecha del 2 de enero de 1999, los apuntes que tomé de aquel reportaje para un artículo político que nunca escribí. No dormí esa noche, tratando de escribir un cuento que tuviera un tono realista y a la vez caricaturesco; que no fuera mero pretexto para balbucear argumentos paranoicos en contra de la política exterior de Estados Unidos, ni tampoco una bufonada idiota. A eso de las seis de la mañana tenía un borrador que me gustaba bastante. Seguí trabajándolo intensamente durante un par de semanas más. Había procedido con cautela para no ser demasiado ofensivo con Estados Unidos, ni emplear elementos políticamente incorrectos, pero en ese aspecto mi origen me daba una ligera ventaja. Si estaba mal visto que un

anglosajón escribiera en los medios educados sobre villanos árabes, era aceptable que lo hiciera un musulmán, aunque fuera un musulmán ateo como yo. Estaba dispuesto a jugar mi carta racial-cultural y explotarla sin pudor con tal de publicar en el *New Yorker*. Me pareció muy significativo que la primera idea con posibilidades de ser publicada en un medio importante de Estados Unidos no viniera de los libros ni de las artes ni de mis recorridos por la urbe ni de mis visitas a la biblioteca pública, sino de un reportaje histórico de la fregada tele.

El texto estaba parcialmente pensado en inglés. Tenía muchas frases en ese idioma y había tratado de dejarlo en una forma que facilitara el trabajo de traducción. Busqué quién pudiera traducirlo mejor que yo. Mi dominio del inglés no era suficiente para aventurarme yo solo. Afortunadamente una conocida en México aceptó el encargo a cambio de la promesa de pagarle cuando tuviera dinero. En menos de una semana ya tenía en las manos el relato en inglés, listo para ser enviado al escritorio de Stone.

Lo que siguió bien lo puede intuir el lector. El editor lo leyó, y lo encontró bueno, aunque propuso docenas de cambios. Lo trabajamos durante semanas en las que casi tuve que reescribirlo por completo. Y aunque parecía que nunca terminarían los cambios y las correcciones, de pronto Stone me anunció que lo publicarían. Después de varios meses de ansiedad y constantes sobresaltos, finalmente mi cuento apareció en las páginas de la revista. Aparte de un pago que me ayudó a saldar mis deudas más inmediatas, me ofrecieron una pequeña recepción con vino y aperitivos para celebrar mi primer cuento en esa revista. Yo, que había publicado cientos de cosas en mi vida sin que nadie hubiera destapado ni una cerveza para festejar cualquiera de ellas, ahora me encontraba con que un relato parecía proyectarme a otra dimensión, al universo de los escritores de verdad. Stone me dijo que tenía que terminar un libro pronto, para aprovechar el momento.

—Muchos escritores sueñan con estar donde tú estás ahora. No tienes derecho a desperdiciar el momento.

Pero no tenía planes ni ideas para una novela. Ni mucho menos tenía esperanzas de que si escribía algo me saliera un artículo o un libro que valiera la pena, o por lo menos que fuera atractivo para el mercado anglosajón. Me comprometí a trabajar con determinación y con el mismo fervor con que logré maquilar el cuento del *New Yorker*.

Lamentablemente ésta era una tarea desproporcionadamente más difícil

de realizar que terminar un relato en una noche.

QUINTA PARTE

SAN ISMAEL

Tomé un vuelo de Delta que salía a las cinco de la tarde del aeropuerto Kennedy. Aterrizó a las diez y cuarto en el aeropuerto Benito Juárez. Un horario conveniente para llegar a cenar en la Ciudad de México sin encontrar demasiado tráfico, aglomeraciones ni restaurantes repletos. A mitad de semana y fuera de temporada vacacional, este vuelo, a pesar de la pésima comida y lo estrecho de los asientos, ofrecía casi cinco horas de relajamiento y tranquilidad incomparables. En cambio, al llegar a tierra comencé a sentirme ansioso e incluso angustiado por volver a México. Debía pasar esa primera noche en la ciudad y no tenía idea de dónde hacerlo. Podía llamar a algún amigo, pero me parecía extremadamente abrupto reaparecer así a mitad de la noche en casa de alguien, especialmente después de la forma en que me fui, sin despedirme. Los amigos van perdiendo la paciencia si uno no les dedica un mínimo de atención, y yo había optado por renunciar a ellos, por cercenar la mayoría de mis vínculos personales, y de esa manera me fui arrancando de México; me lo “fui sacando del sistema”, como afirman algunos cuando quieren decir que logran dejar de pensar en algo. Pero en vez de liberarme me intoxicqué más de mi patria adoptiva. México no es algo que se pueda dejar a voluntad; es como una adicción, como el herpes, como un mal crónico e incurable. Pero al definirlo así, negativamente, trato deliberadamente de engañarme.

Al atravesar las puertas automáticas que van de la aduana a la sala de llegadas sentí un poderoso vértigo, una emoción profunda mezclada con temor. Obviamente no me esperaba nadie. Tomé un taxi y fui a un hotelito de la Zona Rosa en el que había dormido alguna vez. No estaba en condiciones de seguir añadiendo gastos a mi tarjeta, pero confiaba en poder cobrarle la cuenta, junto con mi pasaje de avión, al Instituto Cuauhtémoc. Sólo pasaría una noche en la Ciudad de México y a la mañana siguiente saldría hacia San Ismael en un autobús supuestamente de lujo; otro gasto más que se sumaría a la cuenta de la licenciada Fritz-Romo.

No tenía reservación, pero pudieron ofrecerme una habitación en el tercer

piso. Al abrir la puerta 303 tuve una sensación que me paralizó: la expectativa de entrar en un lugar impersonal y ajeno quedó anulada por el aire de familiaridad que había allí. Era un cuarto idéntico o quizás el mismo en el que hacía muchos años había pasado una noche con una mujer de la que únicamente sé que se llamaba Saskia. Ese nombre danés, alemán o eslavo, que bien puede significar mujer sajona o ser una variante de Sacha, me llenaba la boca con su sonoridad a la vez ríspida y dulce, aunque también me hacía pensar en una actriz porno holandesa de la vieja escuela.

Saskia había ido a una inauguración en una galería de la Plaza Río de Janeiro con su marido, un fotógrafo mexicano que hacía trabajo de publicidad y que conocí años atrás por medio de un amigo artista mutuo. Él había tenido que irse temprano, porque, según me explicó, viajaba esa misma noche a Tailandia, para fotografiar modelos. Saskia se quedó y yo le hice compañía. No recuerdo de qué hablamos, pero en algún momento le propuse ir a otro lugar, y con eso comenzó una de esas noches de agotador y frenético peregrinar por bares y antros de la ciudad. Teníamos muy poco en común, pero coincidimos en querer terminar la noche juntos y ella propuso este hotel.

El número 303 no me decía nada y el cuarto no tenía señas que pudiera identificar, pero había en el espacio y en el olor de ese lugar algo que me hizo desechar cualquier duda. La coincidencia no debió significar nada muy especial; sólo era la recámara que había tomado para pasar una noche con una esposa infiel. No había habido ningún compromiso duradero, ninguna decisión trascendente, ninguna revelación. Ni siquiera supe su apellido. Sólo hubo sexo adúltero medianamente excitante entre dos personas que habían bebido demasiado como para que la experiencia fuera memorable. Habremos cogido un par de veces, nos dimos un regaderazo y comimos algo, pero no recuerdo en qué orden sucedieron las cosas. Lo que no puedo olvidar es que, en un momento Saskia me preguntó cuánto tiempo tardaría en olvidarla. Le dije que yo no olvidaba nunca a las mujeres con las que me acostaba, lo cual era parcialmente cierto. Ella respondió:

—Qué bueno, porque en realidad no somos más que las memorias que otros tienen de nosotros.

En ese momento me pareció una frase pretenciosa y una idea idiota, lastimosa, incluso degradante. Se lo dije.

—Somos lo que somos sin importar quién nos recuerde o quién piense en nosotros.

Su expresión no cambió.

—No —me dijo sonriendo—, ojalá fuera tan sencillo. Lo que tú crees ser es sólo una parte, a veces muy pequeña y muy distorsionada, de lo que en verdad eres.

Traté de discutir con ella, pero mi opinión no le interesaba. Estaba completamente convencida de que nuestra existencia era una especie de collage de impresiones, recuerdos y percepciones almacenados en la memoria colectiva. Era tarde, o más bien temprano, porque ya entraba luz por la ventana. Nos quedamos dormidos.

A eso de las doce despertamos. No quiso hablar de su marido más allá de comentar que lo que a él más le gustaba de sus viajes al Oriente eran los muchachitos. No dijo más. No quise saber más. Nos vestimos. Le propuse que desayunáramos. Me dijo que tenía que irse y nos despedimos como si fuéramos a vernos al volver del trabajo. Aunque quería intercambiar números telefónicos o correos electrónicos, no dije nada. Ella tampoco lo mencionó. Obviamente eso era lo mejor, pero no puedo negar que me molestaba que la aventura se acabara ahí. Simplemente prefiero decir “hasta luego” que “adiós”, aunque sepa que ese luego no llegará nunca. Y eso curiosamente venía a demostrar un poco la idea de Saskia: sobrevivimos en la mente del otro, y esa tenue promesa de un futuro encuentro existe para mantenernos vivos en ese recuerdo, para dejar una esperanza, una puerta abierta en la mente del otro. También se puede decir que el ritual de intercambiar números tiene como función narcotizar un poco nuestro complejo de culpa. O quizá simplemente es la manifestación de un instinto primitivo de procreación.

Me senté en silencio, sin abrir mi maleta ni encender la televisión, como hacía siempre al entrar a cualquier cuarto de hotel, y traté de absorber lo que fuera que hubiera en esa habitación capaz de activar mi memoria. En ese momento las palabras de Saskia adquirieron sentido, había citado a Proust, quien había escrito en *Por el camino de Swann*: “Nuestra personalidad social es una creación del pensamiento de los otros”. Me dio rabia no haber reconocido esas palabras en ese momento. Tuve un escalofrío, me sentí alegre y luego vino un vacío enorme, como una ola. Quizás estaba queriendo leer demasiado en las palabras de una desconocida; a lo mejor ella ni siquiera conocía a Proust. No era una idea tan difícil de articular. Nunca lo sabría. No es que extrañara a Saskia: apenas la recordaba. Tampoco me lamentaba por las oportunidades perdidas ni por estar solo y mucho más viejo que en mi

primera visita a esa habitación, la cual seguía decorada de igual manera y sólo había cambiado en que todo se veía más decadente, grasoso y deteriorado. Más bien era una especie de angustia sin conexión alguna. Era sólo un malestar pesado que sentía en el vientre y en la base de la cabeza; era más nostalgia por lo que no hice que por lo que hice.

Tenía una vista que daba parcialmente al Paseo de la Reforma. Mientras miraba el tráfico, que a eso de las dos de la mañana estaba bastante tranquilo, pensaba que las ciudades no eran complejos laberintos de calles y edificios como siempre había pensado, sino memorias calcificadas, recuerdos de piedra y acero. Debí haber tomado nota en algún lado de nunca escribir esa frase.

Me acosté en silencio, pensando que el recuerdo de Saskia no me dejaría en paz y pasaría una de esas horribles noches de insomnio. En lugar de eso me quedé rápida y muy apaciblemente dormido.

San Ismael no parecía un pueblo mugroso ni rascuache. Tampoco era una ciudad atractiva o que diera orgullo. Era un conglomerado urbano con sueños de grandeza, sentido utilitario y cuatro concesionarias de autos que había crecido sobre un pueblo maltrecho del siglo XIX, del cual no quedaban muchos recuerdos. Por lo menos ésa fue la imagen que me provocó desde la ventanilla del autobús de lujo que me llevó hasta ahí. La pequeña plaza frente a la catedral y el palacio de gobierno tenían una apariencia impecable. Hasta los policías municipales parecían recién bañados; casi podría asegurar que tenían las uñas limpias. No había puestos de comida callejeros. Los periódicos se vendían en una moderna y flamante caseta de lámina pintada de azul celeste. Los letreros de los comercios tenían todos el mismo estilo y los mismos colores. Los edificios estaban decorados de manera semejante, creando un aire de aburrida homogeneidad. El lugar tenía un cierto encanto disneysiano pobretón, un gusto artificial, neutro y apático. Por un momento me sentí en otro país o en un *set* cinematográfico.

Nadie me esperaba en la terminal de autobuses. No era la primera vez que alguien me invitaba a algún lado y no tenía la cortesía de recogerme o por lo menos darme indicaciones de cómo llegar al hotel o a la institución de mi destino. Me molestó encontrarme solo, pero supuse que de un momento a otro alguien aparecería corriendo y pidiendo disculpas. Esperé un rato en una banca. Traté de leer algo, pero estaba demasiado molesto, distraído y ansioso como para poder concentrarme. Aunque intentaba actuar con calma, no podía dejar de ver a un lado y al otro, esperando identificar a alguien que hubiera ido por mí. Pero el tiempo pasó y nadie se presentó. Me puse a buscar entre mis papeles cualquier cosa que pudiera utilizar para dar con mis anfitriones. Pero no tenía teléfonos, ni direcciones ni indicación alguna de qué hacer en este caso. Caminé hacia un taxi estacionado.

—Buenas. ¿Conoce usted el Instituto Cuauhtémoc?

—No, señor. Nunca lo he oído mencionar.

—¿Está seguro? ¿Hay algún instituto por acá que pudiera llamarse así de pura casualidad?

—No, la verdad no, pero déjeme ver.

El taxista salió de su vehículo y comenzó a hablar con todos los que andaban por ahí. Los transeúntes se detenían, conversaban, negaban con la cabeza; algunos señalaban hacia un lado, otros hacia el opuesto. La gente seguía juntándose, ancianas con bolsas del mandado, niños con uniforme escolar, policías, albañiles con ropas polvosas. De pronto, nadie parecía tener nada más importante que hacer que resolver ese misterio. Me miraban de reojo y luego regresaban a la discusión. Varios encargados de tiendas salieron de sus establecimientos para unirse al debate. Una especie de calor intenso comenzó a bajarme desde las sienes hasta la garganta. Había sido engañado; había caído en uno de tantos fraudes de internet, o por lo menos había sido víctima de una broma pesadísima. ¿Quién podía haberme hecho esto? No tenía enemigos, que yo supiera. ¿Quién podía gozar con hacer algo semejante? Pasó más de media hora y el taxista seguía en medio del concilio callejero que había desatado. Finalmente me acerqué a la turba, donde ya entonces se discutían otros asuntos. Hablaban de un problema relacionado con el agua.

—Disculpen, pero ya no se molesten. Quizá tengo mal los datos.

—Aquí no hay ningún instituto que se llame así. Revise bien su dirección.

—No hace falta.

—Ándele, a lo mejor lo encontramos.

Los ismaelinos comenzaron a preguntarme datos: ¿a dónde iba? ¿Con quién? ¿Para qué? ¿Cómo era posible que no me hubieran venido a recibir? Abrí la libreta de apuntes que llevo siempre conmigo, más para complacerlos que porque tuviera alguna confianza en que pudieran ayudarme. Además, la situación ya era bastante embarazosa. Parecía que San Ismael se había paralizado para ayudar a un pobre forastero perdido. Sentía que, aun si existía el instituto, mejor debía largarme. Esto era señal inconfundible de que no tenía caso seguir adelante.

—Me invitaron a un evento en esa institución.

—¿Qué evento? ¿Ahora? —preguntó un hombre que debía ser el carnicero, a juzgar por las manchas de sangre de su mandil.

—Que dice que va a haber un evento —le repitió a una anciana.

—Pero qué evento ni qué nada, la fiesta de San Ismael ya pasó; fue el 17 de junio.

—Ha de ser otra cosa.

—¿Pero qué otra cosa? No, la fiesta ya pasó. Ahora hasta el año próximo.

No podía decir que iban a darle mi nombre a un auditorio. Mi situación pasaría de dar lástima a ser motivo de carcajadas, y tengo que reconocer que no estaba dispuesto a que medio pueblo, o media ciudad, se riera de mí. Aunque eran desconocidos a quienes probablemente nunca más volvería a ver, la idea de volverme una anécdota cómica, el visitante atolondrado que creía que le pondrían su nombre al auditorio de una institución que probablemente ni siquiera existía, me causaba horror. Pensé en Saskia y me imaginé viviendo para siempre en la memoria colectiva de San Ismael de Juárez como un personaje ridículo, un forastero tarado con delirios de grandeza.

—Un evento —dije solamente, mientras fingía buscar algo en mi libreta; en ese momento encontré una página en la que había escrito algo sobre la invitación, y leí en voz alta—, organizado por la licenciada Guadalupe Fritz-Romo.

—¿Por quién? —gritó el taxista.

—¿Lupita? —dijo una de las señoras.

—Qué evento ni qué nada —repetía la vieja.

—Por ahí debió haber comenzado.

Otras voces se unieron.

—Busca a la licenciada Lupita.

—¿Cómo no dijo eso antes? Usted busca la Academia Cuauhtémoc. Aquí no hay institutos.

—No pensé que hubiera mucha diferencia.

—Pues la diferencia es que academia sí hay pero instituto no —dijo el taxista—; usted dirá si no es diferente.

—¿Qué tan grande puede ser este pueblo, o ciudad, para que sea tan complicado decirme que hay una Academia Cuauhtémoc?

—A lo mejor de allá de donde es usted es diferente, pero aquí las cosas se llaman como se llaman.

—Olvédelo, pues. Pero no entiendo por qué sería tan difícil orientarme.

¿Me puede llevar?

—¿Acaso está cojo? Si es aquí nomás a la vuelta —dijo el taxista señalando una calle que desembocaba en la plaza.

La gente se reía.

Con mal sabor de boca caminé un par de minutos y encontré un viejo edificio de ladrillo y herrajes ocres que tenía un letrero blanco con letras negras:

Academia Cuauhtémoc de San Ismael.

Por la libertad del saber y la justicia de la cultura.

Sentí que no debía tocar a la puerta, que tenía razones suficientes para dejarlos plantados después de la forma en que había sido tratado. Pero ya estaba ahí y no pude dar marcha atrás. Además, recuperar mi dinero era la prioridad. Toqué a la puerta. Un joven abrió y me preguntó qué deseaba. Un grupo de alumnos, o de jóvenes que podrían ser alumnos, llegó en ese momento. Saludaron al muchacho que abrió y entraron.

—Gracias, Ramiro —dijo uno de ellos.

—Vengo a ver a la licenciada Guadalupe Fritz-Romo —dije.

—La directora no está ahora. ¿Quiere dejarle un recado?

—¿Puedo hablar con alguien en la dirección? Mi nombre es Niarf Yahamadi y acabo de llegar de Nueva York. Soy invitado de la directora.

—¿Que se llama usted cómo? —preguntó Ramiro francamente desconcertado, abriendo los ojos bien grandes.

Repetí mi nombre y volví a explicar mi caso, pero Ramiro parecía cada vez más confundido por mi nombre.

—Dígame, ¿van a inaugurar un auditorio en estos días?

—No, auditorio no. Acaban de arreglar el salón multiusos.

—Salón multiusos.

—Ahora le dicen aula polifuncional.

—Ya veo. Por favor, avise en la dirección que estoy aquí.

Tras repetirle mi nombre tres veces más, Ramiro obedeció, cerró la puerta y me dejó en la calle esperando.

Una manada de perros callejeros venía en mi dirección siguiendo a una hembra en celo. Serían una docena; se mordían, gruñían, saltaban; el mundo no existía para ellos. Los peligros habituales no les preocupaban, sólo querían estar cerca de la perra.

Me gustan los perros, pero confieso que tuve miedo de convertirme en un obstáculo para semejante jauría, que me pareció grandísima. En ese momento un pastor alemán trepó a la hembra y la obligó a detenerse a unos pasos de mí. Los demás animales, que debían ser veinte o treinta, se arremolinaban alrededor de ella y del can que quería demostrar que era el macho alfa. Los ladridos, gruñidos, aullidos y quejidos aumentaban en intensidad. Estaba rodeado y la puerta no se abría. Pensé subirme a un poste, pero no podía arriesgarme a que me vieran humillado de esa manera: bastante maltrecha estaba ya mi imagen. Me quedé inmóvil, pegado a la pared. Viendo a los perros más rezagados, me sentí un poco como uno de ellos, lejos de hembra, del botín, de los privilegios. Condenado al olvido cultural y genético, al aula polifuncional de San Ismael, mientras los autores de mi generación triunfaban montando a la perra del éxito y la fama.

Los perros se acercaban sin verme. El olor de la hembra era demasiado poderoso y el afán por ocupar un lugar cerca de ella no permitía distracción. Aun así, uno de los animales que venía rezagado se plantó frente a mí y me mostró los colmillos; su hocico estaba a unos centímetros de mi pierna; temblaba, sus músculos estaban tensos, y el pelo de su lomo, erizado. Ya ni siquiera podía contar la opción de trepar a un poste. El animal me miraba y jadeaba. Yo no estaba en su camino, pero seguramente, en su urgencia por eliminar rivales, debí haberle parecido el animal más débil. Otro perro más consideró buena idea aterrorizar al humano, quizá sólo para descargar la frustración de encontrarse lejos de la hembra. Ladró varias veces. Las mandíbulas vibraban amenazantes, listas para atacar. No me parecía la conducta típica de perros que siguen a una hembra, y aún hoy sigo dudando si en realidad sucedió todo aquello o lo imaginé.

En ese momento se abrió la puerta de golpe; el ruido del portón metálico distrajo a los perros, la hembra se liberó del macho que trataba de montarla y continuó su camino con su corte siguiéndola muy de cerca. Mis dos agresores en potencia perdieron interés en mí y se unieron a la jauría. Ramiro vio a los

perros sorprendido, luego me miró a mí e hizo un gesto incomprensible, casi como si me responsabilizara a mí por el jaleo. Me dijo que lo siguiera. Recogí mi maleta y entré por fin a la Academia Cuauhtémoc.

—Maestro, qué gusto y qué pena —dijo una mujer esbelta y frágil, de larga cabellera negra, vestida con ropa sencilla, una mezcla de telas sintéticas estampadas con diseños de mariposas amarillas que estuvieron de moda hace unos cinco o seis años—. Soy Itzel Miranda.

—Hola, finalmente nos conocemos —dije, sintiendo que la conocía desde hacía mucho tiempo.

—Maestro, lamento muchísimo todo lo que ha ocurrido. Ni siquiera sé por dónde comenzar a explicarle. La maestra Fritz-Romo no está en este momento, tuvo que salir a una reunión con los coordinadores del Plan DN-III de auxilio civil en caso de desastres. Por lo del volcán, usted sabe.

Asentí con la cabeza, pero en realidad seguía sin saber nada, mucho menos entendía qué hacía en una reunión de esa naturaleza la directora de una escuela.

—Todo ha sucedido demasiado aprisa. Los expertos no esperaban que los acontecimientos se precipitaran de esta manera y ahora estamos en esta situación.

—Perdone, Itzel, pero creo que no entiendo lo que sucede.

—Es lo del volcán.

—¿Qué pasa con el volcán?

—Va a hacer erupción de un momento a otro.

—Pero todo se ve tan tranquilo. La gente, el ambiente. Si la situación es tan grave, ¿no deberían estar desalojando a la población o tomando medidas de algún tipo?

—Sí, eso es precisamente lo que todos quieren, que todo se vea normal, como si no pasara nada. Pero la realidad es que esto va a volar y todos vamos a volar —dijo bajando la voz y mirando alrededor con cautela, como si temiera que alguien la escuchara.

—¿Y por qué harían eso? —dije susurrando.

—Intereses creados.

Quise preguntar qué carajos quería decir eso —¿qué clase de intereses y quién los creaba?—, pero en vez de eso volví a asentir, como si fuera partícipe de un secreto importante, de una revelación insólita que me había

confiado a pesar de que apenas nos conocíamos. Si bien lo que decía Itzel debía ser preocupante, me parecía menos grave que el hecho de que no me hubieran atendido y de que no estaba aún instalado en una habitación de hotel. La amenaza de quedar convertido en estatua de cenizas como habitante de Pompeya me parecía muy remota.

—No quiero sonar insensible o quejoso, pero tengo que señalar que no sólo tuve que pagar mi pasaje de avión y de autobús, así como mi hospedaje en México, sino que tampoco tuvieron ustedes la cortesía de recogerme a mi llegada, a pesar de que avisé claramente en qué autobús llegaría. No creo que esto les hubiera sido demasiado difícil, considerando la distancia que hay entre la academia y la terminal.

La expresión de Itzel cambió.

—Qué vergüenza, maestro. Qué pena me da. Lo siento —dijo, y creí ver que sus ojos se le llenaban de lágrimas.

—Y me entero de que el famoso auditorio que van a inaugurar sólo es un salón multiusos. No quiero sonar arrogante, ¿pero realmente me hicieron venir desde Nueva York para eso?

—No sé qué decirle —dijo, y comenzó a llorar.

—No se ponga así. Yo sé que no es su culpa.

—Aquí las cosas no están bien, y yo, por desgracia, no puedo hacer nada. Yo le quise advertir que considerara cuidadosamente la invitación.

Ramiro se acercó, como si buscara algo. Obviamente quería saber de qué hablábamos. Itzel se puso muy nerviosa, se secó los ojos con un pañuelo y no dijo nada más. Al darme cuenta de la situación comencé a hablar de tonterías. Ramiro fingía buscar algo en la oficina. Luego salió.

—Hay que tener mucho cuidado con lo que se dice. No se puede confiar en nadie.

—¿Pero por qué?

Itzel miraba ansiosa, como si quisiera decirme algo importante. Perdí un poco la paciencia y le dije:

—Disculpe. ¿Me van a dar la oportunidad de ir a un hotel?

—Sí, pero ahora no tengo la información ni la autorización de la licenciada. Tendremos que esperarla.

—Parece que mi invitación ha sido una carga terrible para ustedes.

—No diga eso, por favor. No diga eso. Es un orgullo muy grande y nos hemos portado tan mal con usted —los ojos de Itzel volvieron romper en llanto.

—Calma —dije tocándole el hombro suavemente y luego acariciándole el cabello—. No se preocupe, todo se va a arreglar pronto. Creo. ¿A qué hora llega la licenciada? Supongo que entonces se resolverán las cosas. ¿O no?

—Es que no sé. Ya no sé nada. Nada.

Esta vez la abracé para que llorara en mi hombro. Sollozó muy bajito, casi sin hacer ruido. Yo no sabía qué más decir. Y en ese justo momento se abrió la puerta y entró una mujer cincuentona, menuda, de dentadura perfecta, vestida con una entallada falda gris y una blusa azul sobria, de tela ligera.

—¿Pero qué pasa aquí? —preguntó sobresaltada.

Itzel me empujó, se limpió las lágrimas, se acomodó la blusa y la falda, se aclaró la garganta y respondió:

—Nada, nada, licenciada. Es que ya llegó el maestro Niarf y estábamos hablando.

—Sí, ya veo que se conocieron. Buenas tardes, maestro —dijo la licenciada con la mandíbula tensa y los ojos inquietos.

Estreché la mano de la directora con la sonrisa más incómoda que jamás había usado. Tenía que explicar lo que estaba sucediendo. No era ésa la mejor manera de presentarme ante la persona que me había invitado y deseaba homenajearme. Lo más grave era que de golpe había perdido mi ventaja moral sobre ella. ¿Cómo reprocharle lo mal que me había tratado cuando me encontraba abrazando a su secretaria?

Quedamos en silencio. La licenciada recorría la oficina con la mirada como buscando más evidencias de libertinaje y depravación. Itzel jugaba con su cabello, nerviosa, lastimosamente culpable. Yo me crucé de brazos esperando que algo sucediera, que la directora me espetara un regaño, que Itzel me acusara a gritos de haber abusado de ella, que las mujeres se desvistieran y comenzara una orgía. Todo menos este silencio, que rompí diciendo:

—Llegué en el autobús hace un momento; como no había nadie para recogerme caminé hacia acá. La señorita Itzel me estaba explicando, muy afligida, que usted no estaba y que no podía decirme nada aún acerca de mi reservación de hotel.

—Ya. Muy bien —dijo la directora—. Se refiere usted a la señora Miranda.

Silencio.

—Sí, la señora Miranda. Disculpe. He tenido un viaje muy cansado —añadí, como si fuera necesario justificar mi deseo de ir a un hotel; pero la palabra hotel ya se había transformado en otra cosa: ya no era el lugar a donde mercedamente podía ir a descansar, sino que tenía una connotación lujuriosa, perversa, un tufillo de urgencia y una evocación de sexo ilícito, sexo con la secretaria ajena.

—Me imagino —dijo la licenciada fríamente; caminó hacia la puerta de su privado y me dijo—: ¿Me hace el favor de pasar? —con el tono que seguramente usaba para reprender a los padres informales o abusadores.

—Con mucho gusto.

Itzel aprovechó ese momento para desaparecer.

La oficina era pequeña, pero tenía un ventanal por el que entraba un baño de luz capaz de transportar ese espacio a otra época. Estaba decorada con modestia, pero con austera elegancia. El lugar parecía resplandecer, desde la macetita de violetas africanas que adornaba el escritorio hasta un viejo librero repleto de textos escolares y documentos fiscales. Todo brillaba menos la licenciada, que se sentó pesadamente en su sillón, casi dejándose caer. Miró los papeles que tenía enfrente, fingiendo interés, pero incapaz de ocultar su desgano pavoroso y la frustración intensa que la consumía. Busqué la manera de reintroducir el tema de lo que había sucedido con Itzel para recalcar el malentendido. “No haya usted pensado que yo...”, me imaginé diciendo, pero debía explicar también la desesperación y angustia de Itzel, los motivos de su llanto que yo no entendía ni tenía siquiera por qué conocer. ¿Cómo explicarle a Fritz-Romo, sin ser indiscreto, que su secretaria sospechaba de ella y que estaba angustiada por su mal manejo de la situación? Pero yo no sabía por qué sospechaba ni qué reprobaba de su manejo de la situación. Ni siquiera sabía cuál era la susodicha situación. Mientras buscaba desesperadamente la manera de enmendar el malentendido, la licenciada me arrolló con una presentación institucional e impersonal.

—En nombre de la Academia Cuauhtémoc de San Ismael permítame darle la bienvenida a nuestra casa. Le agradezco mucho haber aceptado la invitación y obsequiarnos con el privilegio de su compañía. Esperamos que disfrute su estancia en nuestra ciudad —sus ojos brincaban de un lado a otro, evadiendo los míos.

Parecía que tenía algo más que decir. Volvió a mirar los papeles de su mesa. Una profunda decepción.

—Muchas gracias. Soy yo el que debe agradecer que me haya considerado para este honor, para bautizar un auditorio —recordé que se trataba de un salón multiusos—. Es un privilegio que de ninguna manera merezco.

La licenciada permaneció seria. Ni siquiera trató de soltar una de esas frases de cortesía usuales en estas situaciones: “pero por supuesto que sí”, qué sé yo; “nos enorgullece darle este reconocimiento”. No sé. Debe de haber manuales enteros que enumeren esas formalidades huecas y estoy seguro de que la licenciada, conociéndolas, prefirió guardárselas. O tal vez el peso del

desgano y el enojo la habían dejado muda.

—¿Y cuál es el programa? —pregunté.

—¿Cómo? ¿El qué? —dijo con una mueca de disgusto.

—El programa de actividades. ¿Habrá algún evento o algo?

—Sí, por supuesto, la inauguración será mañana a las siete de la noche. Ya están despachadas las invitaciones.

—Bien.

Comenzó a golpear suavemente la mesa con las yemas de los dedos, tratando de imponerle un ritmo a su ansiedad, matando el tiempo mientras yo entendía que debía salir de ahí. Pero yo no podía salir porque no tenía adónde ir ni había hablado aún de mi reembolso, ni sabía qué tenía que hacer durante mi breve estancia en San Ismael.

—Disculpe, licenciada. ¿A dónde puedo ir a descansar, bañarme, comer algo y dejar mis cosas? —dije evitando usar la palabra hotel, que había quedado contaminada por haberse tornado tóxica en esa conversación.

—Al hotel, claro.

—¿Hay una reservación para mí?

—No, no hace falta. En esta temporada casi no hay turismo en San Ismael y menos con el problema del volcán.

—Voy a necesitar que me explique usted qué pasará con mis gastos. Lo convenido fue que la Academia pagaría por ellos, ¿no? Pregunto porque no lo ha mencionado y... bueno, yo pagué mis pasajes y el hotel en México. Como se imaginará, el asunto económico me tiene un poco preocupado. No puedo permitirme esta clase de gastos —dije a sabiendas de que no era el momento ni la forma.

—Por supuesto que nosotros vamos a cumplir con nuestra parte, señor —respondió ella notablemente irritada, dejando de lado eso de llamarme maestro—. De lo contrario no lo hubiéramos invitado. Simplemente haga el favor de entregar los recibos de sus gastos a la señora Miranda.

—No quise ofenderla, disculpe.

—No, a mí no me ofende. Puede estar tranquilo, aquí no engañamos a nadie.

—No fue mi intención.

—No hay problema. Bueno, la señora Miranda... No —hizo una pausa

muy deliberada para enmarcar su rechazo a que su secretaria se me acercara —, mejor Ramiro; él lo va a acompañar al hotel para que se ponga cómodo. Mejor él —enfaticó.

—¿Y dónde me recomienda ir a comer?

—Hay muchos lugares —respondió con desdén.

Hubiera querido que mencionara algo de mi impecable trayectoria literaria, de mis triunfos internacionales, pero en vez de eso se puso de pie, caminó hacia la puerta y desde ahí llamó a Ramiro con un grito. Luego se volvió hacia mí, con el rostro cambiado, como si hubiera perdido la rigurosa máscara que llevaba, y me dijo:

—Señor, yo sé que allá en Nueva York las cosas son muy distintas; yo también he viajado, no crea usted que no, pero aquí tenemos en muy alto aprecio el respeto por la gente y por las instituciones. Yo sé que a usted le parecerá ridículo y cursi esto que le digo, pero espero que pueda entenderlo.

Yo aún estaba sentado cuando ella comenzó a hablar, y le daba la espalda, de modo que la miraba por encima del hombro. Sus palabras me tomaron por sorpresa. Me puse de pie de un salto y quise responderle, pero en ese momento ya había entrado Ramiro.

—Ramiro, haga el favor de llevar al señor al hotel Medina, no al Alcázar —me miró rápidamente—. Ése está en remodelación —añadió.

Busqué con desesperación las palabras precisas para decirle que yo no había hecho nada de nada ni había faltado al respeto a persona o a institución alguna; pero, como suele sucederme en situaciones así, las palabras se me ocultaron, el idioma me abandonó. Recogí mi maleta, sonriendo como un idiota. Pensé que después tendría otra oportunidad en mi próximo encuentro con ella.

—Licenciada, muchas gracias por sus atenciones. ¿La volveré a ver hoy?

—¿Hoy, por qué hoy? —preguntó, y se puso de nuevo su máscara impenetrable.

—Todavía es temprano —dije señalando mi reloj—. ¿Podríamos platicar más tarde?

—¿Platicar de qué, maestro? ¿Se le ofrece algo más? —dijo con una mueca fulminante y cruel.

Sonreía obsequiosa. ¿Qué más podía decir?

—No, nada en particular. Hasta pronto —dije, y luego me dirigí a Ramiro

—: Cuando usted quiera.

Seguí a Ramiro en silencio hasta la plaza. Estaba prácticamente vacía, cosa que me llamó la atención.

—Casi no hay nadie en la calle a esta hora —le dije, nada más por hablar de algo.

—No, sí hay gente.

—¿Dónde?

—No, pues hoy no, pero los otros días sí.

—¿Y hoy por qué no?

—Pues, por lo del volcán, será. ¿Por qué va a ser, si no?

—¿Cuál volcán? Yo no veo ningún volcán, ni humo ni nada.

—No, ¿pues cómo cree? Desde aquí no se ve.

—¿Y a dónde se fue todo el mundo?

—Pues eso sí no lo sé. No les pregunté a dónde se iban.

—¿Pero por qué se fueron? ¿Me puedes explicar qué está pasando? Como tú bien sabes, acabo de llegar y no entiendo nada —comencé a tutearlo.

—Ha a ser por lo de la erupción del volcán.

—¿Cuándo va a hacer erupción?

—No, pues, ¿cómo voy a saber yo?

El tono ladino de Ramiro me tenía harto; nada más enojoso que el gusto de ciertas personas por embrollar la conversación para no decir nada y hacer parecer al otro como un idiota.

—Pero me imagino que si vives aquí te enterarás de lo que dice la gente, de lo que piensan los expertos.

—Bueno, pero eso es lo que usted se imagina.

Pasamos frente al hotel Alcázar. Me detuve.

—Espérate aquí.

—Pero si no es éste.

—Ya lo sé. Espérame.

Ramiro se quedó en la calle mirándome, molesto. Entré a un lobby decorado con muebles antiguos de madera oscura tallada, probablemente del siglo XIX. En la recepción una mujer atractiva, uniformada con un traje sastre azul, me saludó con una sonrisa.

—Buenas tardes, señorita. ¿Tiene habitaciones libres?

—Sí, señor. ¿Sencilla o doble?

—Pero dígame: ¿están en remodelación?

—No, señor.

—¿No están haciendo ninguna obra ni cambios ni nada?

—No, en este momento no. Con lo del volcán, no sería buena idea.

—Está bien. Eso es todo por ahora. Muchas gracias.

Salí del hotel. Ramiro fumaba un cigarrillo sin filtro mirando el piso.

—Ahora sí, vámonos.

Caminamos una cuadra más y llegamos al hotel Medina, una construcción de los años cincuenta, con pequeños mosaicos azules en la fachada. El lobby estaba decorado con una imitación provinciana de la estética futurista de los años setenta. Muebles angulosos de plástico brillante y metal cromado que no envejecían con dignidad, paredes cubiertas de láminas de madera percutidas, lámparas con espejos, mesas en forma de amibas, luces de un tono casi naranja ocultas por un falso plafón. Ramiro habló con el empleado de la recepción.

—Aquí manda la licenciada Fritz-Romo a este señor para que le den una habitación.

—No se puede ahora. Estamos muy ocupados con la convención ganadera. Se van al rato. Nomás que ayer festejaron hasta muy tarde y están bien crudos.

—¿Y entonces? —pregunté yo.

—¿Entonces qué? —respondió el recepcionista bruscamente, con mueca de disgusto, casi en plan de pleito.

—¿Tiene una habitación para mí o no?

—Ya le dije que al rato.

—¿Cuándo es al rato?

—Ya se lo dijo, cuando se despierten los ganaderos —dijo Ramiro.

—Okey, no quiero esperar a que se despierte nadie. Vamos al otro hotel.

—No, la licenciada dijo que éste.

—También dijo que el otro estaba en remodelación y no era cierto, así que vamos al otro.

—No se puede, señor.

En ese momento se acercó alguien que parecía ser el administrador, un hombre joven con traje de tres piezas, lentes Ray-Ban y patillas frondosas.

—Disculpen, caballeros, ¿qué sucede?

—Nada, que el señor aquí dice que no tienen habitaciones y que hay que esperar. Pero yo estoy muy cansado y no estoy dispuesto a esperar.

—Yo le informé al señor que los ganaderos pronto van a hacer su *check out* —dijo el recepcionista mientras me miraba fijamente a los ojos, furioso porque lo acusaba con su superior.

—Señor, es cuestión de un poco de paciencia —dijo el que parecía ser el administrador de un hotel de 1972.

Me quedé callado.

—Bueno, yo ya lo traje, ya cumplí y ya me voy porque yo sí tengo que trabajar —dijo Ramiro.

—Sí, ándale. Adiós —le contestó el recepcionista y entonces siguió con los papeles que tenía enfrente.

El hombre que parecía ser el administrador desapareció en la oficina trasera. Otro empleado del hotel pasó a buscar algo a la recepción y cuando lo tuve cerca le pregunté:

—¿Dónde se puede comer bien por aquí?

—En los restaurantes.

—Me imagino, pero, ¿me puede recomendar uno? ¿Qué se come aquí? ¿Cuál es el plato típico, o no tienen? —dije subiendo un poco la voz, en un tono que comenzaba a acercarse a la indignación.

—Pues vaya al que está acá a dos puertas. Comemos igual que en otras partes. De lo que haya hecho.

De muy mala gana dejé mi maleta con el empleado malencarado de la recepción.

—¿Le puedo dejar esto?

—Déjelo —respondió sin levantar la vista.

El restaurante se llamaba Sultán y era un vejestorio que olía a col y grasa. No imaginé que tuvieran platillos típicos ni que fuera una de las glorias de la comida local, pero tenía hambre, no había desayunado, y casi cualquier cosa me hubiera dejado satisfecho. Pedí unos huevos estrellados.

—¿Fritos? —preguntó un mesero que debía de tener un centenar de años.

—Sí, fritos.

—No, eso no se hace por aquí.

—¿Cómo que eso no se hace por aquí? ¿Entonces cómo los hacen?

—Hervidos, al vapor o al horno, con papas y zanahorias.

Escogí la tercera opción, lo cual fue muy mala idea. Pocas veces había comido un plato tan insípido. No había nadie más comiendo. El restaurante estaba sumido en un profundo y lóbrego silencio. Cuando el mesero me trajo la cuenta me atreví a preguntar:

—Oiga, ¿y como qué hay de bueno para ver por acá?

—¿Bueno cómo para qué?

—Está bien, no importa

El mesero tenía el mismo tono de mísera insolencia y desprecio de Ramiro, de la profesora y del recepcionista. Me pareció muy molesto y muy curioso. Sin decir más, pagué la cuenta y salí a la calle. Sentí que estaba portándome como un paranoico que veía en la gente señas de mi propia frustración, que estaba proyectando mi malestar en unos desconocidos que simplemente por comportarse de manera distinta me parecían desdeñosos y agresivos. Tenía que cambiar mi actitud. Era tonto amargarme así el viaje. Si bien era claro que la invitación y el homenaje serían un desastre total, lo mejor sería tomar la experiencia con humor. Caminé por las calles semidesiertas de San Ismael buscando algo que me llamara la atención; lo que fuera: un museo, una tienda de curiosidades, una dulcería, un café, una iglesia colonial. Cualquiera de esas cosas que nunca faltan en los pueblos mexicanos. Pero aquí no había nada. Era como si una gran barredora corporativa hubiera remplazado esos establecimientos y edificios básicos por tiendas Súper Siete, oficinas genéricas, licorerías La Europea y mueblerías El Bardazo. En cualquier dirección que caminara pronto me encontraba en amplias y polvosas avenidas recorridas por autobuses y camionetas de transporte colectivo. Estaba a unos pasos fuera de lo que tal vez era el centro y sólo había multifamiliares y más Súper Sietes. Y del volcán ni una señal. Detuve a un joven que cargaba varios libros.

—Oye, ¿por dónde queda el volcán?

—¿El volcán?

—Sí, el volcán.

—No sé.

—¿No hay un volcán en San Ismael? Todo mundo dice que va a hacer erupción.

—No estoy seguro. La verdad no veo mucho las noticias.

—Pero no es cuestión de noticias. Si va a haber una erupción, todo mundo debería saber qué hacer, adónde ir y definitivamente tener una idea de

dónde está el chingado volcán.

Me miró asustado.

—No sé. En serio. Perdona, pero me tengo que ir.

Lo dejé ir. Detuve a una mujer que tampoco sabía nada y luego a un hombre con profundas arrugas que me miró como si estuviera loco. Cuando traté de preguntarle a otra mujer más, ella de plano me evadió como si yo quisiera venderle algo o violarla. Los demás transeúntes comenzaron a imitarla: se bajaban de la banqueta antes de cruzarse conmigo, miraban hacia otro lado; aceleraban el paso como si quisieran evitar a un pordiosero, un vendedor de aspiradoras, un loco o un borracho.

No podía darme por vencido. Seguí caminando por la avenida Hidalgo en dirección oeste, creo. Era una subida. Pensé que al llegar a un punto alto tendría una mejor perspectiva de San Ismael y vería el volcán. Pero caminé hasta agotarme y quedar cubierto de sudor y polvo, sin lograr ver una fumarola o una protuberancia orográfica que pudiera llamarse volcán.

Traté de no pensar en mi situación. Imaginaba maneras de convertir este episodio sórdido en un relato entretenido. Saskia volvía constantemente a mi mente, aunque no podía ponerle un rostro definido; mi recuerdo de su fisonomía era ambiguo y cambiaba continuamente. Tendría que buscarla, ver qué había sido de su vida desde nuestro encuentro. Con un poco de suerte su marido estaría de viaje y podríamos repetir nuestro desliz. Mientras caminaba bajo el sol pensé que ella era una buena justificación para pasar unos días en la Ciudad de México. Entonces me di cuenta de que estaba alucinando, que no había forma de recuperar lo que había sucedido hacía tantos años, y que Saskia, aun en el improbable caso de encontrarla, ni siquiera me recordaría. Era una curiosa demostración de su teoría de que vivimos los recuerdos de los demás. Quise tomar un taxi o subirme a un autobús. La avenida se había convertido en una carretera. Había poca circulación. Pude ver zopilotes rondando a lo lejos. Tenía mucha sed. Si me moría en este lugar, entonces sí tendría sentido mi homenaje. La licenciada me perdonaría mi inexistente indiscreción, porque a los muertos se les perdonan esas cosas, y el evento podría adquirir relevancia insospechada para la Academia Cuauhtémoc de San Ismael, e incluso para mí. Me convertiría en el escritor que fue a recibir un homenaje precoz que se volvió póstumo. ¿Quién no querría cubrir esa noticia? Devorado por los buitres por culpa de la literatura.

Me faltaba el aire. La cabeza me daba vueltas. Un camión escolar pasó a

toda velocidad a mi lado. En vez de niños llevaba cerdos destazados. Recordé la convención de ganaderos. Me sentía cegado. ¿No pasaba algo así en la película de *The Wall*, de Alan Parker? Veía únicamente una intensa luz roja. No podía permanecer a la orilla de la carretera. Me tambaleaba sin control. Temí que me atropellaran si trataba de caminar. Me detuve. Estuve a punto de caer al suelo. Nunca había sentido semejante vértigo. Los buitres. Sentado en el suelo, me dije que ya no podía regresar, que estaba demasiado deshidratado y cansado, que el sol me había hecho daño y que, como no podía haber muchas Saskias en el Distrito Federal, no era inconcebible que pudiera localizarla. We don't need no education, we don't need no thought control... Podría comenzar con mis amigos fotógrafos, alguno seguramente tendría sus datos. Lo malo era que ya no tenía amigos fotógrafos, ni de los otros.

Mantenia los ojos cerrados, pero sabía que los buitres volaban en círculos sobre mí. Ser devorado por zopilotes quizá le daría suficiente relevancia a mi historia, tal vez se haría un pequeño reportaje sobre mi vida, a lo mejor Werner Herzog vería en mi historia material para una película sobre la ambición y la mediocridad. Así como *Grizzly Man* contaba la historia de un hombre ingenuo que terminaba devorado por los osos, *Vulture Man* podría ser la de un hombre iluso que, al ir en busca de un reconocimiento inmerecido, terminaba convertido en carroña. Además, Herzog había hecho un documental sobre un volcán en la isla de Guadalupe, *La Soufrière*. Podría conectar las historias de los dos volcanes de alguna manera. Luego concluí que por nada del mundo Herzog haría un filme con elementos semejantes a los que ya había usado en otras películas, y de cualquier manera. Pero, ¿dónde carajos estaba el volcán de San Ismael?

Eso es todo lo que recuerdo.

Cuando abrí los ojos estaba en la caja de una *pickup*, rebotando de un lado a otro entre costales de grano y paja. Débil y mareado. Me miré el vientre: no estaba abierto y vacío como imaginé que quedaría si los zopilotes me comían las entrañas. En algún lado leí que comenzaban con los ojos y luego iban por el vientre para comerse las entrañas, las cuales siguen jugosas aun después de que el cuerpo ha pasado muchas horas bajo el sol. Pude ver que en la cabina de la camioneta había dos hombres con sombreros. No podía verles las caras. Quise darles las gracias por rescatarme, pero inmediatamente imaginé que también podrían ser secuestradores, narcos o criminales. Consideré tirarme de la *pickup*, pero estaba tan cansado y débil que volví a quedarme inconsciente a pesar de los saltos que daba el vehículo.

Al volver a abrir los ojos estaba tirado en uno de los sillones modernistas e incómodos del hotel Medina. Por el ventanal entraba una luz rojiza. Tenía que ser media tarde, pensé. No había nadie más. De un salto me puse de pie, busqué mi cartera y mis llaves. Todo estaba en mis bolsillos. Me dirigí a la recepción.

—Oiga, ¿no sabe usted quién me trajo?

—Pues unos señores.

—¿Cómo supieron que debían dejarme aquí?

—No sé, a lo mejor usted les dijo adónde lo trajeran antes de quedar inconsciente.

—Yo nunca les vi la cara.

—Así ha de haber estado la borrachera.

—No, ninguna borrachera. No he tomado nada. Me desmayé por el sol.

—Sí, sí, seguro. Lo que usted diga —dijo el recepcionista haciendo una mueca.

—Es en serio. Estaba caminando por la... —el empleado se dio la vuelta y siguió moviendo papeles de un lado a otro sin importarle mi explicación—.

¡Oiga, le estoy hablando! ¿Qué educación es ésa?

—Dígame.

—Nada. Deme la llave de mi habitación.

—¿Cuál habitación? Usted no está hospedado aquí.

—¿Ya no se acuerda de que vine con una persona de la Academia Cuauhtémoc, Ramiro, y no tenían habitaciones libres? Su jefe me pidió un poquito de paciencia en lo que se iban unos ganaderos o qué sé yo. Ya es casi de noche y aún no tengo habitación.

—Pero eso no es mi culpa. A lo mejor si en vez de irse a empinar el codo —hizo una seña con la mano como si sostuviera un vaso— hubiera venido antes, ya estaría descansando en su cama.

—Llame a su jefe, ahora.

El empleado miró hacia atrás y gritó:

—¡Señor Medina, aquí lo quiere ver un señor!

El señor Medina se puso de pie, notablemente molesto por la interrupción. Éste no era el hombre que creí que era el administrador, con quien había hablado antes, sino un hombre obeso que parecía llevar el cinturón apretado a la altura del esternón. Resopló y caminó pesadamente hasta el mostrador.

—Dígame —tenía un vozarrón ronco, seco y parsimonioso, parecía que sus palabras salían caminando de la boca de un enorme cañón.

Volví a explicar mi situación al tal señor Medina, probablemente dueño del hotel y quien no parecía demasiado interesado en mi caso.

—Tenía que haber venido antes, señor. No tenemos habitaciones.

—Pero vine temprano y este señor que está a su lado me dijo que en cuanto los ganaderos se fueran habría una habitación para mí.

—¿Cuáles ganaderos? —le preguntó a su empleado.

—No sé de qué está hablando —con fingida discreción nuevamente hizo a su jefe la seña de un vaso con el pulgar y el índice extendidos y los demás dedos doblados.

—No, no estoy bebido —aullé.

—Nadie ha dicho que lo esté —dijo Medina.

—¿Pero no estuvo usted tirado en el sofá de allá toda la tarde, durmiendo? Nomás pregunto —dijo el empleado.

—Fue el sol. Me insolé en la carretera. Pero vamos a lo que importa. Usted me dijo que los ganaderos estaban dormidos y yo acabo de ver un autobús escolar repleto de animales destazados —dije sin que yo mismo entendiera la conexión entre una cosa y la otra.

—No sé cómo sea donde usted vive, pero aquí los autobuses de la escuela llevan niños, no carne.

Medina interrumpió:

—Mire, lo que sea. Deme su nombre.

Se lo dije y por supuesto no entendió nada. Lo repetí una, dos y tres veces, hasta que tomé una pluma y se lo escribí. El empleado parecía divertidísimo tratando de pronunciar mi nombre.

—Me envió la profesora Guadalupe Fritz-Romo, la directora de la Academia Cuauhtémoc.

El empleado miró a su jefe y negó con la cabeza.

—Lo traje primero Ramiro; ya sabe, el que trabaja de conserje. Y más tarde lo trajeron inconsciente dos jornaleros.

—Pero vengo invitado por la Academia Cuauhtémoc. Me van a hacer un homenaje.

—No, señor Hahamahi, aquí no tengo ninguna reservación para usted, y no tengo cuartos. Si no tiene reservación no puedo hacer nada.

—Ya sé que no tengo reservación. La profesora me dijo que no hacía falta hacerla en esta temporada.

—¿Y desde cuándo Lupita es experta en hotelería? —dijo el empleado.

—¿Puede llamar por favor a la licenciada Fritz-Romo o a la Academia Cuauhtémoc para aclarar el asunto? —supliqué.

—No, señor. ¿Para qué vamos a molestar a Lupita a esta hora? Ya no hay nadie ahí, y aunque hubiera, no tengo cuartos. Con suerte mañana se desocupa alguno.

—¿Cree usted verdaderamente que tengo muchos deseos de quedarme en esta pocilga? No voy a volver mañana ni nunca; pero entienda que está cometiendo un grave error y me voy a encargar de hacer que le pese —amenacé, sin darme cuenta de que detrás de mí, esperando para ser atendidas, había unas cinco personas que me miraban con una mezcla de temor y lástima.

—Haga lo que mejor le parezca —dijo Medina con un rugido sordo.

—Deme mis cosas, por favor; mi maleta.

—¿Cuál maleta?

—Dejé aquí mi maleta encargada mientras me esperaba a que se desocupara algo. Se la dejé a este señor.

—¿Te dejó algo? —preguntó a su subalterno.

—No, señor, usted sabe que no es política de la empresa recibir maletas, paquetes u objetos de desconocidos o de personas que no estén hospedadas en el hotel.

—¿Cómo que no? Le pregunté si le podía dejar mi maleta y me dijo que sí.

—Dijo que iba a dejar algo, pero yo no sé a quién ni dónde.

—¿O sea que también me van a robar mis cosas? —pregunté a gritos.

—Cuidadito con lo que dice, aquí nadie roba nada. Los únicos que vienen a cometer fechorías son los fuereños —dijo Medina, agitando frente a mi cara uno de sus dedos, mirándome fijamente y llevándose la otra mano al cinturón, como si buscara una pistola.

—Voy a llamar a la policía —dije asombrado de que alguien que se dedicaba a vivir de los fuereños resultara ser tan xenofóbico.

—Hágame el favor; llámela para que ponga orden aquí.

—Mejor llame usted a la policía, señor Medina, para que se lleven a este bribón —dijo una señora mayor que se movía nerviosamente detrás de mí.

Bribón. No había oído ese insulto desde que veía viejas películas españolas de la era de Franco.

—¿Pero cómo voy a ser yo el bribón si me robaron mi maleta?

—Usted debe de haberla perdido, majadero —respondió la anciana.

El recepcionista volvió a insistir con la seña de la mano, como si fuera un vaso de alcohol.

—Es que el señor ya está medio “alegre”. La ha de haber dejado en la cantina —dijo.

—Sí, yo lo vi cómo estaba roncando allá bien borrachote —añadió un hombre que vestía un traje azul claro.

—Nada de borrachote. Estaba insolado.

Algunos se reían. Otro trató de hacerme a un lado empujándome para

acercarse al mostrador.

—Una cervecita de vez en cuando está bien, pero mire que quedar tirado a estas horas —le decía la mujer a un hombre que llevaba una guayabera blanca con vivos verdes.

El recepcionista seguía haciendo el gesto de “empinar el codo”.

—Voy a regresar. Esto no se va a quedar así. Es un abuso y usted lo sabe —dije.

Di la vuelta y salí.

Caminé hacia la Academia Cuauhtémoc. No se me ocurrió otra cosa. Sospechaba que la licenciada estaba detrás de este episodio, y aunque no podía imaginarla dando órdenes a los empleados del hotel para que me humillaran, pensaba que de alguna manera las cosas tenían que estar conectadas. ¿Cómo podía ser que los dos jornaleros supieran a dónde tenían que llevarme? Seguramente me seguían. Quizás incluso me habían narcotizado, esos huevos desabridos que había comido podían haber tenido algún somnífero o quién sabe qué clase de veneno. El mesero, Ramiro, la gente del hotel Medina, debían estar todos conspirando contra mí. Pero ¿por qué? ¿Por manosear a Itzel? Al pasar frente al hotel Alcázar me detuve. Entré al lobby. La recepcionista atractiva seguía en su puesto, atenta y sonriente. Supuse que yo me veía mal, o por lo menos peor que durante mi visita anterior, pues me recibió preguntando.

—¿Qué le pasó a usted?

—No me pregunte. He tenido un día espantoso. No sabría ni por dónde comenzar. ¿Tiene una habitación libre?

—Sí, ya le dije que tenemos varias disponibles.

Me sorprendió que un hotel con mucha mejor apariencia y más cercano al zócalo tuviera habitaciones libres, mientras que uno tan feo como el Medina estuviera lleno. Debía ser parte de la conspiración de Fritz-Romo, ¿o quizá simplemente era más caro?

Tomé una habitación sencilla. Usé mi tarjeta de crédito. No me quedaba más que esperar que la situación se arreglara al día siguiente con la licenciada, por lo menos lo suficiente para que me reembolsaran los gastos. Ya a esas alturas no me interesaba en lo más mínimo el auditorio ni la conferencia. De hecho la conferencia se había perdido con mi maleta; afortunadamente tenía mi pasaporte, mi boleto de regreso y mis recibos en el bolsillo del saco.

—¿No tiene equipaje? —preguntó la recepcionista.

Al decirle que no su expresión cambió, me lanzó una sonrisa cómplice, como intuyendo que alguien sólo viaja así cuando piensa cometer adulterio o entregarse a las aventuras sexuales más infames y perversas. No sé por qué interpreté una simple sonrisa de esa manera. Puedo suponer que fue un efecto más de la insolación. Pensé explicarle que me habían robado la maleta, pero estaba tan cansado que ni siquiera hice el esfuerzo.

—¿Cuántos días se queda con nosotros?

—Un par, supongo. Aunque, a decir verdad, ya no sé.

—¿Por qué? ¿No le gusta San Ismael? ¿O le preocupa el volcán? No lo culpo. Yo me iría si pudiera —dijo bajando la voz como si me dijera un secreto.

—A decir verdad, no sé si me gusta este lugar. No he podido ver nada, ni siquiera el volcán.

—Eso dicen todos los fuereños. ¿Viene usted con los geólogos de la universidad?

—No, vengo a la Academia Cuauhtémoc. Me van... o me iban a hacer un homenaje. Pero ya no sé qué va a pasar. Todo ha salido mal.

—¿Un homenaje, por qué?

—Eso mismo me pregunto yo. Soy escritor y, por lo visto, los maestros de esa institución decidieron ponerle mi nombre a su auditorio.

—Eso es un gran orgullo. Entonces usted ha de ser importante y famoso. ¿Habré leído algo suyo?

La joven miró mi registro y trató de leer en voz alta:

—¿Niafra Yamasaki?

La corregí.

—No creo haberlo leído nunca.

—No me extraña, nadie me conoce. Nadie me ha leído.

—Alguien lo debe de conocer si le van a hacer un homenaje. ¿Y su nombre qué quiere decir?

Como siempre que me hacían esa pregunta estúpida dije que no quería decir nada.

—¿Cómo se llama usted?

—Mariana.

—¿Y sabe qué quiere decir su nombre?

—Supongo que tendrá que ver con la Virgen María.

El hecho de que mi nombre siempre fuera motivo de inquisiciones y humoradas cuando era adolescente me había empujado a aprender el origen de muchos nombres comunes y no tan comunes. Era un recurso que usaba compulsivamente cada vez que trataba de conquistar mujeres.

—Bueno, María viene de Estrella del mar y Ana en hebreo significa gracia. Otros dicen que quiere decir bien amada o deseada, aunque hay quienes piensan que Mariana, en español, significa océano de amargura. En lo personal me gusta mucho esta última definición —no estaba seguro de nada de eso, pero hasta yo lo creía simplemente por el hecho de decirlo con suficiente convicción.

—¿Océano de amargura? No, no me gusta nada. No quiero ser eso. ¡Que horror! —reía—. Pero ya ves, los nombres quieren decir cosas. ¿Qué quiere decir el tuyo? —me dijo hablándome ya con confianza y familiaridad.

—Nada, ya te lo dije. Ojalá quisiera decir algo así como el tuyo.

—¿Es alemán o algo así?

—Algo así —dije mientras comenzaba a perder interés en la conversación y con ganas de irme a mi cuarto.

—¿Ya probó la comida típica de San Ismael? —dijo volviendo a usar el usted.

—No, nadie ha querido recomendarme un buen restaurante.

—Ah, pues yo le puedo decir cuáles son los mejores.

Sentí que su interés iba más allá de la simple generosidad hacia el turista, más allá del profesionalismo necesario para cumplir con su trabajo y por eso me atreví a invitarla a salir.

—¿No te gustaría acompañarme a cenar?

—No estaría bien, nos tienen prohibido salir con los huéspedes.

—Pero no se tiene que enterar nadie. ¿A qué hora sales?

—Dentro de media hora.

—¿Qué te parece si me das la dirección del restaurante, tú vas a cenar allí y casualmente yo llego más tarde?

—¿Pero qué le digo a mi marido?

—Que tenías hambre.

Sonrió. Se dio la vuelta, escribió en una tarjeta la dirección del restaurante

Alférez y me la dio. Mariana era una mujer bellísima. Su sonrisa fue la cosa más hermosa que había visto en los últimos días. Finalmente subí a mi cuarto. Ya era de noche. Me sentía cansado, un poco mareado y confuso tras un día como aquél, pero no podía desperdiciar la oportunidad de probar suerte con una mujer como aquélla. La habitación era grande y limpia, aunque un poco fría. Encendí la tele. Había telenovelas y noticieros. Me di un regaderazo y me volví a poner mi ropa sudada y sucia. Había olvidado ese detalle. Me sacudí y limpié con una toalla húmeda. Al verme en el espejo mi aspecto me deprimió. Había envejecido unos quince años en cuestión de veinticuatro horas. Me vi hecho una ruina. Estuve a punto de renunciar a la idea de la cena, pero no lo hice.

Salí del hotel. En la recepción estaba, en el lugar de Mariana, un joven con la cara llena de espinillas. El restaurante Alférez estaba muy cerca. No parecía nada muy especial, pero confié en el gusto de Mariana. Entré y la vi sentada sola en una mesa, al fondo. Había muy poca gente. Fingí sorpresa al verla, la saludé y dije en voz muy alta que era una casualidad encontrarla ahí. Le pregunté si podía sentarme con ella. Sonriendo con timidez me señaló la silla frente a la suya. Me senté. Ella miraba su plato y de reojo pude ver que los demás comensales nos miraban con atención. Había sido una pésima idea reunirme con ella en un lugar público si tenía intenciones de que esa noche sucediera algo más entre nosotros.

—Bueno, ¿y qué me recomienda para comer?

—A mí me gusta el queso hervido y la sopa de trompa, que es lo que pedí.

Tenía enfrente un plato con una pasta blanquecina que no se veía nada apetitosa.

—Okey, yo creo que voy a optar por unas quesadillas o una carne asada, algo simple.

Ni siquiera mostré curiosidad por saber de qué estaban hechas sus recomendaciones.

—En San Ismael no utilizamos aceite. Bueno, algunos fuereños lo hacen, pero no está bien visto. Es por la guerra, usted sabe, porque el canalla Miguel Hernández frió en aceite a los mártires Galeano y Trabuco. Como muestra de respeto y admiración por ellos, la comida local tiene casi puros platillos hervidos o a las brasas; nada frito, y le diré que estamos bien saludables por eso. Aunque todos sabemos que muchos de por acá, cuando se van a otro lado, lo primero que hacen es acabarse litros de aceite friendo lo que tengan enfrente —volvió a mostrar su bellísima sonrisa.

—Nunca había oído cosa semejante. ¿La comida local rinde homenaje a las víctimas de un crimen político?

—Bueno, no a cualquier víctima: a Trabuco y a Galeano —dijo con seriedad, convencida de la inmensa importancia de esos dos próceres.

Yo creía tener un conocimiento relativamente amplio de la Revolución mexicana y de las principales batallas del siglo xx en México. Y si bien no era ni remotamente experto en los detalles regionales del conflicto, se me hacía raro que nunca hubiera escuchado nombres tan singulares como los de esos presuntos mártires de San Ismael. Y seguramente recordaría a un par de héroes fritos en aceite. ¡Ni que la Revolución se hubiera peleado contra las hordas de Atila!

—¿De qué guerra estamos hablando? —pregunté.

Pero antes de que Mariana pudiera responder escuché una voz conocida.

—Maestro, buenas noches.

Era Itzel, que parecía haber brotado de los humores de caldo de trompa y tostadas de aguaje.

—Itzel —dije poniéndome de pie por la sorpresa.

Presenté a Mariana y pude sentir de inmediato una incómoda tensión por parte de las dos mujeres. Sus ojos no se cruzaron y sus manos apenas se tocaron en lo que pretendió ser un saludo.

—La señorita Mariana trabaja en el hotel donde me estoy quedando y, por casualidad, nos acabamos de encontrar en este restaurante. ¿Quiere acompañarnos? —sugerí, sin darme cuenta de que ésa era una pésima idea.

—Señora Mariana, no señorita.

—Ah, perdón —dije.

—¿Trabaja en el hotel Medina? Nunca la había visto —le dijo al sentarse.

—No, en el Alcázar —respondió Mariana con frialdad.

—Pero usted debía quedarse en el Medina —me dijo Itzel, alarmada.

—Pues traté, pero nunca me dieron una habitación en esa mugre de hotel y, para colmo, me robaron o perdieron mi equipaje. Y eso no es todo: me trataron como a un loco, me insultaron y me acusaron de estar borracho, cuando lo que tuve fue una insolación.

—Usted debió volver a la Academia. Nosotros no vamos a poder pagar la cuenta de ese hotel. Todavía estamos a tiempo de cambiarlo al Medina.

—¡Ah, no, Itzel! Yo ahí no vuelvo. No tiene idea de lo mal que me trataron.

—Además el señor ya tomó una habitación y no creo que le puedan reembolsar la noche —señaló Mariana, que trataba de comer rápidamente.

—Me imagino que en Nueva York es muy distinto. Pero nosotros no hacemos las cosas así —respondió Itzel, acomodándose en la silla.

—¿Es decir que no me van a reembolsar lo del hotel?

—No depende de mí.

En ese momento llegó el mesero, un anciano de atuendo muy formal: con un saco blanco y una corbata de moño. Su parecido con el mesero que me había atendido en el desayuno era asombroso. ¿Sería el mismo hombre? No me atreví a preguntar. Itzel también pidió el queso hervido. Dijo que allí lo hacían muy bien. Yo quise comer carne tártara, pero las dos mujeres me disuadieron.

—Eso es carne cruda —dijo Mariana con un gesto de repugnancia.

—Lo sé, por eso lo pido.

Por única vez las dos mujeres estaban de acuerdo en algo y ambas me rogaron que eligiera otra cosa. Hasta la gente de una mesa cercana me miraba con horror y parecían dispuestas a intervenir para impedir que pidiera semejante cosa. Pedí entonces el guindalejo de carnero, que me aseguraron era muy bueno ahí. Luego quedamos en silencio. Yo estaba demasiado cansado para tratar de animar la conversación, además de que el ambiente se estaba poniendo más y más tenso. Las mujeres no se miraban. Mariana seguía comiendo apresuradamente. Me sentía culpable de haberla puesto en una situación semejante.

—¿Alguien me puede explicar qué hay con el volcán? —pregunté, intentado, con muy poca fortuna, sonar entusiasta.

Mariana se llenó la boca con lo que quedaba en su plato y pidió entonces la cuenta.

—Yo me tengo que ir ya.

El mesero le trajo su cuenta. Pagó, se despidió con frialdad y salió del restaurante a toda prisa, dejándome con Itzel, que en ese momento me parecía la presencia más odiosa que pudiera imaginarse. Quería ir a dormir y olvidar todo lo ocurrido. Pero al levantar la vista encontré que Itzel estaba muy seria, con la mirada fija en mí.

—Maestro, tengo que decirle que usted me puso hoy en una situación muy difícil. Por eso lo andaba buscando. Me metí en un problema bien

grande. Si no fuera porque la licenciada está tan preocupada por la situación, yo creo que me corría.

El mesero nos sirvió la comida.

—¿Se refiere a que la licenciada me vio cuando trataba de consolarla?

No respondió.

—Pero si no hice... no hicimos... nada malo. Hasta sería mejor que sí hubiéramos hecho algo muy malo —dije, tratando inútilmente de aligerar el tono—. El comportamiento de la licenciada es ridículo. No solamente me ha tratado como a un apestado, sino que además ahora debo sentirme culpable, a pesar de haber sido tratado con negligencia.

—La licenciada vio lo que vio. Ella es muy buena persona, pero está pasando por un mal momento.

—¿Y eso qué? Usted sabe lo que estaba sucediendo. Nada, absolutamente nada.

—Bueno, no sé, usted se me acercó mucho y quién sabe qué hubiera sucedido si no entra ella en ese momento.

—No hubiera pasado nada. ¿Qué cree que soy yo?

—Y ahora lo veo con esta muchacha. Usted anda como conejo silvestre.

—¿Cómo? —pregunté riendo, pero la realidad es que no me daba mucha risa su comentario.

Itzel miraba su plato. Yo traté de comer, pero había perdido el apetito. El guisado olía muy extraño, a fermentación y jabón de violeta. Estuvimos en medio de un silencio insoportable por un rato. Hasta que no pude más.

—¿Sabe lo que quiere decir su nombre, Itzel?

—Sí, diosa de la luna o mujer del arcoíris.

Volvimos a quedar en silencio.

—¿Por qué está la licenciada tan preocupada por la situación? —intenté conversar nuevamente.

—Nada va a ser igual después del volcán.

—¿Y eso va a ser una gran pérdida? A lo mejor hay cambios para bien —dije pensando que ni la lava podría lavar la mala leche de San Ismael.

No hablamos más durante el resto de la cena. Yo quería salir de allí cuanto antes. Apenas probé mi paltillo, y en cuanto vi que Itzel estaba cerca de acabar su comida pedí la cuenta. Ya no había otros comensales en el restaurante. El mesero dormitaba con la cabeza apoyada sobre una mesa. Cuando por fin me oyó se puso de pie y acudió a mi mesa. No aceptaban tarjetas de crédito. Apenas me alcanzaba el efectivo para pagar. Itzel ni siquiera intentó pagar su parte. El mesero recogió el dinero, lo contó ahí mismo y se lo puso en el bolsillo.

—Disculpe, ¿usted me atendió a la hora de la comida en otro restaurante que está como a dos calles de aquí? —le pregunté al mesero, sucumbiendo a la curiosidad.

—¿En cuál?

—Uno que está como a dos puertas del hotel Medina.

—¿Hacia el este o el oeste?

—No sé, no estoy seguro.

—¿En qué calle?

—Se llama el Sultán; eso, Sultán —dije orgulloso de poder recordarlo.

—No.

—¿Pero trabaja usted en algún otro restaurante?

—No, por supuesto que no. Trabajo sólo en este restaurante.

Me miró con tristeza y se alejó.

Salimos a la calle. Me despedí.

—Lamento mucho haberle causado problemas. No era mi intención — dije.

—Claro que no. Lo entiendo.

—Bueno, me imagino que la veré mañana en la Academia. Aunque siento que no seré muy bien recibido —Itzel no respondió ni se movió—. Estoy

liquidado. Ha sido un día terrible —dije.

—Todavía podemos hacer que termine bien.

—¿Cómo, perdón?

—Lo acompaño a su hotel.

—¿Pero no tiene miedo de lo que pueda pasar si alguien se entera?

—No, ya no.

—Pero nos pueden ver.

—¿Qué más da? Con lo del volcán ya nada tiene importancia.

No entendí lo que quiso decir, pero tampoco me parecía muy relevante lo que dijera. No tenía ganas de pasar la noche con Itzel, pero en mi vida había tenido muy pocos ofrecimientos semejantes y nunca había sido capaz de rechazar ninguno. La idea de acostarme con esa mujer me provocó un extraño vértigo que no podía determinar si era excitación, incomodidad o agotamiento extremo. Sin decir más comenzamos a caminar hacia el Alcázar. El joven de las espinillas dormía tras el mostrador. Lo hubiera dejado en paz, pero necesitaba mi llave. Pregunté a Itzel si le preocupaba que el muchacho la viera. Negó con la cabeza. Lo desperté para que me diera mi llave. Miró a Itzel fijamente hasta que desaparecimos en el elevador.

—¿Con quién vives? ¿No tendrás problemas por llegar tarde? —pregunté.

—Vivo con mi marido. No pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada? No quiero terminar linchado.

—No pasa nada.

No pregunté más. Entramos a la habitación. Ella la recorrió, estudiando o calificando los muebles, la televisión, el minibar, el baño, y se sentó en la cama.

—El Medina es más bonito y está mejor decorado— dijo.

En ese momento decidí que si algo pasaba tenía que suceder en ese mismo instante, porque si esperaba no podría siquiera desvestirme. Me acerqué a Itzel y comencé a besarla en la boca. Le acaricié la espalda y le desabotoné la blusa. Se puso de pie interrumpiéndome y desapareció en el baño. Me tiré en la cama. Me sentía sucio, cansado y adolorido. Esperaba que la excitación sexual me diera un empujón de energía. Trataba de convencerme de que tenía deseo sexual por esa mujer. Y hasta la fecha no estoy seguro de lo que sentía. Lo único que quería era que eso pasara

rápidamente. Itzel volvió del baño vistiendo sólo pantis y brassier. Al verla caminar con la cabeza baja y el pelo cubriéndole la cara, me causó una sensación de desamparo. Como si se entregara para ser sacrificada. Se acostó en la cama, boca arriba, y se cubrió con la sábana mirando el techo. No apagamos la luz. Nos besamos. Sus labios tenían un sabor dulzón, literalmente almibarado, como si usara un lápiz labial de niña pequeña. Le acaricié la espalda y los senos, le quité el brassier, pero se resistió cuando traté de quitarle las bragas. No tenía mucho ánimo de seguir prolongando el juego sexual, pero acepté la restricción, pensando que era normal. Por supuesto ella no quería ir tan rápido. Además de que era la primera vez que estaba conmigo, no dejaba de tener en cuenta que era una muchacha casada y provinciana. Después de unos minutos de besarla y acariciarla volví a tratar y volvió a responder de la misma manera, rechazando mi mano, sujetándome, cerrando las piernas y cubriéndose el sexo con los dedos. Seguimos en ese preámbulo tortuoso durante lo que parecieron horas. Yo seguía intentado terminar de desvestirla, pero obtenía la misma reacción. Le pregunté:

—Si estás incómoda o prefieres no hacerlo podemos parar ahora mismo.

Negó enfáticamente con la cabeza.

—¿No quieres seguir? ¿O no, no quieres no seguir?

Se quedó en silencio, pero no se movió de la cama. Yo me dejé caer a su lado. Estuvimos inmóviles durante unos minutos y luego ella comenzó a acariciarme el pecho.

Volví a besarla, disciplinado, responsable, agotado. Pero cuando trataba de quitarle las pantis las sujetaba con fuerza. Eso se repitió varias veces más hasta que no pude soportarlo. Me puse de rodillas frente a ella, sujeté sus pantaletas con las dos manos y con firmeza se las saqué. Ella seguía cubriéndose con la mano. La besé y la sujeté para obligarla a descubrirse.

Al ver lo que tapaba no reaccioné de inmediato, aunque mi cerebro mandaba desesperadas señales de alarma que no eran recibidas por ningún centro nervioso. Veía, pero la imagen no se traducía en información capaz de ser procesada. O más bien mis neuronas trataban de establecer sin éxito las conexiones apropiadas para racionalizar lo que estaba viendo entre las piernas de Itzel.

La mujer tenía muy poco vello púbico, no sé si por que se rasuraba o simplemente porque era lampiña. Y esa ausencia hacía resaltar aún más la extraña forma que tenían sus labias. El sexo de Itzel parecía una oreja; mejor

dicho, era una oreja. No pude ocultar mi sorpresa, mi rechazo, mi desencanto.

—¿Y qué hago yo con esto? —dije, incapaz de moderar mis palabras.

Itzel se dio la vuelta en la cama, poniéndose boca abajo, y se cubrió con sábanas y cobijas. Lloraba. ¿Pero qué esperaba?, me dije. Lo único que atiné a decir fue:

—Perdón, perdón.

Pero luego nos quedamos callados. Dudé de lo que había visto. Pensé que el cansancio, la insolación o la comida me habían hecho daño y estaba viendo visiones. Tenía que volver a ver esa entrepierna. Sin pedirle permiso le retiré las sábanas y la forcé a darse la vuelta. Ahí estaba la oreja, con su curva característica: hélix, concha (que en este caso era auditiva), fosa triangular y un muy bien definido lóbulo.

—¿Que te pasó? —fue lo único que pude preguntar.

Ella volvió a taparse y se echó a llorar. Quise decirle que no era para tanto, que aquello no me molestaba, que podíamos hacer otras cosas. Pero sí me molestaba, sí era para tanto y no creo que hubiéramos podido hacer otras cosas, de manera que volví a quedar en silencio. Apagué la luz. Yo olía mal a pesar del baño que me había dado horas antes. El silencio era profundo, tan sólo interrumpido por los suaves sollozos de Itzel. No pude más. Me quedé dormido.

SEXTA PARTE

UN MUNDO MUERTO

Al abrí los ojos por la mañana, Itzel ya no estaba. No la oí salir. Sentí alivio. No hubiera podido levantarme con ella en la cama. Hubiera sido una situación intolerable. Aún era muy temprano, todo seguía en silencio. Traté de volver a dormir. No tenía prisa ni nada que hacer hasta la noche. Pero estaba angustiado. Pensaba en Itzel llorando en la cama y trataba de convencerme de que había soñado lo que creí haber visto entre sus piernas. Pero no había sido un sueño, o por lo menos nunca había soñado algo así.

No tenía caso seguir en la cama. Aunque apenas eran las siete de la mañana, no podía volver a conciliar el sueño. Las cortinas estaban corridas, pero había demasiada luz en el cuarto. Me puse de pie y caminé hasta la ventana y al mirar hacia afuera me quedé estupefacto: la calle desierta estaba cubierta de nieve. Sin embargo, no hacía frío. El espectáculo era fabuloso, completamente imposible. Me vestí a toda prisa y bajé a la calle. Me preguntaba si a esa hora Mariana estaría de turno. Tenía que enmendar mi error de la noche anterior, por haber invitado a Itzel a sentarse con nosotros. Pensé quedarme uno o dos días más para tratar de seducirla. Recordé entonces que había dicho que estaba casada. ¿Valía la pena arriesgarme a ser asesinado por un marido celoso a cambio de besar esos labios y acariciar esos senos? Muy probablemente sí valía la pena, me dije. Sobre todo porque necesitaba contrarrestar lo que había visto la noche anterior con algo bello y normal.

No había nadie en la recepción ni en el lobby. Aunque por la ventana no había visto a nadie, imaginé que todo el mundo estaría afuera, jugando con la nieve. La idea era absurda, pero después de lo sucedido el día anterior pensé que todo era posible. Casi corrí para salir a la calle, pero al atravesar la puerta descubrí que lo que cubría el piso no era nieve, sino un extraño polvo blanco, casi gris. Lo toqué y mis manos quedaron manchadas. Tardé unos segundos en entender de qué se trataba: eran cenizas, cenizas del volcán, de ese volcán invisible en el que había dejado de creer. Los pies se me hundían en la capa de unos diez o quince centímetros que cubría todo. Los comercios estaban

cerrados. Muchos de ellos tenían los aparadores tapiados con tablonces de madera. Ni siquiera los Súper Siete estaban abiertos. Nada se movía. Era un auténtico pueblo fantasma. Sin pensar, me dirigí a la Academia Cuauhtémoc. La ciudad me pertenecía. ¿Se habrían ido todos? ¿Cómo pudieron evacuar tan rápido y sin que yo me enterara? Había dormido tan profundamente que no había oído el desalojo. ¿Estarían escondidos? A medida que caminaba comencé a preocuparme por la calidad del aire que respiraba, pues tenía un extraño olor picante y acre que poco a poco me quemaba las fosas nasales. Supe que no debía estar ahí, que este repentino paisaje lunar debía de ser corrosivo y tóxico.

La plaza estaba vacía. Corrí unos cuantos metros y me quedé sin aire. Llamé a la puerta de la Academia. No tuve respuesta. Volví a intentarlo una y otra vez. Desesperado y sintiéndome el último sobreviviente de un cataclismo, de una guerra atómica, de una invasión extraterrestre, de un apocalipsis zombi, grité, pedí auxilio y le pegué a la puerta con todas mis fuerzas. Seguí aullando hasta que quedé exhausto. Al callarme, volvía el profundo silencio. No había pájaros en el aire ni ladridos de perros ni ruido de viento en las hojas de los árboles. ¿Dónde estaría la manada de perros del día anterior? Un mundo muerto.

Caminé alrededor de la Academia. Ya no trataba de encontrar a la licenciada ni a Ramiro ni temía ver a Itzel. Necesitaba protegerme en algún lugar de esa ceniza que se metía en todas partes y que manchaba todo lo que tocaba de blanco, gris y negro. Encontré entonces una ventana, la ventana de un aula. Recogí una piedra de entre las cenizas y la lancé contra el vidrio. Me metí por esa ventana rota a la Academia. Me dejé caer en el piso hasta que me recuperé. Busqué las oficinas de la dirección. Necesitaba un teléfono. Forcé la puerta. No había corriente eléctrica. Los teléfonos no tenían línea; también estaban muertos. Era una especie de castigo bíblico contra un pueblo que había pecado de necio, intolerante, taimado y mal educado. Castigo justo para gente que come queso hervido, tostadas de aguaje y sopa de trompa.

Me senté en la silla de la licenciada Fritz-Romo a pensar qué podía hacer, cómo salir de ahí. Lo más obvio era tomar un coche y manejar a alguna otra población. Aunque seguía desconcertado al no saber dónde se hallaba el volcán. Tenía sed. Busqué la cafetería o la lonchería o la cocina, si es que las había. De pronto, al final de un pasillo, me topé con el auditorio Niarf Yahammadi. Mi nombre estaba escrito en letras doradas. Habían puesto una *m* de más a mi apellido, error sin importancia comparado con tantos otros que

había padecido en mi vida. Entré. Había unas cien butacas nuevas, un estrado con pesadas cortinas de terciopelo rojo; las paredes estaban cubiertas con madera oscura. Era mucho más de lo que hubiera esperado de esa ciudad, de esa academia y de mí mismo. Horas y horas de teclear miles de páginas, leer cientos de libros y dar incontables pláticas, conferencias y cursos culminaban en esto: un foro escolar pretencioso, solemne y disonante con su entorno. Nada más apropiado. Mi propio mausoleo en el fin del mundo. Un foro vacío en una necrópolis de cenizas. Nada podía ser más irónico que un monumento en una ciudad de polvo, sin memorias, ni recuerdos. Justamente lo opuesto a una urbe de piedra y metal.

Recorrí mi auditorio de arriba abajo, subí al escenario, pasé al camerino, me senté en varias butacas y toqué unas notas en el piano. Tenía sed todavía. Debía buscar la cocina, un baño, los bebederos, lo que fuera. Había un baño muy cerca. Abrí una llave de agua, salió un poco de líquido que pronto se volvió turbio, luego se puso color café y dejó de fluir. Lo mismo sucedió en las demás llaves. Corrí de baño en baño para comprobar que en todos sucedía lo mismo. Al abrir una llave de agua me di cuenta de que la había dejado manchada de sangre. Mis manos estaban cubiertas de pequeñas cortadas que sangraban entre las cenizas. El fino polvo que parecía suave talco contenía en realidad pequeñísimos cristales que se clavaban y desgarraban la piel. Me imaginé lo que estaría sucediendo en mis pulmones. Podía atrincherarme en la Academia hasta que alguien llegara a rescatarme, pero sin agua ni comida no duraría vivo mucho tiempo. Después de recorrer el edificio entero, resolví no permanecer allí. Tendría más suerte si buscaba ayuda en la calle.

Sin perder más tiempo, salí de la Academia de la misma manera que había entrado. Corrí hacia la plaza. Intenté abrir puertas, pidiendo ayuda a gritos. Había coches en la calle, pero no sabía dónde comenzar a buscar las llaves para abrirlos y encenderlos. En docenas de películas había visto lo fácil que era arrancar un coche conectando un par de cables, pero no tenía idea de cómo hacerlo; ni siquiera podía abrir un auto sin romperle un vidrio. Me asustaba la simple idea de huir a pie de la ciudad, después de mi catastrófico paseo del día anterior. Caminé por el centro de San Ismael, desorientado, buscando a alguien o esperando que sucediera algo. Y de pronto algo sucedió: el silencio fue roto por el ruido de las aspas de un helicóptero militar. Grité y me puse a saltar para llamar su atención. El helicóptero aterrizó en el centro de la plaza para recogerme, levantando una espesa nube de cenizas. El copiloto me ayudó a subir a toda prisa y el helicóptero volvió a

elevarse. Al subir noté que mis zapatos tenían las costuras deshechas y cortadas. Comenzaban a caerse a pedazos.

—¿Qué carajos hacía ahí? —gritó el piloto.

No supe qué responder.

—¿Por qué no se fue durante la evacuación? —preguntó el copiloto.

—Nunca me enteré. Estaba hospedado en un hotel y nadie se tomó la molestia de avisarme.

—¿No sabe que esto es veneno puro? —dijo señalando las manchas de cenizas que tenía en la ropa.

—Me imagino.

—Tuvo mucha suerte; ésta era la última vuelta que dábamos. Y bajar en esas condiciones es muy riesgoso.

—¿Dónde está el volcán? —pregunté a gritos.

Los dos militares se miraron con sorpresa. Me regresaron un gesto de condescendencia. Pero no respondieron.

Estaba tan agradecido que no pensé discutir o defenderme. Me importaba muy poco que pensarán que era un idiota. Me habían salvado. Me dieron una botella de agua y en menos de media hora aterrizamos en lo que parecía un campamento de refugiados. Había tiendas de campaña, tráileres convertidos en improvisados consultorios médicos y oficinas, soldados y civiles atareados con expresiones severas de preocupación. Me indicaron que debía presentarme a una evaluación médica. Me dieron otra botella de agua y un sándwich. Había una larga cola de gente esperando su turno para ser vista por los médicos. Tomé mi lugar y le pregunté a las personas que estaban frente a mí si venían de San Ismael. Todos venían de otras ciudades y pueblos. Una mujer me dijo que no había tal localidad.

—¿Cómo que San Ismael? Eso no existe. ¿No ve que Ismael es el padre de los musulmanes? Ese santo no es de nuestra devoción.

—¿De qué habla, señora?

—Ismael era el hijo de Abraham y la esclava Agar. Sara, la legítima mujer del patriarca, los echó al desierto, a la madre y a su hijo, a Ismael. Si se hubieran muerto de inanición ahora el mundo sería otra cosa.

Yo no estaba de humor para discusiones bíblicas. Afortunadamente en ese momento tocó mi turno, así que entré al consultorio. Una doctora muy joven y bajita de estatura me revisó, escuchó mis palpitaciones, me tomó la presión

—que resultó estar muy alta—, el pulso y una muestra de sangre. Vio mis heridas y me dijo que había estado expuesto a aerosoles peligrosos. Me recetó un antibiótico y un analgésico y me dijo que me podía ir.

—Disculpe, doctora, antes de irme tengo que preguntarle: ¿sabe usted a dónde enviaron a los habitantes de San Ismael?

—No, francamente no sé cómo están distribuyendo a las personas desplazadas. Pero no recuerdo haber atendido a nadie más de esa localidad; usted es el primero, creo.

—¿Tiene usted idea de cómo puedo averiguar su paradero? Quisiera buscar a un par de personas.

—Solamente con el comandante de la zona. Supongo que es la persona más indicada para darle esa información.

Localizar y hablar con ese comandante no era una tarea fácil. Estábamos en plena emergencia y mi curiosidad parecía un poco absurda en ese momento en que la vida de muchas personas corría peligro, como me explicó uno de los asistentes del comandante.

—Tan sólo quisiera saber a dónde están enviando a la gente de San Ismael.

—Entienda: por ahora, esos datos son información confidencial —me respondió el asistente, a quien el uniforme le quedaba demasiado holgado.

—¿Qué puede tener de confidencial ese dato? Lo mío es muy sencillo, estoy buscando a unas personas porque... —hice una pausa, no quería sonar vulgar en esos momentos de tragedia, pero no tuve alternativa—, porque me deben dinero y si no me pagan me temo que no podré regresar a mi casa.

—Tenemos este enorme desastre frente a nosotros y a usted lo que le preocupa es su dinero. ¿No es de por aquí, verdad? Porque para nosotros la vida todavía es más valiosa que el sucio dinero.

—No es eso. Entiéndame, es que estoy en una situación muy complicada.

—Sí, lo entiendo. Y todas estas personas que perdieron familiares, su casa, su salud, su ganado, sus cultivos y sus pertenencias seguramente están en una situación mucho menos complicada que la suya. El general Daniel Vargas no puede atenderlo ni podrá atenderlo en los próximos días.

—¿Cómo se llama el general?

—Vargas, Daniel Vargas, el encargado de esta zona militar.

—¿De casualidad esta zona incluye a Palenque?

—Sí, esa cabecera del estado de Chiapas está a su cargo.

—No lo puedo creer, es una coincidencia rarísima. En mi novela...

—Perdóneme, pero ahora no tengo tiempo de hablar de novelas —dijo sin tratar de mitigar su exasperación—. Estamos resolviendo una crisis humanitaria y el presidente está por llegar. Con permiso.

—¿Pero entonces qué puedo hacer?

—Vaya con la coordinadora de relaciones públicas del Plan DN-III de auxilio civil en caso de desastres. Se llama Lupita Fritz algo.

Traté de detenerlo, pero se alejó. Entró a una de las oficinas móviles cerrando la puerta de golpe tras de sí. Como un demente me puse a buscar a la licenciada Fritz-Romo, sin saber qué haría al encontrarla, pero con la certeza de que la catástrofe la haría olvidar la imagen negativa que tenía de mí. Un soldado me orientó hacia las oficinas de los civiles y de ahí no fue difícil encontrar el departamento de relaciones públicas. Entré y ahí estaba la licenciada, discutiendo con otras personas alrededor de una mesa. Estuve a punto de interrumpirlos, pero preferí esperar. Cuando finalmente terminaron me acerqué a ella. Al verme se quitó los lentes y dijo:

—Ah, usted —con un tono que no reflejaba ningún alivio por verme vivo ni por saber que estaba a salvo.

—Licenciada, me da tanto gusto ver que está bien.

Pensé decirle que había visto el auditorio con mi nombre y que estaba muy orgulloso. Pero tendría que confesar que había entrado rompiendo una ventana y quizá podría aprovechar eso para acusarme de saqueador o de algo peor.

—Sí, gracias, pero estoy muy ocupada ahora, como se imaginará.

—Claro, lo entiendo. Es una tragedia lo que sucedió. Tan sólo quería saludarla y preguntar cómo estaba —no quería mencionar a Itzel, pero me pareció absurdo no hacerlo—, su familia, el personal de la Academia, la señorita Itzel, o más bien la señora Miranda.

—Sí, me imagino que está usted muy preocupado —miró alrededor para asegurarse de que nadie nos escuchaba y se me acercó mucho más de lo que me pareció adecuado—. Escúcheme bien, deje en paz a esa muchacha. ¿No entiende que es una mujer casada, que es joven y fácilmente impresionable? Usted llegó aquí con su prestigio, su fama, su arrogancia y creyó que podía hacer lo que se le diera la gana, pero no es así. Debería darle vergüenza

comportarse de esa manera. Ya me habían prevenido acerca de usted, de sus excentricidades y su inmoralidad.

—No es así; nada de arrogancia ni fama. Fue un malentendido. Itzel estaba muy alterada y comenzó a llorar. Yo sólo traté de consolarla.

—Claro, consolarla. Ya conozco a los hombres como usted que se aprovechan de la vulnerabilidad de las chicas.

—Le aseguro que no fue así. Yo siempre me comporté con respeto.

—Por eso se la llevó a su hotel, ¿verdad?, para respetarla. Y luego quiso esconder sus cochinas metiéndose precisamente en el hotel al que le dije que no fuera. Usted le ha destruido la vida a esa joven. Con este desastre y además ahora ella tiene que resolver el problemón con su marido.

—Señora, permítame decirle que está usted equivocada.

—Seguramente también estoy equivocada en considerar inmoral a un hombre que quiso comprar un niño en China, como si fuera una cosa.

—Eso no tiene nada que ver con esto. Quisimos adoptar un bebé... Olvídelo, no tiene caso explicarle.

—Eso quisiera, olvidar todo este episodio vergonzoso.

—Bueno, pero antes de que lo olvide, le voy a pedir que me pague lo que me prometió.

—Claro, viniendo de un tipo como usted no me sorprende. ¿No ve usted la clase de destrucción que nos rodea? Es usted realmente un monstruo de egoísmo. Se le pagará en su momento, señor. Despreocúpese, y ahora haga el favor de salir de esta oficina.

—Si no me paga no puedo ir a ningún lado.

La licenciada Fritz-Romo tomó el *walkie talkie* que estaba sobre la mesa y llamó a alguien. En un par de minutos se presentó un militar.

—Sargento, por favor ponga a este señor en el primer transporte a la Ciudad de México.

—Licenciada, hay una lista de espera muy larga. El señor va a tener que esperar, quizás unos tres o cuatro días.

—No, sargento, ésta es una prioridad. Necesito que este señor se vaya ahora mismo.

—Correcto, licenciada. Yo me encargo —el soldado se volvió hacia mí y me dijo—: Sígame.

—Licenciada, eso no resuelve mi situación. No tengo dinero ni para tomar un autobús al aeropuerto.

—No se preocupe, eso lo podemos resolver.

Quise decir algo más, pero, como me suele suceder, no pude defenderme, porque las palabras se enredaron con mis emociones y quedé mudo. Por lo menos debí haberla insultado, pero el militar a mi lado me intimidaba. El soldado no estaba ahí para ser paciente, así que me sujetó del brazo y me condujo a la puerta.

Hacía un calor insoportable y mi cabeza estaba a punto de explotar. Temí volver a desmayarme de insolación. El militar me montó en un *jeep* en el que esperaba un par de personas. Nos llevaron a una pista de aterrizaje donde reposaba un avión militar de carga. Estuvimos bajo el sol implacable durante varias horas, hasta que nos ordenaron subir y sentarnos en rudimentarias bancas, a las que nos sujetamos con cinturones. Más tarde llegaron autobuses repletos de gente a la que también hicieron subir. Aparentemente eran ejecutivos de carnicerías y rastros que habían estado en una convención de ganaderos. Quise preguntar si venían de San Ismael, pero una vez que encendieron los motores de hélice de la nave no fue posible tener una conversación. El avión despegó cuando comenzaba a oscurecer. Estaba muy cansado, así que me quedé dormido en una posición extremadamente incómoda.

Aterrizamos en el aeropuerto de la Ciudad de México. Nos recibieron otros soldados, que nos llevaron a un hangar donde nos hicieron preguntas y luego nos dejaron ir. Yo caminé, descalzo, hacia la terminal de pasajeros del aeropuerto, que estaba a varios kilómetros. Pensé que podría comprarme unos zapatos en alguna de las tiendas de ahí. Pero antes de hacer eso fui al mostrador de Aeroméxico, donde expliqué mi dilema. El agente no parecía muy sorprendido por mi apariencia ni por mi urgencia de salir del país. Me dijo que había lugar en el vuelo que salía a Monterrey a las 22:00 y que de ahí podía volar a Nueva York.

—Es una escala de ocho horas en Monterrey.

—No me importa. Deme un boleto.

No estaba nada barato, pero no me importó. Mientras no rechazaran mi tarjeta de crédito no me preocupaba en ese momento gastar más dinero que no tenía. No quería perder más tiempo. Debía volver a casa o bien a ese departamento vacío que consideraba mi casa. Preferí irme cubierto de cenizas y en calcetines que pagar una noche de hotel o presentarme ante mis amigos, quienes no dejarían de pedir explicaciones sobre lo que me había sucedido en San Ismael. El anonimato y la soledad del avión era lo que más deseaba. Nada más apetecible que la seguridad de estar solo en medio de desconocidos durante varias horas, en este caso quince. Subir al avión, comer el pollo que ofrecía Aeroméxico, dormir en un asiento y beber una cerveza me parecía que valía mucho más de lo que había pagado y dejó de preocuparme mi ropa sucia y mis pies descalzos. Lo que no podía tolerar era no tener algo que leer, así que pasé rápidamente a la librería. Nada se me antojaba hasta que vi *Campanas de buque abandonado*, la última novela de Alfredo Manussi, un joven escritor uruguayo que me interesaba. La compré sin siquiera ver el precio. ¿Qué más daba ya?

Fui a la puerta que me correspondía, la 34, tal como me encontraba. Todo mundo me miraba, pero pasé seguridad sin problemas. En la sala de salida un

representante de la aerolínea me preguntó si me sentía bien. Estaba nervioso, sudaba. No se atrevía a preguntarme qué me había pasado por temor a que lo acusara de discriminación o de tener prejuicios. Yo le respondí que estaba muy bien, gracias.

—¿Y usted? —pregunté yo.

Me dijo que todo estaba bien y regresó a su mostrador. Vi que hablaba con supuesta discreción con sus colegas y me señalaba. Trataban de decidir qué hacer sin crear un escándalo. El tiempo pasaba y finalmente llamaron a abordar. Cuando tocó mi turno le entregué mi pase a la empleada. Me miró con desconcierto pero me dejó pasar.

Hubo un tiempo en que viajar en avión era sinónimo de lujo, riqueza, bien vivir y sofisticación. Hoy viajar en la sección turista es una experiencia lastimera y degradante. Hasta un tipo en garras como yo podía hacerlo sin provocar demasiado alboroto. No obstante, la mujer que viajaba a mi lado pidió que la cambiaran de lugar; afortunadamente había bastantes lugares disponibles. De esa manera me quedaron tres asientos para mí. No la culpo: no sólo estaba sucio y descalzo, sino que también olía mal, y mi actitud era muy poco amigable. Pensé tranquilizar a las aeromozas explicando por qué estaba en ese estado, pero, ¿para qué? Eso no iba a hacerme oler mejor ni verme más presentable. De cualquier modo mi apariencia era congruente con mi estado de ánimo y mi condición financiera. Estaba cansado, adolorido, y aún me sentía muy confundido. Pensé que dormiría durante todo el viaje. Comencé a leer mi libro imaginando que no pasaría de la página diez. Al llegar a la página 110 pensé que no podía más. La prosa de Manussi es densa, lenta, agria y severa. Es un autor que no le teme al ridículo de la petulancia; todo lo contrario: desafía con soberbia al lector al hacerlo sentirse tonto, ignorante y despistado, tres males fulminantes e incurables. A unos cuantos lugares del mío, una mujer bien vestida leía una novela de Danielle Steel, regurgitación de lugares comunes de la literatura rosa en forma de pulpa predigerida. Al darse cuenta de que la espiaba, me dirigió una mirada de desprecio, imagino que por mi apariencia. Yo, en cambio, la despreciaba a ella por su gusto chato y su pésima lectura. Ni siquiera miró mi libro, y aunque lo hubiera hecho, ni el título ni el autor significarían nada para ella. Los prestigios literarios seguramente le eran insignificantes; mi tabique empastado no me servía en ese momento ni siquiera para atribuirme cierto crédito intelectual o licencia cultural para contrarrestar o explicar mi aspecto como una extravagancia.

Había llegado al punto en que Manussi no me decía nada. La mujer parecía gozar con su libro; mientras yo sufría con el mío, con sus interminables pasajes de imágenes amargas y desoladas, con su horrenda indigestión de aforismos y su petulante sintaxis decimonónica. Cualquier escritor honesto tenía que preguntarse: ¿estoy más cerca de Manussi o de Steel? Mientras leía las dolorosas páginas del uruguayo me repetía como un mantra: me cago en Manussi y en Steel por igual. Y al pensar en defecar simbólicamente, recordé a aquel ya legendario pasajero de los aires quien, en un estado de grave intoxicación ética, tuvo un arranque de frustración porque las azafatas se negaban a servirle más bebidas y decidió cagarse, y no simbólicamente, en el carrito de servicio de bebidas. Esto sucedió en la sección de primera clase en un vuelo de Buenos Aires a Nueva York. Nunca vi foto alguna de lo sucedido, aunque no dudo de que alguien lo haya fotografiado o videograbado, por lo que no sé si se encaramó al carrito o si simplemente se medio sentó en él manteniendo los pies en el piso del avión. Esas cuestiones me interesaban, no porque pensara imitarlo, sino porque eran un desafío a la imaginación.

¿Qué hacer en semejante situación, cómo reaccionar? Traté de visualizar el caos, el angustioso crescendo al ver al pasajero de al lado bajarse los pantalones y los calzones, acomodarse en posición y comenzar a obrar. La cosa debió durar algunos minutos, aun en el mejor de los casos. No creo que haya sido algo instantáneo. Por lo tanto tuvo que ser una forma de tortura lenta, un suplicio elaborado y cruel para quienes lo veían proceder y no sabían cómo intervenir ni tenían a dónde huir.

Dejé mi libro. Llamé a una de las azafatas. Tras ignorarme por un tiempo, finalmente una aeromoza rubia, seria y mayor de edad se acercó a ver qué quería el andrajoso pasajero del 17A.

—¿Me podría regalar un poco de papel y prestarme una pluma?

Me miró con fastidio. Vio su reloj y seguramente confirmó que todavía quedaban varias horas de vuelo. Se alejó sin responder. Esperé un rato. Recordé que el defecador era o había sido presidente de un banco de inversiones y se llamaba Finnman o Finnishman o Flintman. Gerard Finnman. Así que grité:

—¡Si no quieren que les haga un Finnman aquí mismo, tráiganme una maldita pluma y una pila de papeles!

La lectora de Steel me miró con redoblado desprecio. Un instante después

apareció la aeromoza con una pluma y varias hojas de papel tamaño carta. No creo que haya entendido lo que dije, pero me miró con su habitual mueca de disgusto.

Le di las gracias efusivamente y me puse a escribir, dejando fluir palabras con las que trataba de capturar lo que sentía, sin intentar tener sentido, apuntando sólo algunas claves que luego pudiera descifrar para darle significado a la escritura automática. Escribí insultos a Danielle Steel y a Manussi. Se me ocurrió establecer un contrapunto entre ellos, hacer el boceto de un estudio comparado que concluyera demostrando que los extremos se tocan y que tan desechable era la obra de una como la del otro. Steel en esencia era el producto de desecho de la digestión cultural de una sociedad occidental coprófaga y Manussi era la perversión del fetichista que devora heces en una elaborada y deslumbrante ceremonia.

Lo único que tenía claro era que no quería ni podía escribir acerca de lo que me había sucedido en San Ismael, ni sobre el volcán, ni mi invitación, ni las extrañas costumbres de los locales. Sin embargo, no podía hacer otra cosa más que escribir sobre Fritz-Romo, Itzel y las extrañas conspiraciones de las que creía haber sido víctima. En principio, no me interesaba hacer un recuento melodramático de mis peripecias, desilusiones y sorpresas, y llamarlo, no sé, *Cenizas* o algún otro título pomposo. Sentía que era una pérdida de tiempo. Pero mientras garabateaba ideas sueltas sobre literatura desechable mi mente volvía a San Ismael. Comencé por describir aquella extraña invitación que había aparecido de la nada. Más que narrar una historia, sentía que las piezas de un relato desarticulado iban cayendo en su lugar, como si armara un rompecabezas. Aterrizamos en Monterrey. Me instalé en una mesa y trabajé buena parte de la noche, escribiendo a mano frenéticamente lo que recordaba de esos últimos días. Trataba de encontrar sentido al caos en el que me había encontrado de manera azarosa. Abordé mi siguiente vuelo y seguí escribiendo hasta llegar al aeropuerto John F. Kennedy. Mi tarjeta de crédito me volvió a salvar. A mi regreso retomé algunos trabajos de traducción que tenía pendientes, pero no perdía oportunidad de escribir sobre San Ismael. Eventualmente, unos tres meses más tarde, tenía construido algo parecido a una novela, esta vez en inglés, que llamé *Ashes*, y luego añadí: *Ashes and Things*.

No tenía idea de qué hacer, así que llamé a la única referencia que tenía: Stone. Le dejé un recado. Para mi sorpresa, me respondió en una hora. Le comenté lo que había escrito. Inicialmente no pareció muy entusiasmado ni me pidió leer un fragmento ni mucho menos me ofreció publicar un capítulo en el *New Yorker*. Pero sí me preguntó quién era mi agente.

—No tengo agente, nunca lo he tenido.

Stone se sorprendió y me dijo que conocía a un agente que podría interesarse en mi trabajo. Esa misma tarde estaba hablando con Marc Dragonetti, un joven ambicioso que se interesó por mi idea. Quizá pensó que

yo tenía la dosificación apropiada de exotismo, malestar cultural y desesperación para ser mercantizable y redituable entre un público nostálgico de las glorias del realismo mágico y la ilusión de que al sur del río Bravo/Grande todo era absurdo. Después de varias charlas y de leer algunos capítulos me dijo que necesitábamos pulirla, se sentía traducida amateurmente y ganaría mucho si la revisaba él.

Acepté. Una vez que tuvimos el texto definitivo en inglés todavía pasamos por un agotador y brutal proceso de edición: Dragonetti trataba de imponerme cambios y moldeaba el relato de acuerdo con su percepción de las modas literarias y la credulidad de un público políticamente correcto. Más de una vez quise sacarle los ojos con los dedos o con una pluma. Muchas veces dije: “Basta, ya no más”. Pero él estaba montado en un tren que no se detenía por nada; negociaba, presionaba y trataba de convencerme, y, cuando no se salía con la suya, simplemente posponía la decisión hasta que me sentía dudar, cuando estaba más cansado, más dócil, menos convencido, y entonces me imponía sus modificaciones y cambios.

En marzo finalmente teníamos una versión aceptable. Dragonetti comenzó a moverse, a proponer, predicar, manipular y explotar su muy cuestionable encanto. Las pocas veces que lo vi en acción su actitud complaciente y resbalosa me daba pena y lástima. Docenas de veces me arrepentí de haber caído en manos de semejante sabandija.

¿Sabandija? Era un cretino; no sé si una sabandija.

Pero ni siquiera el lector más paciente merece seguir leyendo el tormento y la agonía que provoca la búsqueda de una editorial, y me niego a seguir describiendo ese proceso vergonzoso e inefable.

Saltemos a la tarde en que me sorprendió una llamada de Dragonetti: yo estaba apurado terminando de traducir unos folletos que ofrecían, a altísimo costo, unos servicios de salud bien mediocres

—Ya. Lo logramos —me dijo casi a gritos.

—¿Qué logramos?

—Bent Knee quiere tu libro; está perfectamente en su línea. Es una casa chica, lo cual nos conviene porque se van a concentrar en tu obra y tienen un equipo muy dinámico que va a promoverte con un vigor que no te imaginas.

—Qué bien —dije sin mucho entusiasmo, no por engreimiento, sino porque no podía creer en nada que saliera de la boca de Dragonetti.

—El adelanto no es gran cosa, pero eso es lo de menos. Es una puerta abierta y, si todo sale como creo que saldrá, podremos negociar con ventaja el contrato del próximo libro.

No esperaba un gran adelanto, pero por supuesto esas palabras me decepcionaron y me provocó ansiedad la idea de escribir un libro más. Siguió explicándome los pormenores del contrato, pero yo no lo escuchaba. Si había confiado en él hasta ahí, podía seguir confiando. En cualquier caso, después de todo el trabajo que había invertido, debía dejarlo hacer lo que quisiera. ¿Cómo quitarle ese placer? Así pues, lo dejé hablar, pero no pude fingir entusiasmo por un triunfo que sentía muy distante e irreal, un logro que quizá le pertenecía más a él que a mí.

Me explicó el procedimiento que seguiríamos, pero ni siquiera lo oí, y seguí traduciendo los mugrosos folletos mientras él hablaba.

—Vamos a descorchar la champaña —dijo al concluir.

—Después, ya tendremos tiempo.

Mi prioridad era terminar la traducción, ocuparme de las cosas que me daban de comer y pagaban la renta. Debo reconocer que Dragonetti tenía razón. La gente de la editorial creía en el libro, por momentos más que yo. Parecía que estaban apostando la supervivencia de su empresa al éxito de *Ashes and Things* y echaban mano de sus magros recursos para promocionarme. En la víspera de la aparición del libro me anunciaron que habían conseguido algo prácticamente impensable para un autor desconocido, extranjero y, además, novato (aclaré que muy difícilmente podrían considerarme novato cuando éste era mi sexto libro, pero no me hicieron caso): aparecer en la televisión pública, en el programa de Charlie Rose. La oportunidad era pasmosa. Dragonetti temblaba de emoción al repetir el nombre: Charlie Rose. Era una tribuna verdaderamente cotizada, para superestrellas, mandatarios y celebridades de la cultura. No era un programa de masas, pero su enorme prestigio era capaz de validar cualquier propuesta ante el *establishment* cultural y literario. Dragonetti soñaba ya con la fama, con aparecer en los *talk shows* realmente populares de aquel entonces: David Letterman, Jay Leno, incluso quizás Oprah. Ahora sí, no habría límite. Reventarían las prensas de Bent Knee, se arrebatarían los libros de las mesas de novedades en Barnes & Noble y Walmart, y yo pasaría a la división de los pesos pesados: Stephen King, John Grisham, Philip Roth, Tom Wolfe y, por supuesto, Danielle Steel. La versión cinematográfica sería inevitable.

No me atreví a releer la versión definitiva de la novela, que Dragonetti había manoseado con desesperación. Me aterraba la idea de que el motivo de este éxito estuviera en las enmiendas, los añadidos y los parches de mi agente. En esos momentos prefería cerrar los ojos.

Como me anunciaron que sucedería, recibí una invitación formal para el programa de Charlie Rose. Hablé con una de sus productoras. Me explicó lo que tenía que hacer, me dijo a qué hora debería presentarme y me dio un número de teléfono para comunicarme en caso de cualquier imprevisto, pero afirmó:

—Creo que eso es todo por ahora. A menos de que pase alguna catástrofe nos veremos en el estudio —me dijo, bromeando.

Mi aparición en el show tendría lugar la noche previa al lanzamiento nacional del libro. Era, por lo visto, la mejor manera de aprovechar una vitrina nacional como ésa. Grabaríamos por la tarde y en la noche se transmitiría por todas las repetidoras del país. Mi última aparición en la tele había sido en aquel programa en el que me atribuyeron una cita errónea. Imaginé que esta vez, seguramente, también algo saldría mal, que diría alguna estupidez, o que se decepcionarían por mis intervenciones y nunca transmitirían el segmento, remplazándolo con Angelina Jolie o el Dalai Lama, o con cualquier personalidad más carismática y relevante que yo. Preferí no avisar a las pocas personas que conocía por temor a un fiasco, a tener que dar explicaciones y justificar la decisión de los productores argumentando que de todos modos no me interesaba. Pero aún no grababa el programa y ya comenzaba a recibir correos electrónicos y llamadas de periodistas que deseaban entrevistarme e invitaciones a charlas y conferencias. Al parecer, se publicarían reseñas y críticas en varios medios, tal vez incluso en alguno importante. Buena parte del modesto adelanto que recibí de la editorial se me fue en pagar deudas, especialmente las que contraí en mi triste viaje a San Ismael, la ahora gloriosa inspiración del vehículo de mi inminente éxito. Lo único que me preguntaba era si en algún momento este interés pasajero y esta fama marginal se traducirían en dinero. En el pasado no había sido así.

Finalmente llegó el día del programa. Prácticamente no dormí. Estaba nervioso, eufórico y angustiado. Nunca me había sentido así antes de una entrevista. A eso de las siete de la mañana no podía seguir dando vueltas y me levanté de la cama. No lograría quedarme dormido. Sólo tenía sueños enfebrecidos, monotemáticos, reiterativos. En ellos, Charlie Rose me pedía que explicara por qué habían bautizado un auditorio con mi nombre y lo que había sucedido en la inauguración. En cada ocasión cambiaban los elementos de la historia, pero yo siempre trataba de parecer chistoso, sin lograrlo. Rose me miraba incrédulo y algo incómodo. En mis sueños había *close ups*, cortes de cámara, maquillistas y asistentes de producción impacientes.

Me hice un café y traté de distraerme leyendo una vez más *Fight Club*, de Palahniuk, a manera de terapia, pero mi mente volaba de una cosa a otra sin cesar, y ni siquiera esa prosa vertiginosa, irónica, oscura y violenta, que usualmente me entretenía tanto, lograba anclarme. Así que prendí la tele. Las noticias. Las casillas electorales distribuidas en la ciudad estaban a punto de abrir para las elecciones primarias del alcalde de la ciudad de Nueva York. Había olvidado que tendrían lugar ese día. En las últimas semanas apenas había leído los titulares de los diarios. La elección me animó, aunque yo no podía votar por no ser ciudadano estadounidense. Por fin íbamos a liberarnos del tiranito de bolsillo Rudolph Giuliani. Tomé otro café y decidí pasar el día sentado, leyendo, esperando la hora de mi cita. Tenía que calcular perfectamente en qué momento debía salir de casa. Ni muy tarde ni demasiado temprano. Nada es más patético, nada da peor impresión, que el invitado a un programa televisivo o radiofónico que llega mucho antes de ser requerido y es objeto de la sorna de los empleados menores de la estación. No pocas veces había pasado horas sentado en un sillón hasta finalmente ser invitado a pasar al estudio, ya reblandecido por la espera y con un cierto síndrome de Estocolmo.

Decidí distraer la ansiedad saliendo a buscar el periódico. Pensé que eso me ocuparía una buena media hora entre el tiempo de ir al deli, platicar con

los empleados mexicanos en turno y volver. Al llegar a la tienda de la esquina, Manuel, un empleado mexicano al que conocía desde que me mudé a ese barrio, me recibió preguntándome:

—¿Ya supiste lo del avión? —dijo mientras atendía la caja registradora.

—No. ¿Cuál avión?

Manuel seguía dando cambio y cobrando sándwiches, cafés, docenas de huevos, coca colas y racimos de flores.

—¿Otro avionazo? —pregunté abriendo el *New York Times* para ver de qué hablaba.

—Uno que se acaba de estrellar contra un edificio en Manhattan.

—¿Cuándo? — pregunté mientras buscaba en las páginas del periódico —. Aquí no viene nada.

—Ahorita, ahoritita.

—¡No me digas! ¿Otra vez?

—¿Cómo que otra vez?

—Hace muchos años, como en la década de los cuarenta, un avión se estrelló contra el Empire State. ¿Ya dijeron qué clase de avión fue? —dije.

—No, lo estamos oyendo ahora, pero todavía no tienen la información.

Pude oír las voces socarronas de dos conductores de un programa muy popular de la radio hispana. Manuel le subió un poco más al volumen.

—Segurito fue una avioneta fumigadora de New Jersey.

—Nos vinieron a fumigar, primo —dijo uno.

—No te burles, primo.

—Si nuestros vecinos de estado pilotean sus Cessnas como manejan sus coches estamos fregados.

—¡Dooooong! —sonó un gong.

—Eso está mal, muchacho, eso no es políticamente correcto.

Hubo unas carcajadas de fondo.

—Perdonen, hermanos y hermanas de New Jersey, aquí mi compañero no sabe lo que dice.

—Pero eso es mejor que no saber manejar —dijo entre carcajadas y el ruido grabado de un choque.

—No, por supuesto que es broma. Esperemos a tener más información.

Mientras, hermanos de New Jersey, acepten nuestras disculpas en forma de música del maravilloso Tito Puente, a quien perdimos el 31 de mayo del año pasado.

—Ya van a ser dieciséis meses de que se fue el maestro. Venga, pues.

Cuando comenzó la música me despedí. Manuel estaba tan ocupado que no levantó la vista.

—Sí, ándale, paisa —dijo atendiendo a sus clientes.

Caminé por la avenida Graham de regreso a mi departamento hojeando el periódico. Me llamó la atención que un grupo de personas en una esquina miraba hacia Manhattan. Miré en esa misma dirección y vi la pavorosa columna de humo negro que salía de una de las Torres Gemelas. Me acerqué a cuatro personas que mostraban gran angustia.

—Pobre gente, pobre gente —decía una mujer bastante mayor.

—Los bomberos no pueden llegar tan arriba —dijo crípticamente un hombre de espesos bigotes canosos y camiseta de Texas.

Me pareció absurdo que se preocuparan por eso. Estuve a punto de decirles que claro que podían llegar tan alto. Quizás usarían helicópteros. Luego supe que un bombero con cincuenta kilos de equipo encima tarda alrededor de una hora en subir veinticinco pisos por las escaleras. Hubieran tardado casi cuatro horas para alcanzar el sitio del impacto.

Era una mañana espléndida, la temperatura era ideal y la luz tenía un brillo fabuloso. No recordaba otra mañana tan impresionante, pero tampoco era afecto a levantarme tan temprano. Miré por unos minutos el edificio herido, escuchando los comentarios de esas personas y luego seguí caminando. Al llegar a casa encendí la televisión en el canal 4, NBC, y la primera imagen que vi fue la de un avión comercial de pasajeros estrellándose contra una de las torres. Las manos me temblaban. Había visto muchos otros accidentes filmados, pero la cercanía de éste era pavorosa. Pensé que era increíble que hubieran filmando el choque. Pero a fin de cuentas ésa era la naturaleza de la sociedad hipervigilada: incontables cámaras apuntaban permanentemente a casi todo, con la amenaza o la esperanza de convertir cualquier cosa en espectáculo.

Los comentaristas de la tele aullaban casi fuera de control. No entendía lo que decían. Hablaban de un segundo avión. Y al ver la imagen repetida varias veces finalmente caí en cuenta. Lo que había visto no era el primer avión, sino otra aeronave comercial chocando contra la segunda torre. Eran las nueve y dos minutos de la mañana. Mis manos sudaban copiosamente. Tenía miedo y no podía entender lo que estaba pasando, ni mucho menos las repercusiones que tendría un acto semejante, que para entonces ya era obvio que no era un accidente, sino un ataque deliberado.

Recordé entonces que en 1999, según se decía, el copiloto de un avión de EgyptAir aprovechó un descuido del piloto para hacer estrellar su avión. El copiloto gritó: “Dios es grande”, para asombro de la torre de control que lo escuchaba, antes de clavar el avión en picada. El caso había sido motivo de muchos debates. Los egipcios aseguraban que había sido una falla técnica y que el grito no fue un grito de combate, sino la expresión de pavor y desesperación de un hombre que había perdido el control del avión. Los investigadores estadounidenses argumentaban que el grito era prueba de que se trataba de un atentado suicida y de un acto de terrorismo internacional, que había cobrado la vida de todos los pasajeros y la tripulación

Subí a la azotea de mi edificio. Tenía una vista sin obstrucciones del World Trade Center. Algunos de mis vecinos ya estaban ahí, hablando bajito, observando con binoculares, tomando fotos, y algunos llorando. Yo no podía llorar. La magnitud de lo ocurrido se me escapaba. Alguien había subido una radio y gritó:

—¡Están atacando Washington también!

Todo sucedía a una velocidad vertiginosa. Varias personas corrieron hacia la mujer que sostenía el aparato. Yo también me acerqué. En todos esos años nunca había hablado más de dos palabras con ninguno de mis vecinos. No me había aventurado más allá de algún raro buenos días.

—¿Qué va a pasar ahora? —dijo un hombre.

—Voy por mis hijos a la escuela —dijo una mujer que temblaba sin control mientras tecleaba algo en su BlackBerry.

—¿Los vas a sacar? Yo creo que están más seguros allí —preguntó y aconsejó otra mujer que nunca había visto en el edificio.

—Voy por ellos; estarán más seguros conmigo —dijo y se fue.

—¿Han dicho quién fue o de quién sospechan? —pregunté.

No era una duda inocente. Por causa de mis orígenes en el Medio Oriente, cada vez que había un atentado lo primero que pensaba era: ojalá no sean árabes, iraníes o musulmanes en general. Cuando el 19 de abril de 1995 Timothy McVeigh, un fanático de extrema derecha, voló el edificio Murrah en Oklahoma —para vengarse por la masacre de la secta branchdavidiana de Waco, Texas, a manos del FBI, que había sucedido exactamente dos años antes—, varios cabezas huecas en la tele comenzaron a afirmar que el ataque tenía todas las huellas del terrorismo islámico. Por suerte, en aquella ocasión se equivocaron.

—No, todavía nada. Pero esto no se va a quedar así. Ya verás, ahora sí vamos a borrar del planeta la puta Meca —dijo un hombre de unos cuarenta años con el que coincidía a menudo, por las noches, en la estación del metro y que vivía uno o dos pisos arriba de mí.

Al oír esto preferí volver a mi departamento. No sabía si me había dicho eso como una amenaza o si sus sentimientos de venganza no tenían nada que ver conmigo. Mis manos sudaban aún más. El papel que me habían dado con el número de teléfono del programa de Charlie Rose seguía sobre mi mesa. En la tele mostraban imágenes del Pentágono; muy pocas. Otro avión se había estrellado ahí. Luego volvían a mostrar las torres ardiendo. Volaban millones de papeles y muchos objetos caían desde las alturas. También caían seres humanos. Alguien en la NBC decidió que no eran imágenes adecuadas para ser difundidas y cortaron esas tomas. Los demás canales siguieron su ejemplo. No más muerte en vivo.

Otro avión cayó en una zona rural de Pensilvania. Y a pesar de que el gobierno obligó a todas las aeronaves en cielo estadounidense a aterrizar de inmediato, yo, como la mayoría, me temía que siguieran cayendo aviones.

No tenía con quien hablar, pero no me atrevía a salir a la calle, por miedo a que alguien deseara cobrarse venganza contra La Meca en mi persona y porque tenía esperanzas de que llamaran del programa de Charlie Rose. Llamé a Dragonetti. La llamada tardó mucho en entrar y luego nada. Marqué

muchas veces más. Finalmente, Marc contestó jadeando, aullando, frenético. La señal era muy pobre y había mucho ruido de fondo.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—En Wall Street. ¡Ya empezó la guerra! —gritaba.

—¿Cuál guerra?

—¡Se está cayendo! ¡Se cae! —perdí entonces la señal.

Vi en la televisión cómo caía uno de los edificios gigantes, desmoronándose en medio de una inmensa nube de polvo. Eran las 9:59. La gente corría para salvarse. Marqué el número de Dragonetti cientos de veces más, pero no tuve éxito. Los edificios federales de Washington fueron desalojados. Cinco pisos del ala impactada del Pentágono se derrumbaron. Dragonetti no contestó cuando por fin logré obtener una línea. Media hora más tarde se derrumbó la segunda torre. Tomé el papel con el teléfono del programa de Charlie Rose. Me pareció hasta cierto punto absurdo e inmoral llamar, pero no tenía con quien hablar, así que marqué. El teléfono sonó cinco, seis, siete veces, y una voz agitada contestó:

—¿Quién es?

Me sorprendió, no sabía que decir:

—Habla Niarf Yahamadi.

—¿Habla quién?

Repetí mi nombre una vez más.

—Estoy invitado hoy al programa de Charlie Rose, y con esto que está sucediendo, sólo quería saber qué va a pasar con la entrevista.

—¿Cómo? ¿Con lo que está pasando y usted se preocupa por una entrevista de mierda?

—Bueno, es que no sé la magnitud... las consecuencias...

—Yo tampoco sé nada —dijo y permaneció en silencio unos momentos—. Esto es increíble. Llame después —y colgó azotando el teléfono.

Me sentí aún más miserable.

Salí a la calle desafiando mi temor. Había muchas personas que hablaban por sus teléfonos celulares, otras que se abrazaban y unas más que miraban la columna de polvo que se levantaba donde habían estado las torres. Un hombre reía de forma forzada y molesta, a carcajadas que le salían de lo más profundo de la garganta.

El 19 de septiembre de 1985 yo estaba en la Ciudad de México cuando ocurrió el terremoto. También en aquella ocasión me quedé paralizado tratando de entender lo que estaba sucediendo y pensando qué cosa podía hacer. Cuando desperté de mi sopor y salí a la calle a tratar de ayudar a las incontables brigadas ciudadanas que se formaron en los primeros minutos tras el terremoto, era demasiado tarde. Tuve que conformarme con servir de chofer de la Cruz Roja para repartir provisiones, pues no hacían falta más rescatistas y menos sin experiencia. Dieciséis años después, en Nueva York, me sentí igual de impotente, así que decidí caminar hasta el Bajo Manhattan para ofrecer mi ayuda, a pesar de que el alcalde acababa de cerrar la zona, pidiendo a todos que se quedaran en casa.

Mucha gente caminaba. La mayoría de las líneas del metro no estaban funcionando. Crucé el East River por el puente Williamsburg. Éramos muy pocos los que íbamos hacia Manhattan. Miles y miles de personas cubiertas de polvo, sucias y con algunas heridas caminaban en dirección a Brooklyn. Del puente al World Trade Center habré tardado unos veinte minutos. Había muchos policías que trataban de resguardar la zona, pero estaban bajo el efecto del shock y no eran muy eficientes ni exigentes. Cuando alguien intentaba detenerme yo simplemente decía: “Tengo que ir por mi hijo” y de inmediato se hacían a un lado.

De pronto estuve frente a lo que habría de denominarse *Ground Zero*, la Zona Cero, como si hubiera sido el sitio de impacto de un arma nuclear o el comienzo del apocalipsis. Sin duda era el epicentro del cataclismo planetario que estaba a punto de desatarse. *The Pile*, o la pila, como llamarían más tarde a la demencial montaña de escombros que había quedado en lugar de las torres, era una pira humeante y aterradora, la boca del infierno con los dientes rotos, un pasaje a otra dimensión que se había abierto en pleno Manhattan. Un volcán de cemento, vidrio y acero. Ofrecí mi ayuda a varios bomberos, pero no hacían falta amateurs que arriesgaran la vida en el laberinto de metal retorcido, concreto y fuego. Cientos de bomberos, si no miles, buscaban

sobrevivientes. Había pedazos de edificio por todas partes, toneladas de papeles cubriendo las calles y numerosos incendios —autos, árboles y escombros estaban en llamas—. En esos momentos nadie tenía tiempo de atenderlos.

Varios bomberos me sugirieron irme a casa. Un policía decidió escoltarme por un par de cuadras. Me repetía que yo no podía hacer nada. Sin duda tenía razón. Pero en cuanto me dejó solo regresé por otra calle. Un par de camiones de bomberos y por lo menos una ambulancia estaban aplastados bajo enormes pedazos de acero y concreto. Había fragmentos de metal y maquinaria que, imaginé, debieron pertenecer a los aviones. Tan sólo el olor y el calor que despedían las ruinas me provocaban náuseas y un miedo intenso. No hubiera podido acercarme más, mucho menos intentar rescatar a nadie.

Me di por vencido. Caminé confundido y temeroso alrededor de las ruinas, tratando de no estorbar ni llamar la atención. Era un mirón angustiado e inútil. Los otros por lo menos se ocupaban tomando fotos. El aire se sentía denso y sofocante. Me senté a toser en la banqueta a unas cuantas cuadras de la Zona Cero. En el terremoto de México había visto docenas de edificios caídos, cuadras enteras de devastación, cadáveres alineados en el piso para ser identificados; había oído lamentos y gritos de auxilio que provenían del interior de construcciones caídas. Aquí la destrucción se concentraba en unos cientos de metros cuadrados. Eran escenas muy diferentes; mis referencias no me ayudaban a tener una mejor perspectiva de lo que sucedía. Me puse de pie. No tenía caso seguir ahí. Pero no había dado ni cinco pasos cuando un policía me detuvo.

—¿Qué hace aquí?

—Vine a ayudar.

—Identifíquese.

—Sólo vine a ayudar.

—Ésta es ahora la escena de un crimen; no tiene derecho de estar aquí. Identifíquese.

El oficial llevó una mano a su pistola. Saqué mi cartera y le di mi licencia. El hecho de llamarme Niarf Yahamadi no me hizo ningún favor. Me preguntó dónde vivía, qué hacía, cómo había llegado, cuánto tiempo llevaba ahí, y luego me pidió que lo acompañara. Caminamos unas cuantas cuadras a la alcaldía, donde habían montado lo que pensé era una central de

operaciones temporal. La central de coordinación para casos de desastre estaba en la torre 7 del World Trade Center, la cual había recibido impactos de fragmentos de los otros edificios y estaba en llamas, por lo cual fue evacuada. Más tarde ese edificio también se colapsó. Me llevó a un despacho donde entraban y salían policías cubiertos de polvo. Algunos descansaban exhaustos en el piso; otros se limpiaban los ojos con agua embotellada. Había algunos agentes que sollozaban. A mí me ordenaron no moverme. Pasó más de una hora y creo que pude haberme ido sin que nadie lo notara en medio del caos y la locura que reinaba, pero temí incriminarme de alguna manera, aunque en ese momento no imaginaba de qué podían acusarme si no había llegado piloteando un avión.

Un hombre vestido de civil vino a verme. Me llevó a una pequeña oficina. Me preguntó nuevamente quién era, qué hacía ahí, cuándo había llegado y demás. Su tono era neutral, casi amable. Pero de pronto sus preguntas cambiaron y su actitud también.

—¿Qué estabas haciendo en el hotel Millenium?

—No, yo nunca he estado en ese hotel.

—El agente que te encontró dice que salías de ahí.

—No, yo estaba sentado en la banqueta recuperando el aliento.

—¿Dónde está el transmisor?

—¿Transmisor?

—El equipo de radio con el que te comunicabas con el avión.

—¿Qué dice? ¿Comunicarme con el avión? No tengo transmisores ni tengo relación con los que hicieron esto. Vine a ayudar.

—¿A quién vino a ayudar?

—A los bomberos, a la policía, a cualquiera que necesitara ayuda para excavar o cargar o lo fuera, para tratar de salvar gente.

El interrogatorio siguió por largo rato con una serie de preguntas cada vez más extrañas e ilógicas. Yo quería preguntarle si no tenía algo más útil que investigar, como seguir pistas verdaderas en lugar de especular con locuras como las que me estaba lanzando, pero por supuesto no me atreví. Me obligaron a permanecer en una oficina por varias horas; supuse que era mejor señal a que me encerraran en un separo, pero perdí la noción del tiempo. Finalmente, cuando pensaba que estaba en serios problemas, el agente regresó. Me pidió firmar mi declaración, que eran las notas que él tomó de lo

que yo respondía, y me dijo que me podía ir.

—Léalo antes.

Fingí leer todo y lo firmé a toda prisa.

—Váyase de regreso a Brooklyn de inmediato —me ordenó.

Y eso traté de hacer. Casi salí corriendo del City Hall en dirección al norte. Tenía miedo de permanecer ahí y despertar más suspicacias, pero tenía ganas de ver por última vez las ruinas de las torres antes de irme. Caminaba sobre una gruesa capa de cemento pulverizado, cenizas y quién sabe qué más. Me costaba trabajo avanzar, mis pies se hundían como en una playa de arena suave, como en un desierto. El polvo manchaba de negro, gris y blanco todo lo que tocaba. Traté de acelerar el paso, de correr para alejarme de ahí, pero lo único que conseguí fue agotarme. No estaba en mi mejor forma y además el aire apestaba a quemado y a productos químicos; costaba trabajo respirar. Pensé que tendría que buscar refugio en algún comercio, un café, una puerta abierta. Muchas otras personas también escapaban arrastrando bultos, jaloneando niños, cargando maletas y paquetes. Casi todos llevaban el teléfono al oído e intentaban desesperadamente comunicarse o parar un taxi.

No encontré dónde detenerme, de modo que crucé la calle Canal y llegué hasta Delancey, de allí volví al puente Williamsburg, y en menos de una hora estaba de regreso en mi barrio. Tenía un dolor agudo en el pecho y el estómago hecho un nudo. Al entrar a casa me dejé caer en el suelo sobre mi alfombra persa. Me revolqué como si fuera un gato. Jadeaba y sollozaba cuando de pronto encontré que en la parte trasera de la alfombra había una pequeña etiqueta que nunca había visto, estaba ligeramente oculta y leía: *Made in China*. Mi cabeza palpitaba como si fuera a reventar. No podía creer lo que estaba leyendo. ¿Por qué mi padre no se habría tomado la molestia por lo menos de esconder esa etiqueta, de arrancarla o sustituirla? No sé nada sobre tapetes orientales ni pienso aprender. Podía haber seguido engañado por el resto de mis días. Estaba satisfecho de vivir bajo esa ilusión. No pedí ni quise saber la verdad. Pero él sí sabía de estos asuntos y supuestamente le importaba este objeto de sobremanera. ¿Era esa etiqueta una especie de mensaje en una botella, una lección programada para el futuro, un testamento codificado? Supongo que otra persona en mi situación quizá la hubiera tirado por la ventana o incluso quemado; yo opté por no hacer nada. Esa desilusión sucedía en uno de los momentos más difíciles de mi vida y era difícil no creer que era una asombrosa coincidencia.

Descansé un buen rato y traté de reordenar mis ideas, tranquilizarme y pensar qué hacer. Aún no sabía nada de Dragonetti. Volví a marcar su número telefónico sin tener suerte. Luego, en un acto que pareció escapar de mi control, volví a marcar el número del programa de Charlie Rose. Afortunadamente nadie contestó.

Durante varios días me mantuve a base de latas de atún y sardinas que compraba en el deli donde trabajaba Manuel. El único lugar donde me sentía seguro. Veía la televisión día y noche. Apenas podía dormir. Las imágenes de los aviones chocando contra las torres se repetían sin cesar a todas horas y en todos los canales. Para entonces había aparecido el video de los hermanos Naudet, que mostraba el choque del primer avión. Se hablaba cada vez con mayor convicción de la responsabilidad del grupo terrorista Al Qaeda y de su líder, el saudita exiliado en Afganistán Osama bin Laden, protagonista de mi cuento más famoso. La situación de los musulmanes en Estados Unidos no podía ser más incómoda ante semejantes hechos.

No era posible quitar la vista de las torres humeantes cual enormes chimeneas, de las reacciones de desesperación, terror y angustia de la gente que se repetían una y otra vez de manera hipnótica. No había dónde ocultarse. El World Trade Center ardería para siempre. Expertos y comentaristas competían en las pantallas contra las torres para lanzar conjeturas, suposiciones, opiniones aventuradas, patriotismo histérico, balbuceos pseudocientíficos, ladridos envalentonados y desafiantes. La tele dejaba fluir una sórdida cacofonía monotemática, irreal, lastimera, vengativa, capaz de anular todo pensamiento crítico. Las cadenas televisivas, en señal de respeto o de duelo o de magnanimidad, decidieron suspender por unos días las interrupciones comerciales. Las imágenes, previamente depuradas de cualquier atisbo de sangre o cadáveres, se repetían una y otra vez como los comerciales que estaban ausentes entonces. Un millón de veces un hombre en mangas de camisa corría en dirección a la cámara huyendo de una amenazante nube de escombros que lo perseguía. El hombre nunca llegaba hasta nosotros, nunca se liberaba de la ola de polvo y nunca era aplastado. Su condena y la nuestra era simplemente revivir esos instantes de angustia durante una eternidad.

La idea de salir a la calle ni siquiera se insinuaba en mi cabeza. Sentía que estábamos viviendo unas extrañas e inesperadas vacaciones de la realidad,

que todo el país, que todo el mundo, estaba recluido como yo frente al televisor. Eran unas navidades en septiembre, sórdidas y sin regalos, donde en vez de celebrar nos encerrábamos a lamentar, a padecer y a acumular odio contra un enemigo invisible. Días feriados perfectos para una sociedad totalitaria sometida a un régimen al estilo del Ingsoc orwelliano: 24 horas de odio, 72 horas de terror, 96 horas de reconocimiento a los héroes caídos. Por un lado, despreciaba el manejo propagandístico, doctrinario y manipulador del higiénico *snuff* televisivo, pero por otro lado era incapaz de alejarme de la pantalla, como si tuviera miedo de que algo más pasara y me lo perdiera. Apenas iba al baño y a la cocina. Mi horario, que de por sí era caótico, había acabado por trastornarse, herido de muerte. Como un prisionero en alguna de las numerosas cárceles secretas que la CIA iba a instalar posteriormente en muchos países remotos, me encontraba en una especie de aislamiento sensorial televisivo; día y noche habían perdido sentido; no hablaba con nadie, no veía a nadie; dormía y comía a las horas más impredecibles. No lograba enfocar mi mente en nada. Era consciente de mi estado y no tenía la menor intención de cambiar; por el contrario: me sentía protegido de las amenazas reales e imaginarias en mi capullo televisivo.

A medida que iban pasando los días, la normalidad volvía a tomar su curso: los autos circulaban por las calles, los niños regresaban a la escuela, las tiendas abrían sus puertas y los comerciales interrumpían de nuevo la programación en la pantalla casera. El regreso a la cotidianidad me daba pavor; me obligaba a reconsiderar la vida sin las torres. Torres que nunca tuvieron gran importancia para mí, pero cuya ausencia representaba el paso a una nueva realidad; constituían un boquete emocional. La realidad de la inminente guerra que se anunciaba larga, mundial y sanguinaria, la realidad convertida en mi no aparición en el programa de Charlie Rose, en el retraso en el lanzamiento de mi libro, en la desaparición de Dragonetti y el desvanecimiento del entusiasmo de la gente de Bent Knee. Intuía que las cosas no se echarían a andar como si nada hubiera pasado. Y así fue. Un nuevo mundo emergió de la pila de escombros de *Ground Zero*, y en él *Ashes and Things* ya no tenía lugar.

Cuando finalmente logré comunicarme con Dragonetti, me enteré de que llevaba ya más de una semana trabajando en su oficina, que estaba bien, pero demasiado ocupado y no sabía nada de mi libro ni parecía muy apurado por enterarse.

—Yo te llamo —prometió antes de colgar sin decir más.

Yo había perdido mi lugar en la pirámide de sus intereses.

Del programa de Charlie Rose me llamaron para comunicarme que todas las entrevistas pendientes quedaban suspendidas hasta nuevo aviso debido a los trágicos acontecimientos. Traté de obtener alguna información más precisa. Un productor me dijo que el enfoque del programa cambiaría durante los siguientes meses, por razones obvias, pero que definitivamente reconsiderarían mi entrevista para una fecha posterior.

Llamé a la editorial. Bob Benning, el editor en jefe, me explicó que, debido a lo ocurrido, la editorial tenía que replantearse metas y objetivos en un nuevo contexto mundial.

—Pero mi pregunta es muy simple: ¿cuándo sale *Ashes and Things*?

—Por ahora debemos posponer el lanzamiento. Ojalá no sea larga la espera. Debes entender que la percepción que pueden tener algunas personas de tu libro será negativa.

—¿Por qué?

—Por que parece casi una caricatura de lo sucedido en el nueve once. El tono fatalista y las imágenes del volcán pueden ser interpretados como una burla, como una falta de respeto, como una metáfora mal concebida.

—Pero tú sabes que mi libro no tiene nada que ver con lo que pasó ese día. Además ya está impreso.

—No nos hagamos tontos. Sería un lanzamiento con una controversia no deseada.

No añadió: “Con un nombre como el tuyo”, pero yo sabía que se refería a eso.

—¿Y entonces qué vamos a hacer?

—Ten la seguridad de que tomaremos las decisiones que consideremos más adecuadas tanto para el bien de Bent Knee como para los intereses de nuestros autores —dijo, pero en sus decisiones no parecían pesar mis intereses.

—Entonces van a retenerla. No la pondrán en el mercado.

—Por ahora no.

Colgamos. Traté de concluir con una frase amistosa y optimista, pero ni siquiera pude dar con una. Pensé en los libros que se escribirían sobre estos atentados, en las películas inspiradas por esta catástrofe y en lo poco que importaría la mayoría de estos testimonios, estudios y dramas en unos pocos

años. Pensé en lo insignificante de las palabras ante lo que estaba sucediendo. Los libros que se escribieron antes del colapso de esas torres, incluyendo el mío, no eran más que los últimos testimonios de la preguerra: voces silenciadas por el estruendo de los misiles. Cuando terminen los disparos y entierren a los últimos muertos prácticamente nada de lo escrito entonces tendrá relevancia, pensé. Una nueva literatura se escribirá sobre esas ruinas. Recordé aquella sandez de Aburto: “Los libros son el sopor del espíritu”.

En ese momento tocaron a la puerta. Me sobresalté. Nadie tocaba a mi puerta y menos en las últimas semanas. Con mucho temor pregunté quién era, sin acercarme demasiado.

Me respondieron:

—FBI, abra ahora.

Corrí a abrir con las manos temblorosas. Había dos agentes vestidos formalmente, uno tenía unos veinte años y llevaba el pelo casi rapado; el otro era mayor, quizá de unos cincuenta; arecía latino y había perdido la mayor parte del cabello. Los invité a pasar. Me imaginé que se trataba de mi visita a *Ground Zero*. Se presentaron. No podría recordar sus nombres. Estaba demasiado ansioso como para poder escuchar. Sin más preámbulo uno de ellos me dijo:

—Queremos hablar con usted de esto.

Me mostró un ejemplar del *New Yorker*, precisamente del número en el que yo escribí, que tenía en la portada el dibujo de una mujer en tonos ocres, lánguida, delgadísima y sensual, vista de espaldas.

—Necesitamos conocer sus fuentes de información, el origen de los datos, la fecha en que usted se reunió con Osama bin Laden, en dónde y por cuánto tiempo.

Entonces recibí la proverbial cubetada de agua fría; el calor intenso que había sentido al escuchar las letras FBI se convirtió en un copioso sudor frío. Aunque sabía que era un malentendido supuse que aclararlo no sería nada fácil.

—No, nada ahí es cierto. Es un cuento. No, nunca me reuní con Bin Laden, nunca lo conocí.

—¿En sus recibos telefónicos tenemos que ha llamado a un Osama?

Me ofreció la copia de un viejo estado de cuenta telefónico.

—Es mi primo Ozam; no tiene nada que ver con Bin Laden, es poeta y

editor.

Me ignoraron. Me arrebató la fotocopia. El otro señaló mi artículo.

—Aquí hay información bastante precisa que hemos podido confirmar independientemente —interrumpió el joven.

—Casi toda la información que incluí en ese cuento la saqué de la televisión, de un reportaje en canal 7, hace mucho tiempo. Nunca he visto a Bin Laden. No he estado jamás en Afganistán.

—¿Usted es ciudadano iraní? —preguntó el agente cincuentón y calvo.

—No, ya no —dije de manera abrupta y extremadamente sospechosa.

—¿Cómo que ya no?

—Ahora soy mexicano. Bueno, no ahora exactamente; desde hace mucho tiempo.

Podía ver la expresión de incredulidad y escepticismo en los rostros de los agentes mientras, haciéndome un lío con el idioma, trataba de explicar mis orígenes y mi total desconocimiento de los sujetos sobre los que había escrito.

—¿Nació en Irán, sí o no?

—Sí, claro que sí.

—¿Y por qué lo está ocultando?

—No lo estoy ocultando.

—Vamos a requerir todas sus notas, borradores y apuntes.

—Sí, claro, pero yo escribo ficción, no soy reportero, mis apuntes no están organizados de manera sistemática —dije tratando de recordar dónde había guardado aquella libreta y dudando seriamente de poder encontrarla.

—Habla usted de bombas nucleares coreanas, de armas químicas, de envenenamiento de plantas procesadoras de agua y de sobres llenos de ántrax. Necesitamos precisiones.

—No sé nada de eso, lo inventé todo. Estoy seguro de que Kenneth Stone, el editor del *New Yorker*, podrá confirmar lo que digo.

—Ya hemos hablado con él.

—¿Entonces?

—Comencemos por las bombas nucleares de tamaño portafolio.

—Es algo que se me ocurrió, con base en mis lecturas y lo que publican los periódicos.

—¿No dijo que con base en la televisión?

—Sí, sí también.

Podía ver sus muecas de desconfianza endurecerse, volverse más hostiles.

—Podemos hablar aquí o en nuestras oficinas. Usted decide —dijo el mayor.

—Aquí está muy bien, aquí está perfecto.

Luego me quedé callado.

—No todo lo que escribió es inventado; la biografía de Bin Laden parece muy precisa —aseguró el joven.

—Todo es información que ha estado disponible al público desde hace años.

—Tenemos varias preguntas al respecto de un viaje que usted hizo a China. ¿Cuál fue el motivo de ese viaje? ¿Con quién se reunió?

—Fui ahí con Pris, mi exesposa.

Me dio miedo decir que íbamos a comprar-adoptar un bebé. Temí incriminarme más.

—Estoy seguro de que tenía algún motivo.

—Turismo —dije.

—Hemos hablado ya con su exesposa. Nos contó una historia muy interesante —dijo uno.

—Está bien. Otra cosa. ¿Qué hacía usted en el Bajo Manhattan la mañana del 11 de septiembre de 2001 hasta ser detenido por la policía? —preguntó el otro.

—Como expliqué entonces, tan sólo había ido a ofrecer mi ayuda en las labores de rescate.

—¿Es una gran coincidencia que estuviera ahí, verdad? —dijo el más joven.

—¿Es usted médico o tiene usted entrenamiento como rescatista o en primeros auxilios? —preguntó el otro.

—No, no era coincidencia; fui a ayudar, caminé desde aquí y no tengo entrenamiento en eso. Tan sólo quise ayudar.

—Creo que esta conversación se va a extender bastante. Nos va a tener que acompañar a nuestras oficinas —insistió el calvo.

—Pero si estamos tan a gusto aquí —dije con desesperación inocultable

—. ¿Les puedo ofrecer un café?

Se pusieron de pie. Hicieron que me parara, me pidieron que me diera la vuelta y me esposaron.

—¿No es esto una exageración? —pregunté.

—Es necesario —dijo uno de ellos y comenzaron a hablar entre sí.

—¿Me están arrestando? ¿Por qué?

—Necesitamos tener una conversación.

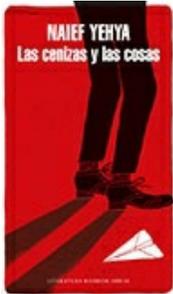
Me explicaron que alguien vendría más tarde a requisar mis cuadernos, mi computadora y lo demás.

—¿Qué es lo demás? —pregunté con la voz quebrada, pero nadie se molestó en contestar.

Bajamos las escaleras y, por supuesto, la mayoría de mis vecinos estaba en sus puertas observándonos.

Al principio yo trataba de sonreírles, buscando algún tipo de solidaridad.

Pronto entendí que no tenía caso.



Nueva York, finales del siglo xx. El escritor mexicano- iraní Niarf Yahamadi recibe una invitación a inaugurar un auditorio con su nombre, en la Academia Cuauhtémoc de San Ismael. Se trata de un homenaje a su notable carrera y sus aportaciones a la cultura. El escritor queda perplejo: ¿cuál carrera notable, qué valiosas aportaciones, dónde diablos está San Ismael? Ante la extravagante proposición, lo prudente sería declinar, pero una razón borrosa lo empuja a aceptar: quizá la curiosidad, un dejo de vanidad o el simple deseo de salir por unos días de esa ciudad aplastante y de su erosionada vida de escritor.

Al llegar a San Ismael, una especie de inercia funesta y trivial azota al escritor: nadie acude a recogerlo a la estación de autobuses y la directora de la Academia lo toma por un pervertido prepotente. De pronto sobreviene una tragedia en forma de erupción volcánica. El escritor consigue escapar de la catástrofe y en el avión de regreso a Nueva York vuelca su frustración en la escritura de una nueva novela. Hay planes de publicarla, de presentarla en un prestigioso programa de televisión. Es septiembre, 2001. Nada de esto ocurrirá y las cenizas volverán a cubrir todas las cosas.

Con un humor tan brillante como corrosivo, Naief Yehya narra esta epopeya de nuestra intrascendencia. *Las cenizas y las cosas* es la desternillante aventura de un tipo con poca voluntad y menos suerte, así como una foto — tomada con un celular de los noventa— de la tragicomedia humana.

Sobre el autor

Naief Yehya (Ciudad de México, 1963), ingeniero industrial por la UNAM es narrador, ensayista, crítico cultural y pornógrafo. Ha publicado las novelas *Obras sanitarias* (1992), *Camino a casa* (1994) y *La verdad de la vida en Marte* (1995); los libros de cuento *Historia de mujeres malas* (Plaza y Janés, 2002) y *Rebanadas* (2012), y los libros de ensayo *El cuerpo transformado. Cyborgs y nuestra descendencia tecnológica en la realidad y en la ciencia ficción* (2001), *Guerra y propaganda, medios masivos y el mito bélico en los Estados Unidos* (2003), *Pornografía. Sexo mediatizado y pánico moral* (Plaza y Janés, 2004), *Tecnocultura. El espacio íntimo transformado en tiempos de paz y guerra* (2009), *Pornografía. Obsesión sexual y tecnológica* (2012) y *Pornocultura. El espectro sexualizado de la violencia en los medios* (2013). Colabora regularmente en los periódicos *La Jornada* y *La Razón*; en las revistas *Letras Libres*, *El Estado Mental*, *Literal*, *Luvina* y *Zócalo*, así como en diversos sitios web mexicanos, españoles y estadounidenses.

Naief Yehya también ha participado en varios proyectos artísticos y cinematográficos. Desde 1992 vive buena parte del año en Brooklyn.

Blog: naiefyehya.net

Página web: naiefyehya.wix.com/homocyborg

Twitter: [@nyehya](https://twitter.com/nyehya)

Facebook: [/naief.yehya](https://www.facebook.com/naief.yehya)

Mail: naief.yehya@gmail.com

Las cenizas y las cosas

Primera edición digital: marzo, 2017

D. R. © 2017, Naief Yehya

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.

Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520, México, D.F.

www.megustaleer.com.mx

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor,

<http://www.cempro.com.mx>)

ISBN: 978-607-315-208-2

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook: *eGIANTS, Pre-Impresión y Edición Digital*

Índice

Las cenizas y las cosas

PRIMERA PARTE

LA INVITACIÓN

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5

SEGUNDA PARTE

PRIS

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6

TERCERA PARTE

EL VIAJE A CHINA

- 1
- 2
- 3

CUARTA PARTE

EXILIO EN WILLIAMSBURG

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7

QUINTA PARTE SAN ISMAEL

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10

SEXTA PARTE UN MUNDO MUERTO

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)